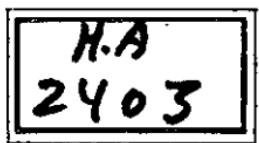


R. MARIO

OBRA

ESCOCIDAS







46

27.2.2



RUBEN DARÍO  
OBRAS ESCOGIDAS



87  
25940

RUBÉN DARÍO  
OBRAS ESCOGIDAS

II

POESÍAS

2



MADRID  
LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO  
Calle del Arenal, II.  
1910

~~~~~  
ES PROPIEDAD  
~~~~~

---

MADRID. — Imprenta de los Sucesores de Hernando, Quintana, 33.

# PRIMERAS NOTAS

## EPÍSTOLAS Y POEMAS

— 1885 —

### EL POETA Á LAS MUSAS

Tengo de preguntaros, ¡oh divinas  
Musas!, si el plectro humilde que meneo  
mejor produzca los marciales himnos,  
y dé armonía al cántico guerrero,

ó de natura los preciados dones  
ensalce al son de cadenciosos versos,  
ó en églogas armónicas repita  
de Títno el cantar y Melibeo.

Decidme, sacras Musas, si el coturno  
trágico calce de grandioso fuego  
henchido el corazón, ó si la trompa  
que puede producir los cantos épicos

TOMO I.

empuñe osado, ó si la ebúrnea lira  
vagos intenten dominar mis dedos  
para cuajar el aire de armonías  
dulces como las mieles del Himeto.

Yo ansio la corona que la Fama  
brinda á los sacerdotes de lo bello,  
y corro en busca del divino lauro,  
verde siempre al fulgor apolíneo.

En su loco afanar la mente mía  
alza á la altura el atrevido vuelo,  
y se embebe en la luz de lo infinito  
al admirar á los pasados genios.

Rudo en mi oído escucho resonante  
el exámetro rígido de Homero,  
y el son melifluo de la flauta de oro  
que inventa Pan dentro los bosques griegos.

Siglos pasados, extendiendo el Arte  
su eterna luz y su poder excelso,  
materia de inmortales concepciones  
é instrumentos y voz al vate dieron.

Batió el Pegaso el ala voladora,  
irguió la crin y del Olimpo heleno  
hirió la cumbre con el leve casco,  
y el poeta preludió su hosanna eterno.

El padre Apolo derramó su gracia,  
el padre Apolo del talante regio,  
aquel del verso rítmico y sonante  
que llenaba el abismo de los cielos.

Y fué el poeta del laurel ceñido  
del rubio Dios en los alegres juegos,  
é infinita cadencia inagotable  
brotaba de sus labios entreabiertos.

Pero este siglo, Musas, tan extraño  
del arte universal á los portentos,  
¿á quién no infunde temerosa idea  
por más que lleve ardores en el pecho?

¿Qué ley ha de seguir el que el vibrante  
bordón del arpa pulsa, y el soberbio  
cantar pretende á las sonoras alas  
confiar ansioso, de los vagos vientos?

Cruje la inmensa fábrica y retumba  
incessante golpear de broncos hierros;  
y tal parece que martilla el yunque,  
gobernador del mundo, Polifemo.

Decidme si he de alzar voces altivas  
ensalzando el espíritu moderno,  
ó si echando al olvido estas edades  
me abandone á merced de los recuerdos.

Porque es más de mi agrado el engolfarme  
en mis tranquilos clásicos recreos,  
en pasadas memorias y en delicias  
que me suelen traer días pretéritos.

Ya no se oye de Esquilo la palabra  
vibradora y terrible como el trueno,  
ni repite rapsodio vagabundo  
las rudas notas del mendigo Homero.

Calló el rabel de Teócrito apacible  
que amor cantó de rústicos monteros;  
rodaron las estatuas de los pórticos  
y enmudeció el oráculo de Delfos.

Hoy el rayo de Júpiter Olímpico  
es esclavo de Franklin y de Edison;  
ya nada queda del flamante tirso,  
y el ruin Champagne sucedió al Falerno.

Las abejas del Ática libaron  
flores sagradas de divinos pétalos,  
alimentadas con la savia pura  
que á raudales brotó de virgen suelo.

Se congregaban los poetas todos,  
y fijos en el lauro de Menermo,  
pulsaban los alambres de las cítaras,  
inventando dulcísimos conciertos.

Y así reinaba el Arte poderoso,  
de par en par las puertas de su templo,  
y bajo un cielo azul iban errantes  
las balsámicas brisas del Egeo.

Todo acabó. Decidme, sacras Musas,  
¿cómo cantar en este aciago tiempo  
en que hasta los humanos orgullosos  
pretenden arrojar á Dios del cielo?

## ERASMO Á PUBLIO

Discreto Erasmo, ya de luengos días,  
al joven Publio, cariñoso y dulce,  
consejos brinda

—De la vida humana  
el largo laberinto engañadora  
faz te presentará; toma la senda  
que más propicia al bien mires, ¡oh Publio!  
No la pasión ni el desatado instinto  
tus ojos cieguen, ni imprudente corras  
la perdición tal vez á prepararte.  
El ansia de los goces encamina  
terribles penas, afanosas luchas,  
mancebo, á hallar tras el placer finido.  
Si engaño engendra la soberbia infiusta,  
en ti comprende que es mudable todo,  
y que destronca los más altos robles  
el huracán siniestro. Da al humilde  
consuelo y vanidoso no te engrías,  
pues tú no eres más grande que el pequeño.  
La red que amor para tornarte esclavo  
de mente y corazón tienda á tus ojos,  
sabe evadir, y del prudente escucha

PRIMERAS NOTAS

---

el sesudo consejo. Los placeres tentadores serán, no los acojas. El adobado vino que se escancia de la bruñida copa en lo agitado de crespa orgía, incitador el seno de meretriz locuaz, dan el deleite; escúrrete del lazo, y del sentido la loca agitación sano encadena, sin escuchar, incauto, la salvaje gritería que se alza de la turba ahita y embotada en libaciones de torpe bacanal, que así se ríe, olvidada de Dios, de lo infinito y de la eternidad... ¡No!, que hay un trueno predicador de maldiciones rudas.

¡No!, que un ojo en lo alto, en una hoguera de increada luz, tremendo, fulminante, mira el fondo profundo de las almas; y un dedo de contínuo enderezado castrigo amaga; y un arcángel puro la puerta está al cerrar del Paraíso.

Bajó Nabuco, emperador soberbio, de alto señor á condición de bestia, y ejemplo para el hombre, fué domado cayendo de su trono. Esto vió el pueblo de la muelle y maldita del Dios justo transformada en ruinas, Babilonia. Publio, si las riquezas y esplendores de orgulloso magnate á tu deseo

entrada ofrecen, y envidioso apañas  
 ruin ambición, procura que del pobre  
 la dicha y paz meditación te brinden,  
 y que coto á tus ansias justo pongas,  
 y tu ánimo discreto y reflexivo  
 de la felicidad déte la clave.

¿Qué quieres que te diga, ¡oh caro Publio!,  
 sino que amor platónico es dolencia  
 de ingenua juventud? Bella es la vida;  
 y el núbil corazón que á hondos deseos  
 y á sentimientos ardorosos quiere  
 dar expansión, despéñase en el rudo  
 torrente de las frías realidades.  
 Mira la bella dama de ojos lindos;  
 como pálida virgen pudorosa,  
 roba luz á los astros su pupila,  
 á las flores los ámbares su aliento;  
 y en el suspiro que su pecho exhala  
 va el perfume de cándidos amores.  
 Pues bien, Publio; si quieres que la hermosa  
 ideal, apacible, del querube  
 con el divino fuego, enamorada  
 corresponda á tus ansias, no te llegues  
 solamente llevando ante su vista  
 la augusta ejecutoria del honrado  
 corazón, ni las luces de tu espíritu,  
 ni los que te brindó naturaleza  
 supremos dones; sí, llégate altivo  
 con cadenas de rara orfebrería,

cuajada tu pechera de diamantes,  
rico anillo en el dedo, y que rebosc  
de oro la faltriquera. ¡Qué de halagos  
te hará, Publio, la dama de ojos lindos!  
¡Qué de tiernas miradas! Las palomas  
de Venus Citerea, congojadas  
cesan de aletear. Suene el vibrante  
retintín de las libras esterlinas,  
y á esa celeste música del Banco  
danzará de placer la niña bella.  
¡Oh Publio!, la injusticia es bien notoria;  
nosotros del ideal mantenedores  
llavamos mal camino: razón tienen  
las hermosuras que al reclamo dulce  
del verdadero amor se vuelven sordas,  
y carantoñas hacen al gastado  
Creso que las cazó con trampa de oro.  
No te arrojes, por eso, á los placeres  
de la sensualidad, ni ahogues en vino  
el pesar que te cause el desengaño.

En taza ebúrnea que recama aljófar  
de licor bien rellena, que en su fondo  
con dulce néctar sabrosura lleva,  
va la ponzoña que envenena el alma;  
y en el mórbido seno que lascivia  
toca con sus tizones infernales,  
cuida áspid funesto que hinca el duro  
diente y mortal herida abre y encona.  
No de Hilarión austero y visionario

la dura castidad, mengua del cuerpo,  
te aconsejo seguir, ni de afligido  
anacoreta la oración perenne,  
brutal en el silencio, ni de Jerónimo  
la contusión sangrienta. Tú estás hecho  
para el trabajo; el mundo necesita  
de ti; obligate á dar frutos, produce  
lo que natura con sus leyes altas  
te permite, y eleva á Dios la pura  
oración que del pecho brote y llegue  
á su trono infinito. No se agote  
la fe que abrigas de los dulces años  
de tu infancia feliz, sumo tesoro.  
Y si la duda fría se despierta  
en tu alma y agonizas, y queriendo  
escudriñar la altura alzas la frente  
sudosa, y agitados tus instintos  
infausta negación prorrumpé el labio,  
¡ay! prefiere morir, ¡oh joven Publio!,  
á sufrir el embate de esas vagas  
y amenazantes sombras; mas si puedes,  
vencedor en la brega, tu estandarte  
á la lumbre del sol mostrar al mundo  
limpio de toda mancha, venturoso  
llámate y escogido del Eterno.

El cívico esplendor no te fascine,  
ni el halago en premio de vilezas  
potentado insolente haya de darte;  
si es preciso que sufras y mendigues

un pan para comer, vete á las plazas,  
y prefiere la vianda de limosna  
al oro con que infames mercaderes  
tu honor quieran comprar. Torvo y hurano  
antes que adulador. La cortesana  
genuflexión que tu espinazo encorve,  
hará que el polvo vil tu noble frente  
manche humillada; llévala bien limpia  
iluminada por el brillo augusto  
de la aurora inmortal de la pureza.  
Siempre altanero sé, nunca orgulloso  
con ese orgullo de soberbia loca;  
ten esa majestad y altanería  
que bien cuadra al varón justo y severo.  
Si por celeste gracia de poeta  
guardas lira sonante, no la humilles:  
esos divinos dones son tan altos  
que con ligero toque se profanan.  
Y cumple así los mandamiento puros  
de conciencia, y serás feliz, ¡oh joven!,  
cuai tu mentor Erasmo lo desea.

## VÍCTOR HUGO Y LA TUMBA

Iba á morir el Genio. «¡Pasol!», dijo á la Tumba con voz que en el espacio misteriosa retumba, produciendo infinita suprema conmoción. La Tumba, inexorable siempre, ruda y severa, contemplando al coloso gigante, dijo: «¡Espera!, ignoro si tú puedes entrar en mi región.»

En tanto, en las alturas las mil constelaciones bordaban los cambiantes de sus fulguraciones en el velo impalpable del esplendente azur. Callaba el Oceano, y sobre los volcanes altísimos, dormían los grandes huracanes del Este, del Oeste, y del Norte y del Sur.

La Tumba dijo entonces: «Preguntaré á los vientos, y al Oceano rudo de oleajes violentos, y á los astros radiantes, y al altivo volcan, si puede mis dinteles sombríos y profundos, al brillo de los soles y á la faz de los mundos, salvar cual los humanos este enorme titán.»

É interrogó á la altura, y al pronunciar el nombre de aquél Genio encarnado en el cuello de un hombre,

- MART. (Soltando las manos de Irene.) Verdades tan grandes como este sentimiento, no se debieran ocultar.
- IRENE ¡Criatura! En esto y en todo, la verdad es un cartucho del más atroz explosivo. (Con volubilidad graciosa, atrayendo y calmando á Martín.) Hemos tenido de nuestra parte á la fortuna... Mi venida aquí aparecerá natural y sencilla. Como que vengo á pasar una semana en el caserón de mis señoras tías, las buenas fidalgas de Ourense, donde reside mi hermana Anita, á quien tanto quiero... ¿Quién ha de extrañar que ansie verla, acariciarla? En Lisboa saben mi salida, pero nadie llevará cuenta del día en que llego aquí. Escamoteo veinticuatro horas, y mañana, de noche, caigo en el Pazo de Ourense... ¡Cómo se alegrará la pequeña!
- MART. Desde la ventana de mi torre se ven los tejados de Ourense, el arbolado... ¿No sabes, Irene? Visito muy amenudo á las fidalgas. Voy por ver á tu hermana, y mirándola, me extasio. Como os parecéis tanto, la ilusión... (en chanza.) ¿Qué es eso? ¿A ver si te enamoras de Anita? ¿Verdad que es un ángel la muchacha? Dentro de poco, yo la sacaré de ese castillo encantado... En fin, nadie debe sospechar... A pretexto de que las tías no pueden sufrir á mi doncella francesa, me libré de ese testigo...
- MART. Mi sueño era venir en el mismo tren que tú... IRENE ¡Famosa ocurrencia! Te acercarías... Lo notaría algún conocido... Nada de eso... ¡Todavía me ocurrió otra idea doblemente maquiavélica! Ya, ya te la diré... sentados á esa mesita. (Señala á la que está servida.)
- MART. ¡Qué tonto soy! ¡Pobre Irene! Vendrás fatigada, con necesidad... y te entretengo... y no te ofrezco...
- IRENE Desde el cruce, nada he probado...
- MART. (Tiernamente.) Ven, amor mío; ven, que te sir-

- va, que te contemple, bajo mi techo, llevar los manjares á la boca... ¡Qué momento, Irene! Así... así... ¿Estás bien? Te haré plato. Siéntate, Martín... Cenemos juntos... Que Santiago nos sirva.
- MART. ¿Un extraño?
- IRENE ¡Un perro! Tan precavida como soy, de Santiago me fio.
- MART. Y aciertas.
- IRENE Pues llámale.

## ESCENA VI

IRENE, MARTÍN y SANTIAGO. Martín abre la puerta, detrás de la cual está de centinela Santiago.

- MART. Entra, Santiago, y sírvenos la cena. (Santiago cierra la puerta con llave, y sirve los manjares que va trayendo de las consolas. Esta parte de juego escénico queda al arbitrio de los actores.)
- IRENE ¿Sabes que cae bien la comida? Ahora noto que tenía verdadera hambre.
- MART. Todo es frío, porque no hemos querido que mi ama Ildara se entere ni de mi llegada siquiera... ¡Cuánto tienes que perdonarme! Si está excelente... (Martín descorcha una botella de Champagne y llena la copa de Irene, que se la ofrece para que la pruebe él.) Ahora yo.. Verás, te enteraré del maquiavelismo... Busqué un adorador de buena voluntad... y le convencí de que me acompañase hasta el cruce.
- MART. (con sobresalto.) ¿Un adorador?
- IRENE Un indiferente... no se prestaría.
- MART. (Agitado.) No comprendo... (Irene le sirve Champagne. En toda esta escena y la siguiente, según van acentuándose los sentimientos de Martín, como expresa el diálogo, Irene trata de distraerle dándole de beber; ella misma bebe, y los dos, sin embriagarse, acaban por estar algo aturdidos. Es una nota que no debe exagerarse.)

- IRENE ¿Qué es lo que no comprendes?
- MART. ¡Eso del adorador... eso de prestarse...!
- IRENE Porque no te das cuenta de nuestro modo de vivir... Una mujer ni fea ni vieja, que anda entre la gente, tiene siempre adoradores. Yo eché mano del primero... del más asiduo... del condesito de Portalegre, y le rogué que me acompañase. Así, cuando esta expedición pudiese despertar recelos, en Portalegre pensarían...
- MART. ¡Oh, Irene! ¡Qué abismo entre tu existencia y la mía! ¡Quiera Dios que no sea entre tu corazón y el mío!
- IRENE ¿No te gusta una trama tan bien urdida, Martín? Desde que dejé el tren, me dirigi, por si alguien me observaba, hacia el Pazo de Ourente, y sólo al cerrar la noche cambié de rumbo, encaminándome por atajos hacia aquí... Como conozo de sobra estos contornos, me escurri hasta la márgen del río, y ya frente al paso, te hice la convenida señal..
- MART. Inés... no hablemos de más tu arte de engaño... No sé por qué, me es antipático todo eso... (Hace una seña á Santiago para que se retire. Santiago obedece) Le despido porque es preciso que estemos solos, ¡solos! para que te hable yo desde lo íntimo del alma... como nunca he podido hablarte... en aquellas fugaces conversaciones de Lisboa, al aire libre... (Pausa.) ¡Estás muy hermosa, Irene! La animación de esta aventura, como tú la llamas, enciende tus mejillas y aviva el fuego de tus ojos... Estás cual puede fingirte la imaginación, soñando goces ideales... Estás para trastornar á un hombre... (Irene rie.) ¡A un hombre que no te quiera como yo! Alza esta copa, Irene; deseo brindar á tu espléndida hermosura, á la bondad que has demostrado vieniendo á honrar esta casa solariega... (Irene bebe.) Y ahora, permite que te dé por escolta á Santiago,

que te acompañará hasta la quinta de las fidalgas, donde debes pasar lo que falta de la noche.

IRENE (Asombrada.) ¿Qué dices?

MART. Que es mejor, mejor para mí y hasta para ti, que esto no siga adelante. Invocaríamos á la felicidad... pero mentiríamos: yo, al menos, mentiría. Desde que has llegado, sufro... y te haré sufrir, sin remedio. Has hablado de disimulo, de engaños, cuando me hervía en el pecho el ansia de la verdad suprema, que es un amor como este. Aléjate, perdóname... y no te acuerdes más de mí.

IRENE (Acercándose, con zalamería.) Vamos, ya entiendo... ¡Se te ha atravesado lo que te conté de Portalegre...! (Le ofrece Champagne; Martín bebe, por instinto de aturdirse.) Pero, ¡qué graciosos son los celos, qué divertidos, y sobre todo, qué lógicos! ¡Portalegre viene hasta el cruce sirviéndonos de pantalla; tú me esperas aquí... y eres tú el molestado! ¡Tú el quejoso!

MART. No, Irene; no son celos; al menos, no son celos como tú los entiendes... Haré por explicarme.. Es que desde que entraste se me ha clavado aquí la idea de que mañana, ¿te haces cargo? mañana... no te dejaré marchar... Has venido por algunos instantes... ¡No basta esa gota de agua á mi sed!...

IRENE (cariñosa.) Martín, ¿qué más pides? Estoy contigo.. Tenemos unas horas de dicha... No las amargues...

MART. Mira que te aconsejo bien; mira que, si te quedas, luego no me resignaré á que vuelvas á ese mundo en el cual se miente y donde yo no quepo. No sabes mi condición; no sabes cómo busco y saboreo la profunda realidad, lo que es y no lo que finge ser.

Irene, no estás en tus cabales.

MART. Irene, estoy enamorado... Pero soy leal, y por eso te despido.

Y el himno de los mares resonó en los abismos variando en inmortales y armónicos mutismos; y el nombre del poeta se escuchó por doquier. «¡Viva!», decían todas las voces de los mares; «¡Viva!», decían todas las olas á millares, arrojando á la costa conchas de rosicler.

Soplaron los tritones su caracol marino; las sirenas veladas en un tul argentino, á flor de agua entonaron una vaga canción, y se unieron al coro de las ondas sonantes; y el mar tenía entonces convulsiones gigantes y latidos profundos como de corazón.

¡Silencio! La siniestra Tumba habla á los volcanes que hacen de centinelas, como rudos titanes que cuando hablan retumban; pelados unos son que alzan la calva frente, y abren la obscura boca mostrando su salvaje dentadura de roca; otros llevan encima granítico morrión.

«Yo pido la palabra!», dijo Etna. — Chimborazo, estirado á la altura como un fornido brazo, arguye que la América debe primero hablar. Vesubio alza la frente con altivo rimbombo, y en medio á dos Océanos se eleva Momotombo, diciendo es él quien debe su acento levantar.

Momotombo caduco ante la Tumba exclama: «Soy el viejo coloso que bajo el cielo brama;

Tomo II.

2

en el centro de América, atalaya avizor;  
 Víctor Hugo ha cantado mi alto nombre y mi fama,  
 y aquí estoy con mi tiara de sombras y de llama,  
 sintiendo en mis entrañas de la lava el hervor.

«Esta, la hermosa tierra del viejo Nicarao,  
 con sus lagos do surca por el vapor la nao,  
 con sus bosques do extiende su copa el guayacán,  
 ve en Víctor Hugo al Genio sobrehumano y sublime  
 que canta, que protesta, que crea y que redime.  
 ¡Oh Tumba!, ¡que no muera!, ¡que no muera el titán!»

Y luego Chimborazo «¡Que viva!», dijo; y luego,  
 Cotopaxi, cubierto de un penacho de fuego,  
 movió su enorme cresta como una ardiente crin;  
 y el coro de volcanes del mundo americano  
 levantó á una un grito potente, soberano,  
 que atronó del planeta uno y otro confín.

Y respondieron todos los de Asia, África, Europa;  
 y los vientos formando su bulliciosa tropa  
 arrastraron el eco por la honda inmensidad.  
 La Tumba dijo entonces: «He hablado á los volcanes,  
 al mar y á las estrellas, y hablé á los huracanes.  
 Ya veré qué me dice de esto la humanidad.»

É interrogó á los hombres. Y todos los humanos,  
 chinos, rusos, ingleses, indios, americanos,  
 los negros de Abisinia, los turcos de Stambul,  
 exclamaron: «¡El Genio!», y, la vista en el cielo,

señalaron al astro secundador del suelo,  
al sol resplandeciente sobre el límpido azul.

«¿Quién llora nuestras penas?», dijeron los eslavos.  
«¿Quién ve nuestras cadenas?», dijeron los esclavos  
de piel obscura, y todos se echaron á llorar.  
«Muerto Hugo, ¿quién implora por hombres y por leyes?  
¿Quién pide por las victimas delante de los reyes?  
¿Quién rogará por ellos á las plantas del zar?»

Y dijeron los negros: «Si Víctor Hugo muere,  
¿quién contendrá ese látigo que á nuestros hijos hiere?  
¿Quién verá por nosotros gritando ¡libertad!?  
El de John Bron la gloria deja en poemas escrita;  
es la gran esperanza de la raza maldita;  
es el nuevo Mesías que trae luz infinita,  
con el nuevo decálogo para la humanidad.»

Y dijeron los niños: «¡Conque te vas al cielo!  
¡Conque quedamos solos, sin el amado abuelo!  
Cabe la blanda cuna, ¿quién nos arrullará?  
Ya no hay quien nos ofrezca las flores del cariño  
y ventalles de rosas, y cánticos de niño;  
ya el alba no sonríe; triste la cuna está.

»Jorge y Juana están solos; lloremos, Jorge y Juana.  
Hoy no han cantado alondras la luz de la mañana.  
¡Oh Tumba!, no te lleves nuestro cándido amor.  
Céfiro no murmura; las flores palidecen;  
los infantes no rien; las aves se entristecen;  
no hay aroma, no hay eco, no hay brisa, no hay rumor.»

Y los pueblos se aizaron presto por todas partes,  
entregando á los aires rudos sus estandartes;  
y á la cabeza de ellos se levantó París:  
«¡Que no se vaya el Genio!», clamó la muchedumbre.  
Y entre todos, estaban entre gloriosa lumbre  
con los de Clodoveo los hijos de San Luis.

Al ver á Francia pálida, desencajada, fría,  
llorando, Víctor Hugo le dijo: «¡Madre mía!»;  
y un abrazo infinito sus cuerpos estrechó.  
Un suspiro doliente, misterioso y profundo  
se escuchó que llenaba toda la faz del mundo.  
¡Qué dolor!, ¡qué tristeza!...

—Y la Tumba gimió.

El coro de poetas, con las liras alzadas,  
con las fijas pupilas por el lloro empañadas,  
dijeron: «¡Oh Pontífice!; ¡nos dejas y te vas!  
¡Dejas el arpa sola, y vacío tu trono!  
¡Y el poema del gigante siglo décimonono,  
de pauta y ritmo eternos, no lo oiremos jamás?

»¿Quién como tú, más alto que los más altos montes,  
conmoverá con su arpa todos los horizontes,  
y todos los espíritus bañará con su luz?  
¡Ahl, ¿quién hará tus versos ricos, esplendorosos,  
ya insondables, ya dulces, á tomillo olorosos;  
flores del loto azules, lindas perlas de Ormuz?

»¿Quién bajará los iris del alto firmamento?  
¿Quién al Niágara undoso le robará su acento?

¿Quién tajará peñascos con su hacha de titán?  
 ¿Quién, ¡guerrero sublimel, levantará su maza,  
 y ajustará a su pecho luminesca coraza,  
 su corcel de batalla tornando á Leviatán?

»*Ecce lumen!* Las canas que tú tienes, Maestro,  
 las tiene Alpe; Himalaya, sagrado, alto, siniestro,  
 tiene tu porte augusto en el trono en que está;  
 Buonaroti, el que tuvo la aurora en su paleta,  
 copiará los perfiles de tu rostro, poeta,  
 para pintar la face del supremo Jehová.

»*Tumba!, cierra tu puerta; no des entrada al Genio;*  
*no quites ese faro del humano proscenio;*  
*déjanos al Pontífice que el cielo nos envió.»*  
*La Tumba, entre el sonante coro inmenso caílabá.*  
*El mundo estaba atónito, Francia, madre, lloraba.*  
*De pronto, el infinito su velo descorrió.*

Y en grupo sacrosanto Job, Esquilo y Homero,  
 Tácito, Juan y Pablo, Juvenal, el severo  
 Alighieri, Cervantes y Rabelais, en la luz  
 increada envueltos, todos les Genios que pasaron,  
 hijos en Víctor Hugo, de súbito se alzaron;  
 y sobre todos ellos se veía á Jesús.

«*Ven, le dijeron todos; ven á ocupar tu asiento;*  
*ven á expandir tu espíritu detrás del firmamento.*  
*Ven; del indefinido progreso sigue en pos.*  
*Llena con tu alma inmensa el abismo profundo.*

No te duela ese llanto; no te cures del mundo:  
quien ha de sucederte será enviado por Dios.  
¡Sube!»

— Y subió.

La Francia lanzó un amargo grito.  
Se oyó un rumor de fiesta llenar el infinito.  
La Tumba entre su seno un cadáver guardó.  
Se echó tierra en la fosa. La humanidad de luto  
se puso una guirnalda a tejer, en tributo  
al coloso que el tiempo con su ala derribó.

\* \*

¡Sagrados huesos! Polvo del Gigante caído,  
que al calor de ese fuego que se esparce encendido  
en el alma que lleva la nueva humanidad,  
brote el árbol robusto de la Paz en la tierra;  
y que bajo su sombra no haya odio, no haya guerra;  
y que sean sus frutos de vida y libertad.

# ABROJOS

— 1887 —

Á MANUEL RODRÍGUEZ MENDOZA

## I

Sí, yo he escrito estos *Abrojos*  
tras hartas penas y agravios,  
ya con la risa en los labios,  
ya con el llanto en los ojos.

Tu noble y leal corazón,  
tu cariño, me alentaba  
cuando entre los dos mediaba  
la mesa de redacción.

Yo, haciendo versos, Manuel,  
descocado, antimetódico,  
en el margen de un periódico  
ó en un trozo de papel;

tú, aplaudiendo ó censurando,  
censurando y aplaudiendo

como crítico tremendo,  
ó como crítico blando.

Entonces, ambos á dos,  
de mil ambiciones llenos,  
con dos corazones buenos  
y honrados, gracias á Dios,

hicimos dulces memorias,  
trajimos gratos recuerdos,  
y no nos hallamos lerdos  
en ese asunto de glorias.

Y pensamos en ganarlas  
paso á paso y poco á poco...  
Y ya huyendo el tiempo loco  
de nuestras amigas charlas,

nos confiamos los enojos,  
las amarguras, los duelos,  
los desengaños y anhelos...  
y nacieron mis *Abrojos*.

Obra sin luz ni donaire  
que al compañero constante  
le dedica un fabricante  
de castillos en el aire.

Obra sin luz, es verdad,  
pues rebosa amarga pena;

y para toda alma buena  
la pena es obscuridad.

Sin donaire, porque el chiste  
no me buscó, ni yo á él;  
ya tú bien sabes, Manuel,  
que yo tengo el vino triste.

## II

Juntos hemos visto el mal,  
y en el mundano bullicio  
cómo para cada vicio  
se eleva un arco triunfal.

Vimos perlas en el lodo,  
burla y baldón á destajo,  
el delito por debajo  
y la hipocresía en todo.

Bondad y hombría de bien  
como en el mar las espumas,  
y palomas con las plumas  
recortadas á cercén.

Mucho tigre carníbero  
bien enguantadas las uñas,  
y muchísimas garduñas  
con máscaras de cordero.

La poesía con anemia,  
con tesis el ideal,  
bajo la capa el puñal  
y en la boca la blasfemia.

La envidia, que desenrosca  
su cuerpo y muerde con maña;  
y en la tela de la araña  
á cada paso la mosca...

¿Eres artista? Te afeo.  
¿Vales algo? Te critico.  
Te aborrezco si eres rico  
y si pobre te apedreo.

Y de la honra haciendo el robo  
é hiriendo cuanto se ve,  
sale cierto lo de que  
el hombre del hombre es lobo.

## III

No predico, no interrogo.  
De un sermón ¡qué se diría!  
Esto no es una homilía,  
sino amargo desahogo.

Si hay versos de amores, son  
las flores de un amor muerto

que brindo al cadáver yerto  
de mi primera pasión.

Si entre esos íntimos versos  
hay versos envenenados,  
lean los hombres honrados  
que son para los perversos.

Y tú, mi buen compañero,  
toma el libro; que, en verdad  
de poeta y caballero,  
con mis *Abrojos* no hiero  
las manos de la amistad.

---

¡Día de dolor  
aquel en que vuela para siempre el ángel  
del primer amor!

\* \*

Pues tu cólera estalla,  
justo es que ordenes hoy, ¡oh Padre Eterno!,  
una edición de lujo del infierno  
digna del guante y frac de la canalla.

\* \*

En el quiosco bien oliente  
besé tanto á mi odalisca  
en los ojos, en la frente,

y en la boca y las mejillas,  
 que los besos que le he dado  
 devolverme no podría  
 ni con todos los que guarda  
 la avarienta de la niña  
 en el fino y bello estuche  
 de su boca purpurina.

\* \*

Vivió el pobre en la miseria,  
 nadie le oyó en su desgracia;  
 cuando fué á pedir limosna  
 le arrojaron de una casa.

Después que murió mendigo  
 le elevaron una estatua...  
 ¡Vivan los muertos, que no han  
 estómago ni quijadas!

\* \*

¡Oh, luz mía!, te adoro  
 con toda el alma;  
 tu recuerdo es la vida  
 de mi esperanza.  
 Corazón mío,  
 ¡vieras con mi silencio  
 cuánto te digo!  
 Y con tus ansias

y tu silencio,  
¡vieras, corazón mío,  
cuánto sospecho!

\* \* \*

Mira, no me digas más:  
¡que otra palabra como ésa  
tal vez me puede matar!

\* \* \*

¡Advierte si fué profundo  
un amor tan desgraciado,  
que tuve odio á un hombre honrado  
y celos de un moribundo!

\* \* \*

Soy un sabio, soy ateo;  
no creo en diablo ni en Dios...  
(... Pero si me estoy muriendo,  
que traigan el confesor.)

\* \* \*

Vamos por partes :  
comenzará muy puro,  
pero al fin... ¡carne!

Besando con furia loca  
 la boca de un niño ajeno,  
 miro yo á la virgen cándida  
 y no sé lo que comprendo.  
 ¿Qué es ese brillo en los ojos?  
 ¿Qué es en el rostro ese incendio?  
 ¿Qué es ese temblar de labios?  
 ¿Qué es ese crujir de nervios?  
 ¡Para ser á un niño... á un niño...  
 esos besos... esos besos...!

\* \* \*

¿Por qué ese orgullo, Elvira? Que se domen  
 en ti loca ambición, ruines enojos,  
 y quítate esa venda de los ojos,  
 y que esos ojos á lo real se asomen.

Mira, cuando tus ansias vuelo tomen  
 y te finjan grandezas tus antojos,  
 bellas, rostro divino y labios rojos,  
 que unas comen pan duro, otras no comen.

Bajan á los abismos nieves puras  
 cuando rueda el alud; y se hacen fango  
 después de estar en cumbres altaneras.

¡Ay, yo he visto llorar sus desventuras  
 á encopetadas hembras de alto rango  
 sobre el sucio jergón de las rameras!

# A Z U L...

—1888—

## PRIMAVERAL

Mes de rosas. Van mis rimas  
en ronda á la vasta selva  
á recoger miel y aromas  
en las flores entreabiertas.  
Amada, ven. El gran bosque  
es nuestro templo; allí ondea  
y flota un santo perfume  
de amor. El pájaro vuela  
de un árbol á otro y saluda  
tu frente rosada y bella  
como á un alba; y las encinas  
robustas, altas, soberbias,  
cuando tú pasas agitan  
sus hojas verdes y trémulas,  
y enarcan sus ramas como  
para que pase una reina.

¡Oh, amada mía! Es el dulce  
tiempo de la primavera.

\* \*

Mira en tus ojos los míos :  
da al viento la cabellera,  
y que bañe el sol ese aro  
de luz salvaje y espléndida.  
Dame que aprieten mis manos  
las tuyas de rosa y seda,  
y ríe, y muestren tus labios  
su púrpura húmeda y fresca.  
Yo voy á decirte rimas,  
tú vas á escuchar risueña;  
si acaso algún ruisenor  
viniese á posarse cerca,  
y á contar alguna historia  
de ninfas, rosas ó estrellas,  
tú no oirás notas ni trinos,  
sino, enamorada y regia,  
escucharás mis canciones  
fija en mis labios que tiemblan.  
¡Oh, amada mía! Es el dulce  
tiempo de la primavera.

\* \*

Allá hay una clara fuente  
que brota de una caverna,

donde se bañan desnudas  
 las blancas ninfas que juegan.  
 Ríen al son de la espuma,  
 hienden la linfa serena;  
 entre polvo cristalino  
 esponjan sus cabelleras;  
 y saben himnos de amores  
 en hermosa lengua griega,  
 que en glorioso tiempo antiguo  
 Pan inventó en las florestas.  
 Amada, pondré en mis rimas  
 la palabra más soberbia  
 de las frases de los versos  
 de los himnos de esa lengua;  
 y te diré esa palabra  
 empapada en miel biblea...  
 ¡oh, amada mía, en el dulce  
 tiempo de la primavera!

\* \*

Van en sus grupos vibrantes  
 revolando las abejas  
 como un áureo torbellino  
 que la blanca luz alegra;  
 y sobre el agua sonora  
 pasan radiantes, ligeras,  
 con sus alas cristalinas  
 las irisadas libélulas.  
 Oye, canta la cigarra

porque ama al sol, que en la selva  
 su polvo de oro tamiza  
 entre las hojas espesas.  
 Su aliento nos da en un soplo  
 fecundo la madre tierra,  
 con el alma de los cálices  
 y el aroma de las hierbas.

\* \*

¿Ves aquel nido? Hay un ave.  
 Son dos: el macho y la hembra.  
 Ella tiene el buche blanco,  
 él tiene las plumas negras.  
 En la garganta el gorjeo,  
 las alas blandas y trémulas;  
 y los picos que se chocan  
 como labios que se besan.  
 El nido es cántico. El ave  
 incuba el trino, ¡oh, poetas!;  
 de la lira universal  
 el ave pulsa una cuerda.  
 Bendito el calor sagrado  
 que hizo reventar las yemas,  
 ¡oh, amada mía, en el dulce  
 tiempo de la primavera!

\* \*

Mi dulce musa Delicia  
 me trajo un ánfora griega

cinclada en alabastro,  
de vino de Naxos llena;  
y una hermosa copa de oro,  
la base henchida de perlas,  
para que bebiere el vino  
que es propicio á los poetas.  
En la ánfora está Diana,  
real, orgullosa y esbelta,  
con su desnudez divina,  
y en su actitud cinegética.  
Y en la copa luminosa  
está Venus Citerea  
tendida cerca de Adonis,  
que sus caricias desdeña.  
No quiero el vino de Naxos  
ni el ánfora de asas bellas,  
ni la copa donde Cipria  
al gallardo Adonis ruega.  
Quiero beber del amor  
sólo en tu boca bermeja,  
¡oh, amada mía, en el dulce  
tiempo de la primavera!

## ESTIVAL

## I

La tigre de Bengala,  
con su lustrosa piel manchada á trechos,  
está alegre y gentil, está de gala.  
Salta de los repechos  
de un ribazo al tupido  
carrizal dc un bambú; luego á la roca  
que se yergue á la entrada de su gruta.  
Allí lanza un rugido,  
se agita como loca  
y eriza de placer su piel hirsuta.

\* \* \*

La fiera virgen ama.  
Es el mes del ardor. Parece el suelo  
rescoldo, y en el cielo  
el sol inmensa llama.  
Por el ramaje obscuro  
salta huyendo el canguro.  
El boa se infla, duerme, se calienta

á la tórrida lumbre;  
 el pájaro se sienta  
 á reposar sobre la verde cumbre.

\* \*

Siéntense vahos de horno;  
 y la selva indiaña  
 en alas del bochorno,  
 lanza, bajo el sereno  
 cielo, un soplo de sí. La tigre ufana  
 respira á pulmón lleno,  
 y al verse hermosa, altiva, soberana,  
 le late el corazón, se le hincha el seno.

\* \*

Contempla su gran zarpa en ella la uña  
 de marfil; luego toca  
 el filo de una roca,  
 y prueba y lo rasguña.  
 Mírase luego el flanco  
 que azota con el rabo puntiagudo  
 de color negro y blanco,  
 y móvil y felpudo;  
 luego el vientre. En seguida  
 abre las anchas fauces, altanera  
 como reina que exige vasallaje;  
 después husmea, busca, va. La fiera  
 exhala algo á manera

de un suspiro salvaje.  
Un rugido callado  
escuchó. Con presteza  
volvió la vista de uno á otro lado.  
Y chispeó su ojo verde y dilatado  
cuando miró de un tigre la cabeza  
surgir sobre la cima de un collado.  
El tigre se acercaba.

\* \* \*

Era muy bello.  
Gigantesca la talla, el pelo fino,  
apretado el ijar, robusto el cuello,  
era un don Juan felino  
en el bosque. Anda á trancos  
callados; ve á la tigre inquieta, sola,  
y le muestra los blancos  
dientes, y luego arbola  
con donaire la cola.  
Al caminar se vía  
su cuerpo ondear con garbo y bizarria.  
Se miraban los músculos hinchados  
debajo de la piel. Y se diría  
ser aquella alimaña  
un rudo gladiador de la montaña.  
Los pelos erizados  
del labio relamía. Cuando andaba,  
con su peso chafaba  
la yerba verde y muelle;

y el ruido de su aliento semejaba  
el resollar de un fuelle.

Él es, él es el rey. Cetro de oro  
no, sino la ancha garra  
que se hinca recia en el testuz del toro  
y las carnes desgarra.

La negra águila enorme, de pupilas  
de fuego y corvo pico relumbrante,  
tiene á Aquilón; las hondas y tranquilas  
aguas, el gran caimán; el elefante,  
la cañada y la estepa;  
la víbora, los juncos por do trepa;  
y su caliente nido  
del árbol suspendido,  
el ave dulce y tierna  
que ama la primer luz.

Él, la caverna.

\* \*

No envidia al león la crin, ni al potro rudo  
el casco, ni al membrudo  
hipopótamo el lomo corpulento,  
quien bajo los ramajes del copudo  
boabab ruge al viento.

\* \*

Así va él orgulloso, llega, halaga;  
corresponde la tigre que le espera,

y con caricias las caricias paga  
en su salvaje ardor la carnícera.

\* \*

Después, el misterioso  
tacto, las impulsivas  
fuerzas que arrastran con poder pasmoso;  
y ¡oh gran Pan!, el idilio monstruoso  
bajo las vastas selvas primitivas.  
No el de las musas de las blandas horas,  
suaves, expresivas,  
en las rientes auroras  
y las azules noches pensativas;  
sino el que todo enciende, anima, exalta,  
polen, savia, calor, nervio, corteza,  
y en torrentes de vida brota y salta  
del seno de la gran Naturaleza.

## II

El príncipe de Gales va de caza  
por bosques y por cerros,  
con su gran servidumbre y con sus perros  
de la más fina raza.

\* \*

Acallando el tropel de los vasallos,  
deteniendo traillas y caballos,

con la mirada inquieta,  
contempla á los dos tigres de la gruta  
á la entrada. Requiere la escopeta,  
y avanza, y no se inmuta.

\* \* \*

Las fieras se acarician. No han oido  
tropel de cazadores.  
Á esos terribles seres,  
embriagados de amores,  
con cadenas de flores  
se les hubicra uncido  
á la nevada concha de Citeres  
ó al carro de Cupido.

\* \* \*

El príncipe, atrevido  
adelanta, se acerca, ya se para;  
ya apunta y cierra un ojo; ya dispara;  
ya del arma el estruendo  
por el espeso bosque ha resonado.  
El tigre sale huyendo  
y la hembra queda, el vientre desgarrado.  
¡Oh, va á morir!... Pero antes, débil, yerta,  
chorreando sangre por la herida abierta,  
con ojo dolorido  
miró á aquel cazador, lanzó un gemido  
como un jayl de mujer... y cayó muerta.

## III

Aquel macho que huyó, bravo y zahareño  
á los rayos ardientes  
del sol, en su cubil después dormía.  
Entonces tuvo un sueño  
que enterraba las garras y los dientes  
en vientres sonrosados  
y pechos de mujer; y que engullía  
por postres delicados  
de comidas y cenas  
— como tigre goloso entre golosos —  
unas cuantas docenas  
de niños tiernos, rubios y sabrosos.

## OTOÑAL

*Eros, Vita, Lumen.*

En las pálidas tardes  
yerran nubes tranquilas  
en el azul; en las ardientes manos  
se posan las cabezas pensativas.  
¡Ah los suspiros! ¡Ah los los dulces sueños!  
¡Ah las tristezas íntimas!  
¡Ah el polvo de oro que en el aire flota,  
tras cuyas ondas trémulas se miran  
los ojos tiernos y húmedos,  
las bocas inundadas de sonrisas,  
las crespas cabelleras  
y los dedos de rosa que acarician!

\* \*

En las pálidas tardes  
me cuenta una hada amiga  
las historias secretas  
llenas de poesía :  
lo que cantan los pájaros,  
lo que llevan las brisas,

lo que vaga en las tinieblas,  
lo que sueñan las niñas.

\* \*

Una vez sentí el ansia  
de una sed infinita.  
Dije al hada amorosa :  
    «Quiero en el alma mía  
    tener la inspiración honda, profunda,  
    inmensa : luz, calor, aroma, vida.»  
Ella me dijo : «¡Ven!», con el acento  
    con que hablaría un arpa. En él hablaba un  
    divino idioma de esperanza.  
¡Oh, sed del ideal!

\* \*

Sobre la cima  
de un monte, á media noche,  
me mostró las estrellas encendidas.  
Era un jardín de oro  
    con pétalos de llama que titilan.  
Exclamé : «Más...»

\* \*

La aurora  
vino después. La aurora sonreía,  
con la luz en la frente,

como la joven tímida  
 que abre la reja y la sorprenden luego  
 ciertas curiosas mágicas pupilas.  
 Y dije: «Más...»; sonriendo  
 la celeste hada amiga  
 prorrumpió: «¡Y bien! ¡Las flores!»

\* \*

## Y las flores

estaban frescas, lindas,  
 empapadas de olor: la rosa virgen,  
 la blanca margarita,  
 la azucena gentil y las volúbiles  
 que cuelgan de la rama estremecida,  
 Y dije: «Más...»

\* \*

## El viento

arrastraba rumores, ecos, risas,  
 murmullos misteriosos, aleteos,  
 músicas nunca oídas.  
 El hada entonces me llevó hasta el velo  
 que nos cubre las ansias infinitas,  
 la inspiración profunda,  
 y el alma de las liras.  
 Y lo rasgó. Y allí todo era aurora.  
 En el fondo se veía  
 un bello rostro de mujer.

\* \*

---

¡Oh, nunca,  
Piérides, diréis las sacras dichas  
que en el alma sintiera!  
Con su vaga sonrisa,  
«¿Más?...», dijo el hada. Y yo tenía entonces  
clavadas las pupilas  
en el azul; y en mis ardientes manos  
se posó mi cabeza pensativa...

## INVERNAL

Noche. Este viento vagabundo lleva  
las alas entumidas  
y heladas. El gran Andes  
yergue al inmenso azul su blanca cima.  
La nieve cae en copos,  
sus rosas transparentes cristaliza;  
en la ciudad los delicados hombros  
y gargantas se abrigan;  
ruedan y van los coches,  
suenan alegres pianos, el gas brilla;  
y, si no hay un fogón que le caliente,  
el que es pobre tiritá.

\* \*

Yo estoy con mis radiantes ilusiones  
y mis nostalgias íntimas  
junto á la chimenea,  
bien harta de tizones que crepitán.  
Y me pongo á pensar: ¡Oh!, ¡si estuviese  
ella, la de mis ansias infinitas,  
la de mis sueños locos

y mis azules noches pensativas!  
¿Cómo? Mirad:

\* \* \*

De la apacible estancia  
en la extensión tranquila  
vertería la lámpara reflejos  
de luces opalinas.  
Dentro, el amor que abrasa;  
fuera, la noche fría,  
el golpe de la lluvia en los cristales  
y el vendedor que grita  
su monótona y triste melopea  
á las glaciales brisas.  
Dentro, la ronda de mis delirios,  
las canciones de notas cristalinas,  
unas manos que toquen mis cabellos,  
un aliento que roce mis mejillas,  
un perfume de amor, mil commociones,  
mil ardientes caricias;  
ella y yo: los dos juntos, los dos solos;  
la amada y el amado, ¡oh, Poesía!,  
los besos de sus labios,  
la música triunfante de mis rimas,  
y en la negra y cercana chimenea  
el tuero brillador que estalla en chispas.

\* \* \*

¡Oh!, ¡bien haya el brasero  
lleno de pedrería!  
Topacios y carbunclos,  
rubíes y amatistas  
en la ancha copa etrusca  
repleta de ceniza.  
Los lechos abrigados,  
las almohadas mullidas,  
las pieles de Astracán, los besos cálidos  
que dan las bocas húmedas y tibias.  
¡Oh, viejo Invierno, salve!,  
puesto que traes con las nieves fríidas  
el amor embriagante  
y el vino del placer en tu mochila.

\* \*

Sí, estaría á mi lado,  
dándome sus sonrisas,  
ella, la que hace falta á mis estrofas,  
ésa que mi cerebro se imagina;  
la que, si estoy en sueños,  
se acerca y me visita;  
ella que, hermosa, tiene  
una carne ideal, grandes pupilas,  
algo del mármol, blanca luz de estrella;  
nerviosa sensitiva,  
muestra el cuello gentil y delicado  
de las hebes antiguas;  
bellos gestos de diosa,

TOMO I.

tersos brazos de ninfa,  
 lustrosa cabellera  
 en la nuca encrespada y recogida  
 y ojeras que denuncian  
 ansias profundas y pasiones vivas.  
 ¡Ah, por verla encarnada,  
 por gozar sus caricias,  
 por sentir en mis labios  
 los besos de su amor, diera la vida!  
 Entretanto hace frío.  
 Yo contemplo las llamas que se agitan,  
 cantando alegres con sus lenguas de oro,  
 móviles, caprichosas é *intranquilas*,  
 en la negra y cercana chimenea  
 do el tuero brillador estalla en chispas.

\* \* \*

Luego pienso en el coro  
 de las alegres liras.

En la copa labrada, el vino negro,  
 la copa hirviente cuyos bordes brillan  
 con iris temblorosos y cambiantes  
 como un collar de prismas;  
 el vino negro que la sangre enciende  
 y pone el corazón con alegría,  
 y hace escribir á los poetas locos  
 sonetos áureos y flamantes silvas.  
 El Invierno es beodo.  
 Cuando soplan sus brisas,

brotan las viejas cubas  
la sangre de las viñas.  
Sí, yo pintara su cabeza cana  
con corona de pámpanos guarnida.  
El Invierno es galeoto,  
porque en las noches frías  
Paolo besa á Francesca  
en la boca encendida,  
mientras su sangre como fuego corre  
y el corazón ardiendo le palpita.  
¡Oh, crudo Invierno, salve!,  
puesto que traes con las nieves frígiditas  
el amor embriagante  
y el vino del placer en tu mochila.

\* \*

Ardor adolescente,  
miradas y caricias;  
cómo estaría trémula en mis brazos  
la dulce amada mía,  
dándome con sus ojos luz sagrada,  
con su aroma de flor, savia divina.

En la alcoba la lámpara  
derramando sus dulces opalinas;  
oyéndose tan sólo  
suspiros, ecos, risas;  
el ruido de los besos,  
la música triunfante de mis rimas,

y en la negra y cercana chimenea  
el tuero brillador que estalla en chispas.  
Dentro, el amor que abrasa;  
fuera, la noche fría

## RIMAS

—1888—

Yo quisiera cincelarte  
una rima  
delicada y primorosa  
como un aurea margarita  
ó cubierta de irisada  
pedrería,  
ó como un joyel de Oriente  
ó una copa florentina.

Yo quisiera poder darte  
una rima  
como el collar de Zobeida,  
el de perlas ormuzinas  
que huelen como las rosas  
y que brillan  
como el rocío en los pétalos  
de la flor recién nacida.

Yo quisiera poder darte  
una rima  
que llevara la amargura  
de las hondas penas mías  
entre el oro del engarce  
de las frases cristalinas.

Yo quisiera poder darte  
una rima  
que no produjera en ti  
la indiferencia ó la risa;  
sino que la contemplaras  
en su plácida alegría,  
y que después de leerla...  
te quedaras pensativa.

## PROSAS PROFANAS

—1896—

### ERA UN AIRE SUAVE...

Era un aire suave, de pausados giros;  
el hada Harmonía ritmaba sus vuelos;  
é iban frases vagas y tenues suspiros  
entre los sollozos de los violoncelos.

Sobre la terraza, junto á los ramajes,  
diríase un trémolo de liras eolias  
cuando acariciaban los sedosos trajes  
sobre el tallo erguidas las blancas magnolias.

La marquesa Eulalia risas y desvíos  
daba á un tiempo mismo para dos rivales:  
el vizconde rubio de los desafíos  
y el abate joven de los madrigales.

Cerca, coronado con hojas de viña,  
reia en su máscara Término barbudo,

y como un éfebo que fuese una niña,  
mostraba una Diana su mármol desnudo.

Y bajo un boscaje del amor palestra,  
sobre rico zócalo al modo de Jonia,  
con un candelabro prendido en la diestra  
volaba el Mercurio de Juan de Bolonia.

La orquesta perlaban sus mágicas notas,  
un coro de sones alados se oía;  
galantes pavanás, fugaces gavotas  
cantaban los dulces violines de Hungría.

Al oír las quejas de sus caballeros  
rie, rie, rie la divina Eulalia,  
pues son su tesoro las flechas de Eros,  
el cinto de Cipria, la rueca de Onfalia.

¡Ay de quien sus mieles y frases recoja!  
¡Ay de quien del canto de su amor se fie!  
Con sus ojos lindos y su boca roja,  
la divina Eulalia rie, rie, rie.

Tiene azules ojos, es maligna y bella;  
cuando mira vierte viva luz extraña:  
se asoma á sus húmedas pupilas de estrella  
el alma del rubio cristal de Champaña.

Es noche de fiesta, y el baile de trajes  
ostenta su gloria de triunfos mundanos.

La divina Eulalia, vestida de encajes,  
una flor destroza con sus tersas manos.

El teclado armónico de su risa fina  
á la alegre música de un pájaro iguala,  
con los staccati de una bailarina  
y las locas fugas de una colegiala.

¡Amoroso pájaro que trinos exhala  
bajo el ala á veces ocultando el pico,  
que desdenes rudos lanza bajo el ala,  
bajo el ala aleve del leve abanico!

Cuando á media noche sus notas arranque  
y en arpegios áureos gima Filomela,  
y el ebúrneo cisne, sobre el quieto estanque  
como blanca góndola imprima su estela,

la marquesa alegre llegará al boscaje,  
boscaje que cubre la amable glorieta  
donde han de estrecharla los brazos de un paje,  
que siendo su paje será su poeta.

Al compás de un canto de artista de Italia  
que en la brisa errante la orquesta deslie,  
junto á los rivales la divina Eulalia,  
la divina Eulalia ríe, ríe, ríe.

¿Fué acaso en el tiempo del rey Luis de Francia,  
sol con corte de astros, en campo de azur?

¿Cuando los alcázares llenó de fragancia  
la regia y pomposa rosa Pompadur?

¿Fué cuando la bella su falda cogía  
con dedos de ninfa, bailando el minué,  
y de los compases el ritmo seguía  
sobre el tacón rojo, lindo y leve el pie?

¿Ó cuando pastoras de floridos valles  
ornaban con cintas sus albos corderos,  
y ofían, divinas Tírsis de Versalles,  
las declaraciones de sus caballeros?

¿Fué en ese buen tiempo de duques pastores  
de amantes princesas y tiernos galanes,  
cuando entre sonrisas y perlas y flores  
iban las casacas de los chambelanes?

¿Fué acaso en el Norte ó en el Mediodía?  
Yo el tiempo y el día y el país ignoro,  
pero sé que Eulalia ríe todavía,  
y es cruel y eterna su risa de oro!

## DIVAGACIÓN

¿Vienes? Me llega aquí, pues que suspiras,  
un soplo de las mágicas fragancias  
que hicieron los delirios de las liras  
en las Grecias, las Romanas y las Francias.

¡Suspira así! Revuelven las abejas,  
al olor de la olímpica ambrosía,  
en los perfumes que en el aire dejas;  
y el dios de piedra se despierte y ría,

y el dios de piedra se despierte y cante  
la gloria de los tirsos florecientes  
en el gesto ritual de la bacante  
de rojos labios y nevados dientes;

en el gesto ritual que en las hermosas  
ninfalías guía á la divina hoguera,  
hoguera que hace llamear las rosas  
en las manchadas pieles de pantera.

Y pues amas reír, ríe, y la brisa  
lleve el son de los líricos cristales  
de tu reír, y haga temblar tu risa  
la barba de los Términos joviales.

Mira hacia el lado del boscaje; mira  
blanquear el muslo de marfil de Diana,  
y después de la Virgen, la Hétairea  
diosa, su blanca, rosa y rubia hermana

pasa en busca de Adonis; sus aromas  
deleitan á las rosas y los nardos;  
siguela una pareja de palomas  
y hay tras ella una fuga de leopardos.

\* \* \*

¿Te gusta amar en griego? Yo las fiestas  
galantes busco, en donde se recuerde  
al suave son de ritmicas orquestas  
la tierra de la luz y el mirtho verde.

(Los abates refieren aventuras  
á las rubias marquesas. Soñolientos  
filósofos defienden las ternuras  
del amor con sutiles argumentos,

mientras que surge de la verde grama,  
en la mano el acanto de Corinto,  
una ninfa á quien puso un epígrama  
Beaumarchais sobre el mármol de su plinto

Amo más que la Grecia de los griegos  
la Grecia de la Francia, porque en Francia  
al eco de las risas y los juegos  
su más dulce licor Venus escancía.

Demuestran más encantos y perfidias,  
coronadas de flores y desnudas,  
las diosas de Clodión que las de Fidias:  
unas cantan francés, otras son mudas.

Verlaine es más que Sócrates; y Arsenio  
Houssaye supera al viejo Anacreonte.  
En París reinan el Amor y el Genio:  
ha perdido su imperio el dios bifronte.

Monsieur Prudhomme y Homais no saben nada.  
Hay Chipres, Pafos, Tempes y Amatúntes,  
donde el amor de mi madrina, un hada,  
tus frescos labios á los míos juntos.)

Sones de bandolín. El rojo vino  
conduce un paje rojo. ¿Amas los sones  
del bandolín, y un amor florentino?  
Serás la reina en los decamerones.

(Un coro de poetas y pintores  
cuenta historias picantes. Con maligna  
sonrisa alegre aprueban los señores.  
Clelia enrojece. Una dueña se signa.)

¿Ó un amor alemán? — que no han sentido  
jamás los alemanes —; la celeste  
Gretchen; claro de luna; el aria; el nido  
del ruiseñor; y en una roca agreste,

la luz de nieve que del cielo llega  
y baña á una hermosura que suspira  
la queja vaga que á la noche entrega  
Loreley en la lengua de la lira.

Y sobre el agua azul el caballero  
Lohengrin; y su cisne, cual si fuese  
un cincelado témpano viajero,  
con su cuello enarcado en forma de S.

Y del divino Enrique Heine un canto,  
á la orilla del Rhin; y del divino  
Wolfgang la larga cabellera, el manto;  
y de la uva tentona el blanco vino.

Ó amor lleno de sol, amor de España,  
amor lleno de púrpuras y oros;  
amor que da el clavel, la flor extraña  
regada con la sangre de los toros;

flor de gitanas, flor que amor recela,  
amor de sangre y luz, pasiones locas;  
flor que trasciende á clavo y á canela,  
roja cual las heridas y las bocas.

\* \*

¿Los amores exóticos acaso...?  
Como rosa de Oriente me fascinas:  
me deleitan la seda, el oro, el raso.  
Gautier adoraba á las princesas chinas.

¡Oh bello amor de mil genuflexiones;  
torres de caolín, pies imposibles,  
tazas de té, tortugas y dragones,  
y verdes arrozales apacibles!

Ámame en chino, en el sonoro chino  
de Li-Tai-Pe. Yo igualaré á los sabios  
poetas que interpretan el destino;  
madrigalizaré junto á tus labios.

Diré que eres más bella que la luna;  
que el tesoro del cielo es menos rico  
que el tesoro que vela la importuna  
caricia de marfil de tu abanico.

\* \*

Ámame japonesa, japonesa  
antigua, que no sepa de naciones  
occidentales: tal una princesa  
con las pupilas llenas de visiones,

que aun ignorase en la sagrada Kioto,  
en su labrado camarín de plata,  
ornado al par de crisantemo y loto,  
la civilización de Yamagata.

Ó con amor hindú que alza sus llamas  
en la visión suprema de los mitos,  
y hace temblar en misteriosas Bramas  
la iniciación de los sagrados ritos,

en tanto mueven tigres y panteras  
sus hierros, y en los fuertes elefantes  
sueñan con ideales bayaderas  
los rajás constelados de brillantes.

Ó negra, negra como la que canta  
en su Jerusalén el rey hermoso;  
negra que haga brotar bajo su planta  
la rosa y la cicuta del reposo.

Amor, en fin, que todo diga y cante;  
amor que encante y deje sorprendida  
á la serpiente de ojos de diamante  
que está enroscada al árbol de la vida.

Ámame así, fatal, cosmopolita,  
universal, inmensa, única, sola  
y todas; misteriosa y erudita:  
ámame, mar y nube, espuma y ola.

Sé mi reina de Saba, mi tesoro;  
descansa en mis palacios solitarios.  
Duerme. Yo encenderé los incensarios.  
Y junto á mi unicornio cuerno de oro,  
tendrán rosas y miel tus dromedarios.

## SONATINA

La princesa está triste... ¿Qué tendrá la princesa?  
 Los suspiros se escapan de su boca de fresa,  
 que ha perdido la risa, que ha perdido el color.  
 La princesa está pálida en su silla de oro,  
 está mudo el teclado de su clave sonoro,  
 y en un vaso olvidada se desmaya una flor.

El jardín puebla el triunfo de los pavos reales,  
 perlanchina, la dueta dice cosas banales,  
 y vestido de rojo píruetea el bufón.  
 La princesa no ríe, la princesa no siente;  
 la princesa persigue por el cielo de Oriente  
 la libélula vaga de una vaga ilusión.

¿Piensa acaso en el príncipe de Golconda ó de China,  
 ó en el que ha detenido su carroza argentina  
 para ver de sus ojos la dulzura de luz?  
 ¿Ó en el rey de las islas de las rosas fragantes,  
 ó en el de que es soberano de los claros diamantes,  
 ó en el dueño orgulloso de las perlas de Ormuz?

¡Ay!, la pobre princesa de la boca de rosa  
 quiere ser golondrina, quiere ser mariposa,  
 tener alas ligeras, bajo el cielo volar,

ir al sol por la escala luminosa de un rayo,  
saludar á los lirios con los versos de mayo,  
ó perderse en el viento sobre el trueno del mar.

Ya no quiere el palacio, ni la rueca de plata,  
ni el balcón encantado, ni el buñón escarriata,  
ni los cisnes unánimes en el lago de azur.  
Y están tristes las flores por la flor de la corte;  
los jazmines de Oriente, los nelumbos del Norte,  
de Occidente las dalias y las rosas del Sur.

¡Tobrecita princesa de los ojos azules!  
Está presa en sus oros, está presa en sus tulés,  
en la jaula de mármol del palacio real;  
el palacio soberbio, que vigilan los guardas,  
que custodian cien negros con sus cien alabardas,  
un lebrel que no duerme y un dragón colosal.

¡Oh, quién fuera hipsípila que dejó la crisálida!  
(La princesa está triste. La princesa está pálida)  
Oh visión adorada de oro, rosa y marfil!  
¡Quién volara á la tierra donde un príncipe existe!  
(La princesa está palida. La princesa está triste)  
más brillante que el alba, más hermosa que abril!

Calla, calla, princesa — dice el hada madrina —;  
en caballo con alas hacia acá se encamina,  
en el cinto la espada y en la mano el azor,  
el feliz caballero que te adora sin verte,  
y que llega de lejos, vencedor de la Muerte,  
á encenderse los labios con su beso de amor.

## EL REINO INTERIOR

*... with Psychis, my soul!*

Poe.

Una selva suntuosa  
en el azul celeste su rudo perfil calca.  
Un camino. La tierra es de color de rosa,  
cuál la que pinta fra Dóménico Cavalca  
en sus Vidas de santos. Se ven extrañas flores  
de la flora gloriosa de los cuento azules,  
y entre las ramas encantadas, papemores  
cuyo canto extasiara de amor á los bulbulos.  
(*Papemor*: ave rara. *Bulbulos*: ruiseñores.)

\*\*

Mi alma frágil se asoma á la ventana obscura  
de la torre terrible en que ha treinta años sueña.  
La gentil Primavera primavera le augura,  
La vida le sonríe rosada y halagüeña.  
Y ella exclama: «¡Oh fragante día! ¡Oh sublime día!  
Se diría que el mundo está en flor; se diría  
que el corazón sagrado de la tierra se mueve  
con un ritmo de dicha; luz brota, gracia llueve.  
Yo soy la prisionera que sonríe y que canta!»

Y las manos liliales agita, como infanta  
real en los balcones del palacio paterno.

\* \* \*

¿Qué son se escucha, son lejano, vago y tierno?  
Por el lado derecho del camino adelanta  
el paso leve una adorable teoría  
virginal. Siete blancas doncellas, semejantes  
á siete blancas rosas de gracia y de armonía  
que el alba constelara de perlas y diamantes.  
¡Alabastros celestes habitados por astros!  
Dios se refleja en esos dulces alabastros!  
Sus vestes son tejidas del lino de la luna.  
Van descalzas. Se mira que posan el pie breve  
sobre el rosado suelo como una flor de nieve.  
Y los cuellos se inclinan imperiales, en una  
manera que lo excelso pregoná de su origen.  
Como al compás de un verso su suave paso rígen.  
Tal el divino Sandro dejara en sus figuras,  
esos graciosos gestos en esas líneas puras.  
Como á un velado son de liras y laúdes,  
divinamente blancas y castas pasan esas  
siete bellas princesas. Y esas bellas princesas  
son las siete Virtudes.

\* \* \*

Al lado izquierdo del camino y paralela-  
mente, siete mincebos—oro, seda, escariata,

armas ricas de Oriente—hermosos, parecidos  
á los satanes verlenianos de Ecbatana,  
viene también. Sus labios secauales y encendidos,  
de efebos criminales, son cual rosas sangrientas;  
sus puñales de piedra preciosas revestidos  
—ojos de víboras de luces fascinantes—  
al cinto penden; arden las púrpuras violentas  
en los jubones; ciñen las cabezas triunfantes  
oro y rosas; sus ojos, ya lánguidos, ya ardientes,  
son dos carbunclos mágicos de fulgor sibilino,  
y en sus manos de ambigüos príncipes decadentes,  
relucen como gema las uñas de oro fino.

Bellamente infernales

Benan el aire de hechiceros beneficios  
esos siete mancelbos. Y son los siete Vicios,  
los siete poderosos Pecados capitales.

\*  
\* \*

Y los siete mancelbos á las siete doncelas  
lanzan vivas miradas de amor. Las Tentaciones,  
de sus liras melifluas arrancan vagos sones.  
Las princesas prosiguen, adorables visiones  
en su blancura de palomas y de estrellas.

\*  
\* \*

Unos y otras se pierden por la vía de rosa,  
y el alma mía queda pensativa á su paso.  
«¡Oh!, ¿qué hay en ti, alma mía?

¡Oh!, ¿qué hay en ti, mi pobre infanta misteriosa?  
¿Acaso piensas en la blanca teoría?  
¿Acaso  
los brillantes mancebos te atraen, mariposa?»

\* \*

Ella no me responde.  
Pensativa se aleja de la obscura ventana  
—pensativa y risueña,  
de la Bella-durmiente-del-Bosque tierna hermana—,  
y se adormece en donde  
hace treinta años sueña.

\* \*

V en sueño dice: «¡Oh dulces delicias de los cielos!  
¡Oh tierra sonrosada que acarició mis ojos!  
— ¡Princesas, envolvedme con vuestros blancos velos!  
— ¡Príncipes, estrechadme con vuestros brazos rojos!»

## COSAS DEL CID

Cuenta Barbey, en versos que valen bien su prosa, una hazaña del Cid, fresca como una rosa, pura como una perla. No se oyen en la hazaña resonar en el viento las trompetas de España, ni el azorado moro las tiendas abandona al ver al sol el alma de acero de Tizona.

*Rabiega*, descansando del huracán guerrero, tranquilo pase, mientras el bravo caballero sale a gozar del aire de la estación florida. Rie la Primavera, y el vuelo de la vida abre lirios y sueños en el jardín del mundo. Rodrigo de Vivar pasa, meditabundo, por una senda en donde, bajo el sol glorioso, tendiéndole la mano, le detiene un lepróso.

Frente á frente el soberbio príncipe del estrago y la victoria, joven, bello como Santiago, y el horror animado, la viviente carroña que infecta los suburbios de hedor y de ponzona.

Y al Cid tiende la mano el siniestro mendigo, y su escarcela busca y no encuentra Rodrigo.

— ¡Oh Cid, una limosna! — dice el precito.

— ¡Hermano,  
te ofrezco la desnuda limosna de mi mano! —  
Dice el Cid; y quitando su férreo guante, extiende  
la diestra al miserable, que llora y que comprende.

\* \* \*

Tal es el sucedido que el Condestable escancia  
como un vino precioso en su copa de Francia.  
Yo agregaré este sorbo de licor castellano:

\* \* \*

Cuando su guantelete hubo vuelto á la mano  
el Cid, siguió su rumbo por la primaveral  
senda. Un pájaro daba su nota de cristal  
en un árbol. El cielo profundo desleía  
un perfume de gracia en la gloria del dia.  
Las ermitas lanzaban en el aire sonoro  
su melodiosa lluvia de tórtolas de oro;  
el alma de la flores iba por los caminos  
á unirse á la piadosa voz de los peregrinos,  
y el gran Rodrigo Díaz de Vivar, satisfecho,  
iba cual si llevase una estrella en el pecho.  
Cuando de la campiña, aromada de esencia  
sutil, salió una niña vestida de inocencia,  
una niña que fuera una mujer, de franca  
y angélica pupila, y muy dulce y muy blanca.

Una niña que fuera un hada, ó que surgiera  
encarnación de la divina Primavera.

Y fué al Cid y le dijo: «Alma de amor y fuego,  
por Jimena y por Dios un regalo te entrego:  
esta rosa naciente y este fresco laurel.»

Y el Cid, sobre su yelmo las frescas hojas siente,  
en su guante de hierro hay una flor naciente,  
y en lo íntimo del alma como un dulzor de miel.

## DEZIRES, LAYES Y CANCIONES

## DEZIR

(A la manera de Johan de Duenyas.)

Reina Venus, soberana  
capitana  
de deseos y pasiones,  
en la tempestad humana  
por tí mana  
sangre de los corazones.  
Una copa me dió el sino  
y en ella bebí tu vino  
y me embriagué de dolor,  
pues me hizo experimentar  
que en el vino del amor  
hay la amargura del mar.

Di al olvido el turbulento  
sentimiento,  
y hallé un sátiro ladino  
que dió á mi labio sediento  
nuevo aliento,  
nueva copa y nuevo vino.  
Y al llegar la primavera,

en mi roja sangre fiera  
triple llama fué encendida:  
yo al flamante amor entrego  
la vendimia de mi vida  
bajo pámpanos de fuego.

En la fruta misteriosa,  
ámbar, rosa, •  
su deseo sacia el labio  
y en viva rosa se posa,  
mariposa,  
beso ardiente ó beso sabio.  
¡Bien haya el sátiro griego  
que me enseñó el dulce juego!  
En el reino de mi aurora  
no hay ayer, hoy ni mañana;  
danzo las danzas de ahora  
con la música pagana.

## FFINIDA

Bella á quien la suerte avara  
ordenara  
martirizarme á ternuras,  
dió una negra perla rara  
Luzbel para  
tu diadema de locuras.

## OTRO DEZIR

Ponte el traje azul que más  
conviene á tu rubio encanto.  
Luego, más, te pondrás  
otro, color de amaranto,  
y el que rimia con tus ojos  
y aquel de reflejos rojos  
que á tu blancor sienta tanto.

En el obscuro cabello  
pon las perlas que conquistas;  
en el columbino cuello  
pon el collar de amatistas,  
y ajóreas en los tobillos  
de topacios amarillos  
y esmeraldas nunca vistas.

Un camarín te decoro  
donde sabrás la lección  
que dió á Angélica Medoro  
y á Belkiss dió Salomón;  
arderá mi sangre loca,  
y en el vaso de tu boca  
te sorberé el corazón.

Luz de sueño, flor de mito,  
tu admirable cuerpo canta  
la gracia de Hermafrodito  
con lo aéreo de Atalanta;

y de tu beldad ambigua  
la evocada musa antigua  
su himno de carne levanta.

Del ánfora en que está el viejo  
viao anacreóntico bebe;  
Febo arruga el entrecejo  
y Juno arrugarlo debe;  
más la joven Venus ríe  
y Eros su filtro deslía  
en los cálices de Hebe.

## LAX

(Á la manera de Johan Torres.

¿Qué pude yo hacer  
para merecer  
la ofrenda de ardor  
de aquella mujer  
á quien, como á Ester,  
maceró el Amor?

Intenso licor,  
perfume y color  
me hiciera sentir  
su boca de flor;  
dile el alma por  
tan dulce elixir.

## CANCIÓN

(Á la manera de Valtierra.)

Amer tu ventana enflora  
y tu amante esta mañana  
preludia por ti una diana  
en la lira de la aurora.

Desnuda sale la bella,  
y del cabello el tesoro  
pone una nube dé oro  
en la desnudez de estrella;  
y en la matutina hora  
de la clara fuente mana  
la salutación pagana  
de las náyades á Flora.

En el baño al beso incita  
sobre el cristal de la onda  
la sonrisa de Gioconda  
en el rostro de Afrodita;  
y el cuerpo que la luz dora,  
adolescente, se hermana  
con las formas de Diana,  
la celeste cazadora.

Y mientras la hermosa juega  
con el sonoro diamante,  
nás encendido que amante

el fogoso amante llega  
á su divina señora.

FFIN

Pan, de su flauta desgrana  
un canto que, en la mañana,  
perla á perla, rie y llora.

QUE EL AMOR NO ADMITE CUERDAS REFLEXIONES

(Á la manera de Santa Fe.)

Señora, Amor es violento,  
y cuando nos transfigura  
nos enciende el pensamiento  
la locura.

No pidas paz á mis brazos  
que á los tuyos tienen presos:  
son de guerra mis abrazos  
y son de incendio mis besos;  
y sería vano intento  
el tornar mi mente obscura  
si me enciende el pensamiento  
la locura.

Clara está la mente mía  
de llamas de amor, señora;  
como la tienda del día

ó el palacio de la aurora.  
 Y al perfume de tu ungüento  
 te persigue mi ventura,  
 y me enciende el pensamiento  
 la locura.

Mi gozo tu paladar  
 rico panal conceptúa,  
 como en el santo cantar:  
*Mel et lac sub lingua tua.*  
 La delicia de tu aliento  
 en tan fino vaso apura,  
 y me enciende el pensamiento  
 la locura.

## LOOR

(Á la manera del mismo.)

¿Á qué comparar la pura  
 arquitectura  
 de tu cuerpo? ¿Á una sutil  
 torre de oro y marfil?  
 ¿Ó de abril  
 á la loggia florecida?  
 Luz y vida  
 iluminan lo interior,  
 y el Amor  
 tiene su antorcha encendida.

Quiera darme el garzón de Ida  
 la henchida  
 copa, y Juno la oriental  
 pompa del pavón real;  
 su cristal  
 Castalia, y yo, apolonida,  
 la dormida  
 cuerda haré cantar por la  
 luz que está  
 dentro tu cuerpo prendida.

La blanca pareja anida  
 adormecida:  
 aves que bajo el corpiño  
 ha colocado el dios niño,  
 rosa, armiño,  
 mi mano sabía os convida  
 á la vida.  
 Por los boscosos senderos  
 viene Eros  
 á causar la dulce herida.

## FFIN

Señora, suelta la brida  
 y tendida  
 la crin, mi corcel de fuego  
 va; en él llegó  
 á tu campaña florida.

## COPLA ESPARÇA

(A la manera del mismo.)

¡La gata blanca! En el lecho  
maya, se encorva, se extiende.  
Un rojo rubí se enciende  
sobre los globos del pecho.  
Los desatados cabellos  
la divina espalda aroman.  
Bajo la camisa asoman  
dos cisnes de negros cuellos.

## TONADA LIBRE

Princesa de mis locuras,  
que tus cabellos desatas,  
di, ¿por qué las blancas gatas  
gustan de sedas obscuras?

## CANTO DE LA SANGRE

Sangre de Abel. Clarín de las batallas.  
 Luchas fraternales; estruendos, horrores;  
 flotan las banderas, hieren las metrallitas,  
 y visten la púrpura los emperadores.

Sangre de Cristo el órgano sonoro.  
 La viña celeste da el celeste vino;  
 y en el labio sacro del cáliz de oro  
 las almas se abrevan del vino divino.

Sangre de los martirios. El salterio.  
 Hogueras, leones, palmas vencedoras;  
 los heraldos rojos con que del misterio  
 vienen precedidas las grandes auroras.

Sangre que vierte el cazador. El cuerno.  
 Furiás escarlatas y rojos destinos  
 forjan en las fraguas del oscuro infierno  
 las fatales armas de los asesinos.

¡Oh sangre de las vírgenes! La lira.  
 Encanto de abejas y de mariposas.  
 La estrella de Venus desde el cielo mira  
 el purpúreo triunfo de las reinas rosas.

Sangre que la Ley vierte.  
Tambor á la sordina.  
Brotan las adelias que riega la muerte  
y el rojo cometa que anuncia la ruina.

Sangre de los suicidas. Organillo.  
Fanfarrias macabras, responsos corales,  
con que de Saturno ceiébrase el brillo  
en los manicomios y en los hospitales.



## VERLAINE

## RESPONSO

Fadre y maestro mágico, liróforo celeste  
que al instrumento olímpico y á la siringa agreste  
diste acento encantador.

¡Panidal Pan tú mismo, que coros condujiste  
hacia el propileo sacro que amaba tu alma triste,  
¡al son del sistro y del tambor!

Que tu sepulcro cubra de flores Primavera,  
que se humedezca el áspero hocico de la fiera  
de amor si pasa por allí;  
que el súnebre recinto visite Pan bicorné;  
que de sangrientas rosas el fresco abril te adorne  
y de claveles de rubí.

Que si posarse quiere sobre la tumba el cuervo,  
ahuyenten la negrura del pájaro pretero  
el dulce canto del cristal  
que Filomela vierta sobre tus tristes huesos,

ó la armonía dulce de risas y de besos,  
de culto oculto y florestal.

Que púberes canéforas te ofrenden el acanto;  
que sobre tu sepulcro no se derrame el llanto,  
sino rocío, vino, miel;  
que el pámpano allí brote, las flores de Cíteres,  
y que se escuchen vagos suspiros de mujeres  
¡bajo un simbólico laurel!

Que si un pastor su pífanio bajo el frescor del haya  
en amorosos días, como en Virgilio, ensaya,  
tu nombre ponga en la canción;  
y que la virgen náyade, cuando ese nombre escuche,  
con ansias y temores entre las lindas luche,  
llena de miedo y de pasión.

De noche en la montaña, en la negra montaña  
de las visiones, pase gigante sombra extraña,  
sombra de un sátiro espectral;  
que ella al centauro adusto con su grandeza asuste;  
de una extrahumana flauta la melodía ajuste  
á la armonía sideral.

Y huya el tropel equino por la montaña vasta;  
tu rostro de ultratumba bañe la luna casta  
de compasiva y blanca luz;  
y el sátiro contemple sobre un lejano monte  
una cruz que se eleve cubriendo el horizonte  
¡y un resplandor sobre la cruz!

## EPITALAMIO BÁRBARO

El alba aún no aparece en su gloria de oro.  
Canta el mar con la música de sus ninjas en coro  
y el aliento del campo se va cuajando en bruma.  
Teje la náyade el encaje de su espuma  
y el bosque inicia el himno de sus flautas de pluma.

Es el momento en que el salvaje caballero  
se ve pasar. La tribu aúlia y el ligero  
caballo es un relámpago, veloz como una idea.  
A su paso, asustada, se para la marea;  
la náyade interrumpe la labor que ejecuta  
y el director del bosque detiene la batuta.

—¿Qué pasa?— desde el lecho pregunta Venus bella.  
Y Apolo:

—Es Sagitario que ha robado una estrella.

## SINFONÍA EN GRIS MAYOR

El mar como un vasto cristal azogado  
refleja la lámina de un cielo de cinc;  
lejanas bandadas de pájaros manchan  
el fondo bruñido de pálido gris.

El sol como un vidrio redondo y opaco  
con paso de enfermo camina al cenit;  
el viento marino descansa en la sombra  
teniendo de almohada su negro clarín.

Las ondas que mueven su vientre de plomo  
debajo del muelle parecen gemir.  
Sentado en un cable, fumando su pipa,  
está un marinero pensando en las playas  
de un vago lejano brumoso país.

Es viejo ese lobo. Tostaron su cara  
los rayos de fuego del sol del Brasil;  
los recios tisones del mar de la China  
le han visto bebiendo su frasco de gin.

La espuma impregnada de yodo y salitre  
ha tiempo conoce su roja nariz,

sus crespos cabellos, sus bíceps de atleta,  
su gorra de lona, su blusa de dril.

En medio del humo que forma el tabaco  
ve el viejo el lejano brumoso país,  
adonde una tarde caliente y dorada  
tendidas las velas partió el bergantín...

La siesta del trópico el lobo se aduerme,  
ya todo lo envuelve la gama del gris;  
parece que un suave y enorme esfumino  
del curvo horizonte borrara el confín.

La siesta del trópico. La vieja cigarra  
ensaya su ronca guitarra senil,  
y el grillo preludia su solo monótono  
en la única cuerda que está en su violín.

## MARGARITA

*In memoriam...*

{Recuerdas que querías ser una Margarita  
Gautier? Fijo en mi mente tu extraño rostro está,  
cuando cenamos juntos en la primera cita,  
en una noche alegre que nunca volverá.

Tus labios escarlatas de púrpura maldita  
sorbían el champaña del fino baccarat;  
tus dedos deshojaban la blanca margarita:  
«Sí..., no...; sí..., no...», ¡y sabías que te adoraba ya!

Después, ¡oh flor de Histeria!, llorabas y reías;  
tus besos y tus lágrimas tuve en mi boca yo;  
tus risas, tus fragancias, tus quejas eran mías.

Y en una tarde triste de los más dulces días,  
la Muerte, la celosa, por ver si me querías,  
como á una margarita de amor ¡te deshojó!

## COLOQUIO DE LOS CENTAUROS

En la isla en que detiene su esquife el argonauta  
del inmortal Ensueño, donde la eterna pauta  
de las eternas liras se escucha — isla de Oro  
en que el tritón elige su caracol sonoro  
y la sirena blanca va á ver el sol — un día  
se oye un tropel vibrante de fuerza y de armonía.

Son los Centauros. Cubren la llanura. Les siente  
la montaña. De lejos, forman son de torrente  
que cae; su galope al aire que reposa  
despierta, y estremece la hoja del laurel-rosa.

Son los Centauros. Unos enormes, rudos; otros  
alegres y saltantes como jóvenes potros;  
unos con largas barbas como los padres-ríos;  
otros imberbes, ágiles y de piafantes bríos,  
y de robustos músculos, brazos y lomos aptos  
para portar las ninfas rosadas en los raptos.

Van en galope rítmico. Junto á un fresco boscaje,  
frente al gran Océano, se paran. El paisaje  
recibe de la urna matinal luz sagrada  
que el vasto azul suaviza con límpida mirada.

Y oyen seres terrestres y habitantes marinos  
la voz de los crinados cuadrúpedos divinos.

## QUIRÓN

Calladas las bocinas á los tritones gratas,  
calladas las sirenas de labios escarlatas,  
los carrillos de Eolo desinflados, digamos  
junto al laurel ilustre de florecidos ramos  
la gloria inmarcesible de las Musas hermosas  
y el triunfo del terrible misterio de las cosas.  
He aquí que renacen los lauros milenarios;  
vuelven á dar su lumbre los viejos lampadarios;  
y anímase en mi cuerpo de Centauro inmortal  
la sangre del celeste caballo paternal.

## RETO

Arquero luminoso, desde el Zodíaco llegas;  
aún presas en las crines tienes abejas griegas;  
aún del dardo heráleo muestras la roja herida  
por do salir no pudo la esencia de tu vida.  
¡Padre y maestro excelso! Eres la fuente sana  
de la verdad que busca la triste raza humana:  
aún Esculapio sigue la vena de tu ciencia;  
siempre el veloz Aquiles sustenta su existencia  
con el manjar salvaje que le ofreciste un día,  
y Heracles, descuidando su masa, en la armonía  
de los astros, se eleva bajo el cielo nocturno...

## QUIRÓN

La ciencia es flor del tiempo: mi padre fué Saturno.

## ABANTES

Himnos á la sagrada Naturaleza; al vientre de la tierra y al germen que entre las rocas y entre las carnes de los árboles, y dentro humana forma es un mismo secreto y es una misma norma, potente y sutilísimo, universal resumen de la suprema fuerza, de la virtud del Numen.

## QUIRÓN

¡Himnos! Las cosas tienen un ser vital; las cosas tienen raros aspectos, miradas misteriosas; toda forma es un gesto, una cifra, un enigma; en cada átomo existe un incógnito estigma; cada hoja de cada árbol canta un propio cantar y hay una alma en cada una de las gotas del mar; el vate, el sacerdote, suele oír el acento desconocido; á veces enuncia el vago viento un misterio; y revela una inicial la espuma ó la flor; y se escuchan palabras de la bruma. Y el hombre favorito del Numen, en la linfa ó la ráfaga, encuentra mentor — demonio ó ninfa.

## FOLO

El biforme ixionida comprende de la altura, por la materna gracia, la lumbre que fulgura, la nube que se anima de luz y que decora el pavimento en donde rige su carro Aurora, y la banda de Iris que tiene siete rayos

cual la lira en sus brazos siete cuerdas; los mayos  
en la fragante tierra llenos de ramos bellos,  
y el Polo coronado de cándidos cabellos.  
El ixionida pasa veloz por la montaña  
rompiendo con el pecho de la maleza huraña  
los erizados brazos, las cárceles hostiles;  
escuchan sus orejas los ecos más sutiles;  
sus ojos atraviesan las intrincadas hojas,  
mientras sus manos toman para sus bocas rojas  
las frescas bayas altas que el sátiro codicia;  
junto á la oculta fuente su mirada acaricia  
las curvas de las ninfas del séquito de Diana;  
pues en su cuerpo corre también la esencia humana  
unida á la corriente de la savia divina  
y á la salvaje sangre que hay en la bestia equina :  
tal el hijo robusto de Ixión y de la Nube.

## QUIRÓN

Sus cuatro patas, bajan; su testa erguida, sube.

## ORNEO

Yo comprendo el secreto de la bestia. Malignos  
seres hay y benignos. Entre ellos se hacen signos  
de bien y mal, de odio ó de amor, ó de pena  
ó gozo : el cuervo es malo y la torcaz es buena.

## QUIRÓN

Ni es la torcaz benigna, ni es el cuervo protervo :  
son formas del Enigma la paloma y el cuervo.

## ASTILO

El Enigma es el soplo que hace cantar la lira.

## NESO

¡El Enigma es el rostro fatal de Deyanira!  
Mi espalda aun guarda el dulce perfume de la bella;  
aún mis pupilas llama su claridad de estrella.  
¡Oh, aroma de su sexol! ¡Oh, rosas y alabastros!  
¡Oh, envidias de las flores y celos de los astros!

## QUIRÓN

Cuando del sacro abuelo la sangre luminosa  
con la marina espuma formara nieve y rosa,  
hecha de rosa y nieve nació la Anadiomena.  
Alzó al cielo los brazos la lírica sirena,  
los cuervos hipocampos sobre las verdes ondas  
levaron los hocicos; y caderas redondas,  
tritónicas melenas y dorsos de delfines  
junto á la Reina nueva se vieron. Los confines  
del mar llenó el grandioso clamor; el universo  
sintió que un nombre armónico, sonoro como un verso,  
llenaba el hondo hueco de la altura; ese nombre  
hizo gemir la tierra de amor: fué para el hombre  
más alto que el de Jove; y los númenes mismos  
lo oyeron asombrados; los lóbregos abismos  
tuvieron una gracia de luz. ¡Venus impera!  
Ella es entre las reinas celestes la primera,  
pues es quien tiene el fuerte poder de la Hermosura.  
¡Vaso de miel y mirra brotó de la Amargura!

Ella es la más gallarda de las emperatrices;  
princesa de los gérmenes, reina de las matrices,  
señora de las savias y de las atracciones,  
señora de los besos y de los corazones.

## EURITO

¡No olvidaré los ojos radiantes de Hipodamia!

## HIPEA

Yo sé de la hembra humana la original infamia.  
Venus anima artera sus máquinas fatales,  
tras los radiantes ojos ríen traidores males,  
de su floral perfume se exhala sutil daño;  
su cráneo obscuro alberga bestialidad y engaño.  
Tiene las formas puras del ánfora y la risa  
del agua que la brisa riza y el sol irisa;  
mas la ponzoña ingénita su máscara pregona :  
mejores son el águila, la yegua y la leona.  
De su húmeda impureza brota el calor que enerva  
los mismos sacros dones de la imperial Minerva;  
y entre sus duros pechos, lirios del Aqueronte,  
hay un olor que llena la barca de Caronte.

## ODITES

Como una miel celeste hay en su lengua fina;  
su piel de flor aún húmeda está de agua marina.  
Yo he visto de Hipodamia la faz encantadora,  
la cabellera espesa, la pierna vencedora.  
Ella de la hembra humana fuera ejemplar augusto;  
ante su rostro olímpico no habría rostro adusto;

las Gracias junto á ella quedarían confusas,  
y las ligeras Horas y las sublimes Musas  
por ella detuvieran sus giros y su canto.

## HIPEA

Ella la causa fuera de inenarrable espanto;  
por ella el ixionida dobló su cuello fuerte.  
La hembra humana es hermana del Dolor y la Muerte.

## QUIRÓN

Por suma ley un día llegará el himeneo  
que el soñador aguarda : Cinis será Ceneo;  
claro será el origen del femenino arcano:  
la Esfinge tal secreto dirá á su soberano.

## CLITO

Naturaleza tiende sus brazos y sus pechos  
á los humanos seres; la clave de los hechos  
conócela el vidente; Homero con su báculo,  
en su gruta Deifobe, la lengua del Oráculo.

## CAUMANTES

El monstruo expresa un ansia del corazón del Orbe,  
en el Centauro el bruto la vida humana absorbe,  
el sátiro es la selva sagrada, y la lujuria  
une sexuales ímpetus á la armoniosa furia.  
Pan junta la soberbia de la montaña agreste  
al ritmo de la inmensa mecánica celeste;  
la boca melodiosa que atrae en Sirensa  
es de la fiera alada y es de la suave musa;

con la bicorne bestia Pasifae se ayunta,  
 Naturaleza sabia formas diversas junta,  
 y cuando tiende al hombre la gran Naturaleza,  
 el monstruo, siendo el símbolo, se viste de belleza.

GRINEO

Yo amo lo inanimado que amó el divino Hesiodo.

QUIRÓN

Grineo, sobre el mundo tiene un ánima todo.

GRINEO

He visto, entonces, raros ojos fijos en mí:  
 los vivos ojos rojos del alma del rubí;  
 los ojos luminosos del alma del topacio  
 y los de la esmeralda que del azul espacio  
 la maravilla imitan; los ojos de las gemas  
 de brillos peregrinos y mágicos emblemas.  
 Amo el granito duro que el arquitecto labra  
 y el mármol en que duermen la línea y la palabra...

QUIRÓN

Á Deucalión y á Pirra, varones y mujeres  
 las piedras aún intactas dijeron: «¿Qué nos quieres?»

LICIDAS

Yo he visto los lemures flotar en los nocturnos  
 instantes, cuando escuchan los bosques taciturnos  
 el loco grito de Atis que su dolor revela  
 ó la maravillosa canción de Filomela.

El galope apresuro, si en el boscaje miro  
 manes que pasan, y oigo su fúnebre suspiro.  
 Pues de la Muerte el hondo, desconocido imperio  
 guarda el pavor sagrado de su fatal misterio.

ARNEO

La Muerte es de la Vida la inseparable hermana.

QUIRÓN

La Muerte es la victoria de la progenie humana.

MEDÓN

¡La Muerte! Yo la he visto. No es demacrada y mustia  
 ni ase corva guadaña, ni tiene faz de angustia.  
 Es semejante á Diana, casta y virgen como ella;  
 en su rostro hay la gracia de la núbil doncella  
 y lleva una guirnalda de rosas siderales.  
 En su siniestra tiene verdes palmas triunfales,  
 y en su diestra una copa con agua del olvido.  
 Á sus pies, como un perro, yace un amor dormido.

AMICO

Los mismos dioses buscan la dulce paz que vierte.

QUIRÓN

La pena de los dioses es no alcanzar la Muerte.

EURETO

Si el hombre—Prometeo—pudo robar la vida,  
 la clave de la muerte serále concedida.

## QUIRÓN

La virgen de las vírgenes es inviolable y pura.  
Nadie su casto cuerpo tendrá en la alcoba obscura,  
ni beberá en sus labios el grito de victoria,  
ni arrancará á su frente las rosas de su gloria.

.....

\* \* \*

Mas he aquí que Apolo se acerca al meridiano;  
sus truenos prolongados repite el Oceano;  
bajo el dorado carro del reluciente Apolo  
vuelve á inflar sus carrillos y sus odres Eolo.  
Á lo lejos, un templo de mármol se divisa  
entre laureles rosa que hace cantar la brisa.  
Con sus vibrantes notas de Céfiro desgarra  
la ueste transparente la helénica cigarra,  
y por el llano extenso van en tropel sonoro  
los Centauros, y al paso, tiembla la isla de Oro.

## PÓRTICO

QUE VA AL FRENTE DEL LIBRO «EN TROPEL»  
DEL POETA SALVADOR RUEDA

Libre la frente que el casco rehusa,  
casi desnuda en la gloria del día,  
alza su tirso de rosas la musa  
bajo el gran sol de la eterna Armonía.

Es Floreal; eres tú, Primavera,  
quien la sandalia calzó á su pie breve;  
ella, de tristes nostalgias muriera  
en el país de los cisnes de nieve.

Griega es su sangre, su abuelo era ciego;  
sobre la cumbre del Pindo sonoro  
el Sagitario del carro de fuego  
puso en su lira las cuerdas de oro.

Y bajo el pórtico blanco de Paros,  
y en los boscajes de frescos laureles,  
Píndaro dióle sus ritmos preclaros,  
dióle Anacreonte sus vinos y mieles.



Toda desnuda, en los claros diamantes  
que en la Castalia recaman las linsas,  
viéronla tropas de faunos saltantes,  
cual la más fresca y gentil de las ninfas.

Y en la fragante, armoniosa floresta,  
puesto á los ecos su oido de musa,  
Pan sorprendióla escuchando la orquesta  
que él daba al viento con su cornamusa.

Ella resurge después en el Lacio,  
siendo del tedio su lengua exterminio;  
lleva á sus labios la copa de Horacio,  
bebe Falerno en su ebúrneo triclinio.

Pájaro errante, ideal golondrina,  
vuela de Arabia á un confín solitario,  
y ve pasar en su torre argentina  
á un rey de Oriente sobre un dromedario;

rey misterioso, magnífico y mago,  
dueño opulento de cien Estambules,  
y á quien un genio brindara en un lago  
góndolas de oro en las aguas azules.

Ése es el rey más hermoso que el día,  
que abre á la musa las puertas de Oriente;  
ése es el rey del país Fantasía,  
que lleva un claro lucero en la frente.

Es en Oriente donde ella se inspira  
en las moriscas exóticas zambras;  
donde primero contempla y admira  
las cinceladas divinas alhambras;

las muelles danzas en las alcatifas  
donde la mora sus velos desata;  
los pensativos y viejos califas  
de ojos oscuros y barbas de plata.

Es una bella y alegre mañana  
cuando su vuelo la musa confía  
á una errabunda y fugaz caravana  
que hace del viento su brújula y guía.

Era la errante familia bohemia,  
sabia en extraños conjuros y estigmas,  
que une en su boca plegaria y blasfemia,  
nombres sonoros y raros enigmas;

que ama los largos y negros cabellos,  
danzas lascivas y finos puñales,  
ojos llameantes de vivos destellos,  
flores sangrientas de labios carnales.

Y con la gente morena y huraña  
que á los caprichos del aire se entrega,  
hace su entrada triunfal en España  
fresca y riente la rítmica griega

Mira las cumbres de Sierra Nevada,  
las bocas rojas de Málaga, lindas,  
y en un pandero su mano rosada  
fresas recoge, claveles y guindas.

Canta y resuena su verso de oro,  
ve de Sevilla las hembras de llama,  
sueña y habita en la Alhambra del moro,  
y en sus cabellos perfumes derrama.

Busca del pueblo las penas, las flores,  
mantos bordados de alhajas de seda,  
y la guitarra que sabe de amores,  
cálida y triste querida de Rueda

(urna amorosa de voz femenina,  
caja de música de duelo y placer :  
tiene el acento de un alma divina,  
talle y caderas como una mujer).

Va del tablado flamenco á la orilla  
y ase en sus palmas los crótalos negros,  
mientras derrocha la audaz seguidilla  
bruscos acordes y raudos alegros.

Ritma los pasos, modula los sones,  
ebria, risueña de un vino de luz,  
hace que brillen los ojos gachones,  
negros diamantes del patio andaluz.

Campo y pleno aire refrescan sus alas;  
ama los nidos, las cumbres, las cimas;  
vuelve del campo vestida de galas,  
cuelga á su cuello collares de rimas.

En su tesoro de reina de Saba  
guarda en secreto celestes emblemas;  
flechas de fuego en su mágica aljaba,  
perlas, rubíes, zafiros y gemas.

Tiene una corte pomposa de majas;  
suya es la chula de rostro risueño;  
suya las juergas, las curvas navajas,  
ebrias de sangre y licor malagueño.

Tiene por templo un alcázar marmóreo,  
guárdalo esfinge de rostro egipciaco,  
y cual labrada en un bloque hiperbóreo,  
Venus, enfrente de un triunfo de Baco,

dentro presenta sus formas de nieve,  
brinda su amable sonrisa de piedra,  
mientras se enlaza en un bajorrelieve  
á una driada ceñida de hiedra

un joven fauno robusto y violento,  
dulce terror de las ninfas incautas,  
al son triunfante que lanzan al viento  
tímpanos, liras y sistros y flautas.

Ornan los muros mosaicos y frescos,  
áureos pedazos de un sol fragmentario,  
iris trenzados en mil arabescos,  
joyas de un hábil cincel lapidario.

Y de la eterna Belleza en el ara,  
ante su sacra y grandiosa escultura,  
hay una lámpara en albo Carrara  
de una eucarística y casta blancura.

Fuera, el frondoso jardín del poeta  
ríe en su fresca y gentil hermosura;  
ágata, perla, amatista, violeta,  
verdor eclógico y tibia espesura.

Una andaluza despliega su manto  
para el poeta de música eximia;  
rústicos Títiros cantan su canto;  
bulle el hervor de la alegre vendimia.

Ya es un tropel de bacantes modernas  
el que despierta las locas lujurias;  
ya húmeda y triste de lágrimas tiernas,  
da su gemido la gaita de Asturias.

Francas fanfarrias de cobres sonoros,  
labios quemantes de humanas sirenas,  
ocres y rojos de plazas de toros,  
fuegos y chispas de locas verbenas.

\*\*\*

Joven homérida, un día su tierra  
vióle que alzaba soberbio estandarte,  
buen capitán de la lírica guerra,  
regio cruzado del reino del arte.

Vióle con yelmo de acero brillante,  
rica armadura sonora á su paso,  
fina tizona, sonoro olifante,  
listo y piafante su excelso pegaso.

Y de la brega tornar vióle un día  
de su victoria en los bravos tropeles,  
bajo el gran sol de la eterna Armonía,  
dueño de verdes y nobles laureles.

Fué aborrecido de Zoilo, el verdugo.  
Fué por la gloria su estrella encendida.  
Y esto pasó en el reinado de Hugo,  
emperador de la barda florida.

## ELOGIO DE LA SEGUIDILLA

Metro mágico y rico que al alma expresas  
llameantes alegrías, penas arcanas,  
desde en los suaves labios de las princesas  
hasta en las bocas rojas de las gitanas.

Las almas armoniosas buscan tu encanto,  
sonora rosa métrica que ardes y brillas,  
y España ve en tu ritmo, siente en tu canto  
sus hembras, sus claveles, sus manzanillas.

Vibras al aire alegre como una cinta,  
el músico te adulata, te ama el poeta;  
Rueda en ti sus fogosos paisajes pinta  
con la audaz policromia de su paleta.

En ti el hábil orfebre cincela el marco  
en que la idea-perla su oriente acusa,  
ó en tu cordaje armónico formas el arco  
con que lanza sus flechas la airada musa.

Á tu voz en el aire crujen las faldas,  
los piececitos hacen brotar las rosas  
é hilan hebras de amores las esmeraldas  
en ruecas invisibles y misteriosas.

La andaluza hechicera, paloma arisca,  
por ti irradia, se agita, vibra y se quiebra,  
con el lánguido gesto de la odalisca  
ó las fascinaciones de la culebra.

Pequeña ánfora lírica de vino lleno  
compuesto por la dulce musa Alegría  
con uvas andaluzas, sal macarena,  
flor y canela frescas de Andalucía.

Subes, creces y vistes de pompas fieras;  
retumbas en el ruido de las metrallas,  
ondulas con el ala de las banderas,  
suenas con los clarines de las batallas.

Tienes toda la lira; tienes las manos  
que acompañan las danzas y las canciones;  
tus órganos, tus prosas, tus cantos llanos  
y tus llantos que parten los corazones.

Ramillete de dulces trinos verbales,  
jabalina de Diana la Cazadora,  
ritmo que tiene el filo de cien puñales,  
que muerde y acaricia, mata y enflora.

Las Tírsis campesinas de ti están llenas,  
y aman, radiosa abeja, tus bordoneos;  
así riegas tus chispas las nochebuenas,  
como adoras la lira de los Orfeos.

Que bajo el sol dorado de Manzanilla  
qué esta azulada concha del cielo baña,  
polítona y triunfante, la seguidilla  
es la flor del sonoro Pindo de España.

## CANTOS DE VIDA Y ESPERANZA

—1905—

Yo soy aquel que ayer no más decía  
el verso azul y la canción profana,  
en cuya noche un ruiseñor había  
que era alondra de luz por la mañana.

El dueño fui de mi jardín de sueño,  
lleno de rosas y de cisnes vagos;  
el dueño de las tórtolas, el dueño  
de góndolas y liras en los lagos;

y muy siglo diez y ocho y muy antiguo  
y muy moderno; audaz, cosmopolita;  
con Hugo fuerte y con Verleaine ambiguo,  
y una sed de ilusiones infinita.

Yo supe de dolor desde mi infancia,  
mi juventud... ¿fué juventud la mía?  
Sus rosas aún me dejan su fragancia  
— una fragancia de melancolía...

Potro sin freno se lanzó mi instinto,  
mi juventud montó potro sin freno;  
iba embriagada y con puñal al cinto;  
si no cayó, fué porque Dios es bueno.

En mi jardín se vió una estatua bella;  
se juzgó mármol y era carne viva;  
un alma joven habitaba en ella,  
sentimental, sensible, sensitiva.

Y tímida ante el mundo, de manera  
que encerrada en silencio no salía,  
sino cuando en la dulce primavera  
era la hora de la melodía...

Hora de ocaso y de discreto beso;  
hora crepuscular y de retiro;  
hora de madrigal y de embeleso,  
de «te adoro», de «ay» y de suspiro.

Y entonces era en la dulzaina un juego  
de misteriosas gamas cristalinas,  
un renovar de notas del Pan griego  
y un desgranar de músicas latinas,

con aire tal y con ardor tan vivo,  
que á la estatua nacían de repente  
en el muslo viril patas de chivo  
y dos cuernos de sátiro en la frente.

Como la Galatea gongorina  
 me encantó la marquesa verleniana,  
 y así juntaba á la pasión divina  
 una sensual hiperestesia humana;

todo ansia, todo ardor, sensación pura  
 y vigor natural; y sin falsia,  
 y sin comedia y sin literatura... :  
 si hay un alma sincera, ésa es la mía.

La torre de marfil tentó mi anhelo;  
 quise encerrarme dentro de mí mismo,  
 y tuve hambre de espacio y sed de cielo  
 desde las sombras de mi propio abismo.

Como la esponja que la sal satura  
 en el jugo del mar, fué el dulce y tierno  
 corazón mío, henchido de amargura  
 por el mundo, la carne y el infierno.

Mas, por gracia de Dios, en mi conciencia  
 el bien supo elegir la mejor parte;  
 y si hubo áspera hiel en mi existencia,  
 melificó toda acritud el Arte.

Mi intelecto libré de pensar bajo,  
 bañó el agua castalia el alma mía,  
 peregrinó mi corazón y trajo  
 de la sagrada selva la armonía.

¡Oh, la selva sagrada! ¡Oh, la profunda emanación del corazón divino de la sagrada selva! ¡Oh, la fecunda fuente cuya virtud vence al destino!

Bosque ideal que lo real complica, allí el cuerpo arde y vive y Psiquis vuela; mientras abajo el sátiro fornica, ebria de azul deslía Filomela

perla de ensueño y música amorosa en la cúpula en flor del laurel verde, hipsipila sutil liba en la rosa, y la boca del fauno el pezón muerde.

Allí va el dios en celo tras la hembra, y la caña de Pan se alza del lodo; la eterna Vida sus semillas siembra, y brota la armonía del gran Todo.

El alma que entra allí debe ir desnuda, temblando de deseo y fiebre santa, sobre cardo heridor y espina aguda: así sueña, así vibra y así canta.

Vida, luz y verdad, tal triple llama produce la interior llama infinita; el Arte puro como Cristo exclama: *Ego sum lux et veritas et vita!*

Y la vida es misterio, la luz ciega  
y la verdad inaccesible asombra;  
la adusta perfección jamás se entrega,  
y el secreto Ideal duerme en la sombra.

Por eso ser sincero es ser potente.  
De desnuda que está, brilla la estrella;  
el agua dice el alma de la fuente  
en la voz de cristal que fluye d'ella.

Tal fué mi intento, hacer del alma pura  
mía una estrella, una fuente sonora,  
con el horror de la literatura  
y loco de crepúsculo y de aurora.

Del crepúsculo azul que da la pauta  
que los celosos éxtasis inspira,  
bruma y tono menor — ¡toda la flauta!,  
y Aurora, hija del Sol — ¡toda la lira!

Pasó una piedra que lanzó una honda;  
pasó una flecha que aguzó un violento.  
La piedra de la honda fué á la onda,  
y la flecha del odio fuése al viento.

La virtud está en ser tranquilo y fuerte;  
con el fuego interior todo se abrasa;  
se triunfa del rencor y de la muerte,  
¡Y hacia Belén... la caravana pasa!

## SALUTACIÓN DEL OPTIMISTA

¡Inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania secunda,  
espíritus fraternos, luminosas almas, salve!

Porque llega el momento en que habrán de cantar nue-  
[vos himnos  
lenguas de gloria. ¡Un vasto rumor llena los ámbitos;  
ondas de vida van renaciendo de pronto; [mágicas  
retrocede el olvido, retrocede engañada la muerte;  
se anuncia un reino nuevo, feliz sibila sueña,  
y en la caja pandórica de que tantas desgracias surgi-  
encontramos de súbito, talismánica, pura, riente, [ron  
cual pudiera decirla en su verso Virgilio divino,  
la divina reina de luz, la celeste Esperanza!

Pálidas indolencias, desconfianzas fatales que á tumba  
6 á perpetuo presidio condenasteis al noble entusiasmo,  
ya veréis el salir del sol en un triunfo de liras,  
mientras dos continentes, abonados de huesos gloriosos,  
del Hércules antiguo la gran sombra soberbia evocando,  
digan al orbe : La alta virtud resucita  
que á la hispana progenie hizo dueña de siglos.

Abominad la boca que predice desgracias eternas;  
abominad los ojos que ven sólo zodiacos funestos;

abominad las manos que apedrean las ruinas ilustres,  
ó que la tea empuñan ó la daga suicida.

Siéntense sordos ímpetus en las entrañas del mundo,  
la inminencia de algo fatal hoy commueve la Tierra;  
fuertes colosos caen, se desbandan bicéfalas águilas,  
y algo se inicia como vasto social cataclismo  
sobre la faz del orbe. ¿Quién dirá que las savias dormi-

[das  
no despierten entonces en el tronco del roble gigante  
bajo el cual se exprimió la ubre de la loba romana?  
¿Quién será el pusilánime que al vigor español niegue

[músculos  
y que al alma española juzgase áptera y ciega y tullida?  
No es Babilonia ni Nínive enterrada en olvido y en pol-

[vo,

ni entre momias y piedras reina que habita el sepulcro,  
la nación generosa, coronada de orgullo inmarchito,  
que hacia el lado del alba fija las miradas ansiosas,  
ni la que tras los mares en que yace sepulta la Atlántida,  
tiene su coro de vástagos, altos, robustos y fuertes.

Únanse, brillen, secúndense tantos vigores dispersos;  
formen todos un solo haz de energía ecuménica.

Sangre de Hispania secunda, sólidas, ínclitas razas,  
muestren los dones pretéritos que fueron antaño su

[triunfo.

Vuelva el antiguo entusiasmo, vuelva el espíritu ar-  
que regará lenguas de fuego en esa epifanía. [diente  
Juntas las testas ancianas ceñidas de líricos lauros  
y las cabezas jóvenes que la alta Minerva decora,

así los manes heroicos de los primitivos abuelos,  
de los egregios padres que abrieron el surco pristino,  
sientan los soplos agrarios de primaverales retornos  
y el rumor de espigas que inició la labor triptolémica.

Un continente y otro renovando las viejas prosapias,  
en espíritu unidos, en espíritu y ansias y lengua,  
ven llegar el momento en que habrán de cantar nuevos  
La latina estirpe verá la gran alba futura [himnos.  
en un trueno de música gloriosa; millones de labios  
saludarán la espléndida luz que vendrá del Oriente,  
Oriente augusto en donde todo lo cambia y renueva  
la eternidad de Dios, la actividad infinita.  
¡Y así sea, Esperanza, la visión permanente en nosotros,  
ínlitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda!

## AL REY OSCAR

Le Roi de Suède et de Norvège  
 après avoir visité Saint-Jean-de-  
 Luz, s'est rendu à Hendaye et à  
 Fontarabie. En arrivant sur le sol  
 espagnol, il a crié: «Vive l'Es-  
 pagne!»

(*Le Figaro*, mars 1899.)

Así, Sire, en el aire de la Francia nos llega  
 la paloma de plata de Suecia y de Noruega,  
 que trae en vez de olivo una rosa de fuego.

Un búcaro latino, un noble vaso griego  
 recibirá el regalo del país de la nieve.  
 Que á los reinos boreales el patrio viento lleve  
 otra rosa de sangre y de luz españolas;  
 ¡pues sobre la sublime hermandad de las olas,  
 al brotar tu palabra, un saludo le envía  
 al sol de media noche el sol del Mediodía!

Si Segismundo siente pesar, Hamlet se inquieta.  
 El Norte ama las palmas; y se junta el poeta  
 del fjord con el del carmen, porque el mismo oriflama  
 es azur. Su divina cornucopia derrama

sobre el polo y el trópico la Paz; y el orbe gira  
 en un ritmo uniforme por una propia lira:  
 el Amor. Allá surge Sigurd que al Cid se auna.  
 Cerca de Dulcinea brilla el rayo de luna,  
 y la musa de Bécquer del ensueño es esclava  
 bajo un celeste palio de luz escandinava.

Sire, de ojos azules, gracias : por los laureles  
 de cien bravos vestidos de honor; por los claveles  
 de la tierra andaluza y la Alhambra del moro;  
 por la sangre solar de una raza de oro;  
 por la armadura antigua y el yelmo de la gesta;  
 por las lanzas que fueron una vasta floresta  
 de gloria y que pasaron Pirineos y Andes;  
 por Lepanto y Otumba; por el Perú, por Flandes;  
 por Isabel que cree, por Cristóbal que sueña  
 y Velázquez que pinta y Cortés que domeña;  
 por el país sagrado en que Heracles afianza  
 sus macizas columnas de fuerza y esperanza,  
 mientras Pan trae el ritmo con la egregia siringa,  
 que no hay trueno que apague ni tempestad que extin-  
 por el león simbólico y la cruz, gracias, Sire. [ga;

¡Mientras el mundo aiente, mientras la esfera gire,  
 mientras la onda cordial alimente un ensueño;  
 mientras haya una viva pasión, un noble empeño,  
 un buscado imposible, una imposible bazaña,  
 una América oculta que hallar, vivirá España!

Y pues tras la tormenta vienes de peregrino  
 real a la morada que entristeció el destino,

la morada que viste luto sus puertas abra  
al purpúreo y ardiente vibrar de tu palabra;  
y que sonría, ¡oh rey Oscar!, por un instante;  
y tiemble en la flor áurea el más puro brillante  
para quien sobre brillos de corona y de nombre,  
con labios de monarca lanza un grito de hombre.

## CYRANO EN ESPAÑA

He aquí que Cyrano de Bergerac traspasa  
de un salto el Pirineo. Cyrano está en su casa.  
¿No es en España, acaso, la sangre vino y fuego?  
Al gran gascón saluda y abraza el gran manchego.  
¿No se hacen en España los más bellos castillos?  
Roxanas encarnaron con rosas los Murillos,  
y la hoja toledana que aquí Quevedo empuña  
conócenla los bravos cadetes de Gascuña.  
Cyrano hizo su viaje á la luna; mas antes,  
ya el divino lunático de don Miguel Cervantes  
pasaba entre las dulces estrellas de su sueño  
jinete en el sublime pegaso Clavileño.  
Y Cyrano ha leído la maravilla escrita,  
y al pronunciar el nombre del Quijote, se quita  
Bergerac el sombrero: Cyrano Balazote  
siente que es lengua suya la lengua del Quijote.  
Y la nariz heroica del gascón se diría  
que husmea los dorados vinos de Andalucía.  
Y la espada francesa por él desenvainada,  
brilla bien en la tierra de la capa y la espada.  
¡Bienvenido, Cyrano de Bergerac! Castilla  
te da su idioma, y tu alma como tu espada brilla  
al sol que allá en tus tiempos no se ocultó en España.

Tu nariz y penacho no están en tierra extraña,  
pues vienes á la tierra de la Caballería.  
Eres el noble huésped de Calderon. María  
Roxana te demuestra que lucha la fragancia  
de las rosas de España con las rosas de Francia,  
y sus supremas gracias, y sus sonrisas únicas,  
y sus miradas, astros que visten negras túnicas,  
y la lira que vibra en su lengua sonora  
te dan una Roxana de España, encantadora.  
¡Oh poeta! ¡Oh celeste poeta de la facha  
grotesca! Bravo y noble y sin miedo y sin tacha,  
príncipe de locuras, de sueños y de rimas :  
tu penacho es hermano de las más altas cimas,  
del nido de tu pecho una alondra se lanza,  
un hada es tu madrina, y es la Desesperanza;  
y en medio de la selva del duelo y del olvido  
las nueve musas vendan tu corazón herido.  
¿Allá en la luna hallaste algún mágico prado  
donde vaga el espíritu de Pierrot desolado?  
¿Viste el palacio blanco de los locos del Arte?  
¿Fué acaso la gran sombra de Pindaro á encontrarte?  
¿Contemplaste la mancha roja que entre las rocas  
albas forma el castillo de las vírgenes locas?  
¿Y en un jardín fantástico de misteriosas flores  
no oíste al melodioso rey de los ruixeñores?  
No juzgues mi curiosa demanda inoportuna,  
pues todas esas cosas existen en la luna.  
¡Bienvenido, Cyrano de Bergerac! Cyrano  
de Bergerac, cadete y amante, y castellano  
que trae los recuerdos que Durandal abona

al país en que aun brillan las luces de Tizona.  
El Arte es el glorioso vencedor. Es el Arte  
el que vence el espacio y el tiempo; su estandarte,  
pueblos, es del espíritu el azul oriflama.  
¿Qué elegido no corre si su trompeta llama?  
Y á través de los siglos se contestan, oid :  
la Canción de Rolando y la Gesta del Cid.  
Cyrano va marchando, poeta y caballero,  
al redoblar sonoro del grave Romancero.  
Su penacho soberbio tiene nuestra aureola.  
Son sus espuelas finas de fábrica española.  
Y cuando en su balada Rostand teje el envío,  
creeríase á Quevedo rimando un desafío.  
¡Bienvenido, Cyrano de Bergerac! No seca  
el tiempo el lauro; el viejo corral de la Fachecha  
recibe al generoso embajador del fuerte  
Molière. En copa gala Tirso su vino vierte.  
Nosotros exprimimos las uvas de Champaña  
para beber por Francia y en un cristal de España.

## RETRATOS

## I

Don Gil, don Juan, don Lope, don Carlos, don Ro-  
¿cúya es esta cabeza soberbia?, ¿esa faz fuerte?, [drigo,  
¿esos ojos de jaspe?, ¿esa barba de trigo?  
Este fué un caballero que persiguió á la Muerte.

Cien veces hizo cosas tan sonoras y grandes  
que de águilas poblaron el campo de su escudo;  
y ante su rudo tercio de América ó de Flandes  
quedó el asombro ciego, quedó el espanto mudo.

La coraza revela fina labor; la espada  
tiene la cruz que erige sobre su tumba el miedo;  
y bajo el puño firme que da su luz dorada,  
se afianza el rayo sólido del yunque de Toledo.

Tiene labios de Borgia, sangrientos labios, dignos  
de exquisitas calumnias, de rezar oraciones  
y de decir blasfemias : rojos labios malignos  
florecidos de anécdotas en cien Decamerones.

Y con todo, este hidalgo de un tiempo indefinido,  
fué el abad solitario de un ignoto convento,

y dedicó en la muerte sus hechos «AL OLVIDO!»,  
y el grito de su vida luciferina «AL VIENTO!»

## II

En la forma cordial de la boca, la fresa  
solemniza su púrpura; y en el sutil dibujo  
del óvalo del rostro de la blanca abadesa,  
la pura frente es ángel y el ojo negro es brujo.

Al marfil monacal de esa faz misteriosa  
brotó una dulce luz de un resplandor interno,  
que enciende en las mejillas una celeste rosa  
en que su pincelada fatal puso el Infierno.

¡Oh, Sor María! ¡Oh, Sor María! ¡Oh, Sor María!  
La mágica mirada y el continente regio,  
¿no hicieron en un alma pecaminosa un día  
brotar el encendido clavel del sacrilegio?

Y parece que el hondo mirar cosas dijera,  
especiosas y ungidas de miel y de veneno.  
(Sor María murió condenada á la hoguera:  
dos abejas volaron de las rosas del seno.)

## LETANÍA DE NUESTRO SEÑOR DON QUIJOTE

Rey de los hidalgos, señor de los tristes,  
que de fuerza alientas y de ensueños vistes,  
coronado de áureo yelmo de ilusión;  
que nadie ha podido vencer todavía,  
por la adarga al brazo, toda fantasía,  
y la lanza en ristre, toda corazón.

Noble peregrino de los peregrinos,  
que santificaste todos los caminos  
con el paso augusto de tu heroicidad,  
contra las certezas, contra las conciencias  
y contra las leyes y contra las ciencias,  
contra la mentira, contra la verdad...

Caballero errante de los caballeros,  
barón de barones, príncipe de fieros,  
par entre los pares, maestro, ¡salud!  
¡Salud, porque juzgo que hoy muy poca tienes,  
entre los aplausos ó entre los desdenes,  
y entre las coronas y los parabienes  
y las tonterías de la multitud!

¡Tú, para quien pocas fueran las victorias  
antiguas, y para quien clásicas glorias  
serían apenas de ley y razón,  
soportas elogios, memorias, discursos,  
resistes certámenes, tarjetas, concursos,  
y, teniendo á Orfeo, tienes á orfeón!

Escucha, divino Rolando del sueño,  
á un enamorado de tu Clavileño  
y cuyo Pegaso relincha hacia ti;  
escucha los versos de estas letanías,  
hechas con las cosas de todos los días  
y con otras que en lo misterioso vi.

¡Ruega por nosotros, hambrientos de vida,  
con el alma á tientas, con la fe perdida,  
 llenos de congojas y faltos de sol,  
por advenedizas almas de manga ancha  
que ridiculizan el ser de la Mañcha,  
el ser generoso y el ser español!

¡Ruega por nosotros, que necesitamos  
las mágicas rosas, los sublimes ramos  
de laurel! *Pro nobis ora*, gran señor.  
(Tiembla la floresta de laurel del mundo,  
y antes que tu hermano vago, Segismundo,  
el pálido Hamlet te ofrece una flor.)

Ruega generoso, piadoso, orgulloso;  
ruega casto, puro, celeste animoso;

por nos intercede, suplica por nos,  
pues ya casi estamos sin savia, sin brote,  
sin alma, sin vida, sin luz, sin Quijote,  
sin pies y sin alas, sin Sancho y sin Dios.

De tantas tristezas, de dolores tantos,  
de los superhombres de Nietzsche, de cantos  
afonos, recetas que firma un doctor,  
de las epidemias de horribles blasfemias  
de las Academias,  
¡líbranos, señor!

De rudos malsines,  
falsos paladines  
y espíritus finos y blandos y ruines,  
del hampa que sacia  
su canalloeracia  
con burlar la gloria, la vida, el honor,  
del puñal con gracia,  
¡líbranos, señor!

Noble peregrino de los peregrinos,  
que santificaste todos los caminos  
con el paso augusto de tu heroicidad,  
contra las certezas, contra las conciencias  
y contra las leyes y contra las ciencias,  
contra la mentira, contra la verdad...

¡Ora por nosotros, señor de los tristes,  
que de fuerza alientas y de ensueños vistes,

coronado de áureo yelmo de ilusión;  
que nadie ha podido vencer todavía,  
por la adarga al brazo, toda fantasía,  
y la lanza en ristre, toda corazón!

## UN SONETO Á CERVANTES

Horas de pesadumbre y de tristeza  
paso en mi soledad. Pero Cervantes  
es buen amigo. Endulza mis instantes  
áspberos, y reposa mi cabeza.

Él es la vida y la naturaleza,  
regala un yelmo de óros y diamantes  
á mis sueños errantes.  
Es para mí : suspira, rie y reza.

Cristiano y amoroso y caballero  
parla como un arroyo cristalino.  
¡Así le admiro y quiero,

viendo cómo el destino  
hace que regocíje al mundo entero  
la tristeza inmortal de ser divino!

## Á ROOSEVELT

¡Es con voz de la Biblia, o verso de Walt Whitman,  
que habría que llegar hasta ti, cazador!  
¡Primitivo y moderno, sencillo y complicado,  
con un algo de Wáshington y cuatro de Nemrod!  
Eres los Estados Unidos,  
eres el futuro invasor  
de la América ingenua que tiene sangre indígena,  
que aun reza á Jesucristo y aun habla en español.

Eres soberbio y fuerte ejemplar de tu raza;  
eres culto, eres hábil; te opones á Tolstoy.  
Y domando caballos, ó asesinando tigres,  
eres un Alejandro-Nabucodonosor.  
(Eres un profesor de energía,  
como dicen los locos de hoy.)

Crees que la vida es incendio,  
que el progreso es erupción;  
que en donde pones la bala  
el porvenir pones.

No.

Los Estados Unidos son potentes y grandes.  
Cuando ellos se estremecen hay un hondo temblor  
que pasa por las vértebras enormes de los Andes.  
Si clamáis se oye como el rugir del león.

Ya Hugo á Grant lo dijo: «Las estrella son vuestras.»  
(Apenas brilla, alzándose, el argentino sol  
y la estrella chilena se levanta...) Sois ricos.  
Juntáis al culto de Hércules el culto de Mammón;  
y alumbrando el camino de la fácil conquista,  
la Libertad levanta su antorcha en Nueva-York.

Mas la América nuestra que tenía poetas  
desde los viejos tiempos de Netzahualcoyotl,  
que ha guardado las huellas de los pies del gran Baco;  
que el alfabeto pánico en un tiempo aprendió;  
que consultó los astros, que conoció la Atlántida,  
cuyo nombre nos llega resonando en Platón;  
que desde los remotos momentos de su vida  
vive de luz, de fuego, de perfume, de amor;  
la América del grande Moctezuma, del Inca,  
la América fragante de Cristóbal Colón,  
la América católica, la América española,  
la América en que dijo el noble Guatémoc:  
«Yo no estoy en un lecho de rosas»; esa América  
que tiembla de huracanes y que vive de amor;  
hombres de ojos sajones y alma bárbara, vive.  
Y sueña. Y ama, y vibra; y es la hija del Sol.  
Tened cuidado. ¡Vive la América española!  
Hay mil cachorros sueltos del León español.  
Se necesitaría, Roosevelt, ser, por Dios mismo,  
el rifero terrible y el fuerte cazador  
para poder tenernos en vuestras férreas garras.

Y, pues contáis con todo, falta una cosa: ¡Dios!

♪ CANCIÓN DE OTOÑO EN PRIMAVERA

¡Juventud, divino tesoro,  
 ya te vas para no volver!  
 Cuando quiero llorar, no lloro...  
 y á veces lloro sin querer...

Plural ha sido la celeste  
 historia de mi corazón.  
 Era una dulce niña en este  
 mundo de duelo y aflicción.

Miraba como el alba pura;  
 sonreía como una flor.  
 Era su cabellera obscura  
 hecha de noche y de dolor.

Yo era tímido como un niño.  
 Ella, naturalmente, fué,  
 para mi amor hecho de armiño,  
 Herodías y Salomé...

¡Juventud, divino tesoro,  
 ya te vas para no volver!...  
 Cuando quiero llorar, no lloro,  
 y á veces lloro sin querer...

La otra fué más sensitiva,  
y más consoladora y más  
halagadora y expresiva,  
cuál no pensé encontrar jamás.

Pues á su continua ternura  
una pasión violenta unía.  
En un peplo de gasa pura  
una bacante sé envolvía...

En sus brazos tomó mi ensueño  
y lo arrulló como á un bebé...  
Y le mató, triste y pequeño,  
falto de luz, falto de fe...

¡Juventud, divino tesoro,  
te fuiste para no volver!  
Cuando quiero llorar, no lloro,  
y á veces lloro sin querer...

Otra juzgó que era mi boca  
el estuche de su pasión;  
y que me roería, loca,  
con sus dientes el corazón,

poniendo en un amor de exceso  
la mira de su voluntad,  
mientras eran abrazo y beso  
síntesis de la eternidad;

y de nuestra carne ligera  
 imaginar siempre un Edén,  
 sin pensar que la Primavera  
 y la carne acaban también...

¡Juventud, divino tesoro,  
 ya te vas para no volver!  
 ¡Cuando quiero llorar, no lloro,  
 y á veces lloro sin querer!

¡Y las demás! En tantos climas,  
 en tantas tierras, siempre son,  
 si no pretextos de mis rimas,  
 fantasmas de mi corazón.

En vano busqué á la princesa  
 que estaba triste de esperar.  
 La vida es dura. Amarga y pesa.  
 ¡Ya no hay princesa que cantar!

Mas á pesar del tiempo terco,  
 mi sed de amor no tiene fin;  
 con el cabello gris, me acerco  
 á los rosales del jardín...

Juventud, divino tesoro,  
 ya te vas para no volver...  
 Cuando quiero llorar, no lloro,  
 y á veces lloro sin querer...

¡Mas es mía el Alba de orol

## TRÉBOL

## I

DE DON LUIS DE ARGOTE Y GÓNGORA  
Á DON DIEGO DE SILVA VELÁZQUEZ

Mientras el brillo de tu gloria augura  
ser en la eternidad sol sin poniente,  
fénix de viva luz, fénix ardiente,  
diamante parangón de la pintura,

de España está sobre la veste obscura  
tu nombre, como joya reluciente;  
rompe la Envidia el fatigado diente,  
y el Olvido lamenta su amargura.

Yo en equívoco altar, tú en sacro fuego,  
míro á través de mi penumbra el día  
en que al calor de tu amistad, don Diego,

jugando de la luz con la armonía,  
con la alma luz, de tu pincel el juego  
el alma duplicó de la faz mía.

## II

DE DON DIEGO DE SILVA VELÁZQUEZ  
 Á DON LUIS DE ARGOTE Y GÓNGORA

Alma de oro, fina voz de oro,  
 al venir hacia mí, ¿por qué suspiras?  
 Ya empieza el noble coro de las liras  
 á preludiar el himno á tu decoro;

ya al misterioso son del noble coro  
 calma el Centauro sus grotescas iras,  
 y con nueva pasión que les inspiras,  
 tornan á amarse Angélica y Medoro.

Á Teócrito y Possin la Fama dote  
 con la corona de laurel supremo;  
 que en donde da Cervantes el Quijote

y yo las telas con mis luces gemo,  
 para don Luis de Góngora y Argote  
 traerá una nueva palma Polifemo.

## III

En tanto «pace estrellas» el Pegaso divino,  
 y vela tu hipogrifo, Velázquez, la Fortuna,  
 en los celestes parques al Cisne gongorino  
 deshoja sus sutiles margaritas la Luna.

Tu castillo, Velázquez, se eleva en el camino  
del Arte como torre que de águilas es cuna,  
y tu castillo, Góngora, se alza al azul cual una  
jaula de ruiseñores labrada en oro fino.

Gloriosa la península que abriga tal colonia.  
¡Aquí bronce corintio y allá mármol de Jonia!  
Las rosas á Velázquez, y á Góngora claveles.

De ruiseñores y águilas se pueblen las encinas,  
y mientras pasa Angélica sonriendo á las Meninas,  
salen las nueve musas de un bosque de laureles.

## CANTO DE ESPERANZA

Un gran vuelo de cuervos mancha el azul celeste.  
Un soplo milenario trae amagos de peste.  
Se asesinan los hombres en el extremo Este.

¿Ha nacido el apocalíptico Anticristo?  
Se han sabido presagios y prodigios se han visto,  
y parece inminente el retorno del Cristo.

La tierra está preñada de dolor tan profundo  
que el soñador, imperial meditabundo,  
sufre con las angustias del corazón del mundo.

Verdugos de ideales affigieron la tierra;  
en un pozo de sombra la Humanidad se encierra  
con los rudos molosos del odio y de la guerra.

¡Oh, Señor Jesucristo! ¿Por qué tardas? ¿Qué esperas  
para tender tu mano de luz sobre las fieras  
y hacer brillar al sol tus divinas banderas?

Surge de pronto y vierte la esencia de la vida  
sobre tanta alma loca, triste ó empedernida  
que amante de tinieblas tu dulce aurora olvida.

Ven, Señor, para hacer la gloria de ti mismo.  
Ven con temblor de estrellas y horror de cataclismo;  
ven á traer amor y paz sobre el abismo.

Y tu caballo blanco, que miró el visionario,  
pase. Y suene el divino clarín extraordinario.  
Mi corazón será brasa de tu incensario.

## MARCHA TRIUNFAL

¡Ya viene el cortejo!  
 ¡Ya viene el cortejo! Ya se oyen los claros clarines.  
 ¡La espada se anuncia con vivo reflejo;  
 ya viene, oro y hierro, el cortejo de los paladines!

Ya pasa debajo los arcos ornados de blancas Miner-  
 [vas y Martes,  
 los arcos triunfales en donde las Famas erigen sus lar-  
 la gloria solemne de los estandartes [gas trompetas,  
 llevados por manos robustas de heroicos atletas.  
 Se escucha el ruido que forman las armas de los caba-  
 [lleros,  
 los frenos que mascan los fuertes caballos de guerra,  
 los cascos que hieren la tierra,  
 y los timbaleros  
 que el paso acompañan con ritmos marciales.  
 ¡Tal pasan los fieros guerreros  
 debajo los arcos triunfales!

Los claros clarines de pronto levantan sus sones,  
 su canto sonoro,  
 su cálido coro,  
 que envuelve en un trueno de oro  
 la augusta soberbia de los pabellones.

Él dice la lucha, la herida venganza,  
 las ásperas crines,  
 los rudos penachos, la pica, la lanza,  
 la sangre que riega de heroicos carmines  
 la tierra;  
 los negros mastines  
 que azuza la muerte, que rige la guerra.

Los áureos sonidos  
 anuncian el advenimiento  
 triunfal de la Gloria;  
 dejando el picacho que guarda sus nidos,  
 tendiendo sus alas enormes al viento,  
 los condores llegan. ¡Llegó la victoria!

Ya pasa el cortejo.  
 Señala el abuelo los héroes al niño  
 —ved cómo la barba del viejo  
 los bucles de oro circunda de armiño—.  
 Las bellas mujeres aprestan coronas de flores,  
 y bajo los pórticos vense sus rostros de rosa;  
 y la más hermosa  
 sonríe al más fiero de los vencedores.  
 ¡Honor al que trae cautiva la extraña bandera!  
 ¡Honor al herido y honor a los fieles  
 soldados que muerte encontraron por mano extranjera!  
 ¡Clarines! ¡Laureles!

Las nobles espadas de tiempos gloriosos [ros  
 desde sus panoplias saludan las nuevas coronas y lau-

— las viejas espadas de los granaderos más fuertes que [osos,  
hermanos de aquellos lanceros que fueron centauros —.  
Las trompas guerreras resuenan;  
de voces los aires se llenan...  
— Á aquellas antiguas espadas,  
á aquellos ilustres aceros,  
que encarnan las glorias pasadas. —  
¡Y al sol que hoy alumbra las nuevas victorias ganadas,  
y al héroe que guía su grupo de jóvenes fieros;  
al que ama la insignia del suelo materno;  
al que ha desafiado, ceñido el acero y el arma en la  
los soles del rojo verano, [mano,  
las nieves y vientos del gélido invierno,  
la noche, la escarcha  
y el odio y la muerte, por ser por la patria inmortal,  
saludan con voces de bronces las trompas de guerra que  
triunfal... [tocan la marcha

## LOS CISNES

## I

¿Qué signo haces, ¡oh, Cisne!, con tu encorvado cuello  
al paso de los tristes y errantes soñadores?  
¿Por qué tan silencioso de ser blanco y ser bello,  
tiránico á las aguas é impasible á las flores?

Yo te saludo ahora como en versos latinos  
te saludara antaño Publio Ovidio Nasón.  
Los mismos ruiseñores cantan los mismos trinos,  
y en diferentes lenguas es la misma canción.

Á vosotros mi lengua no debe ser extraña.  
Á Garcilaso visteis, acaso, alguna vez...  
Soy un hijo de América, soy un nieto de España...  
Quevedo pudo hablaros en verso en Aranjuez...

Cisnes, los abanicos de vuestras alas frescas  
den á las frentes pálidas sus caricias más puras,  
y alejen vuestras blancas figuras pintorescas  
de nuestras mentes tristes las ideas obscuras.

Brumas septentrionales nos llenan de tristezas,  
se mueren nuestras rosas, se agotan nuestras palmas;

TOMO II.

10

casi no hay ilusiones para nuestras cabezas,  
y somos los mendigos de nuestras pobres almas.

Nos predicen la guerra con águilas feroces,  
gerifaltes de antaño reviven á los puños;  
mas no brillan las glorias de las antiguas hoces,  
ni hay Rodrigos ni Jaimes; ni hay Alfonso ni Nuños.

Faltos de los alientos que dan las grandes cosas,  
¿qué faremos los poetas sino buscar tus lagos?  
Á falta de laureles son muy dulces las rosas,  
y á falta de victorias busquemos los halagos.

La América española como la España entera,  
fija está en el Oriente de su fatal destino;  
yo interrogo á la Esfinge que el porvenir espera  
con la interrogación de tu cuello divino.

¿Seremos entregados á los bárbaros fieros?  
¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?  
¿Ya no hay nobles hidalgos ni bravos caballeros?  
¿Callaremos ahora para llorar después?

He lanzado mi grito, Cisnes, entre vosotros,  
que habéis sido los fieles en la desilusión,  
mientras siento una fuga de americanos potros  
y el estertor postrero de un caduco león...

... Y un Cisne negro dijo: «La noche anuncia el día.»  
Y uno blanco: «La aurora es inmortal! ¡La aurora

es inmortal!» ¡Oh tierras del sol y de la armonía,  
aun guarda la Esperanza la caja de Pandora!

## II

¡Antes de todo, gloria á ti, Leda!  
Tu dulce vientre cubrió de seda  
el Dios. ¡Miel y oro sobre la brisa!  
Sonaban alternativamente  
flauta y cristales, Pan y la fuente.  
¡Tierra era canto, cielo sonrisa!

Ante el celeste, supremo acto,  
dioses y bestias hicieron pacto.  
Se dió á la alondra la luz del día,  
se dió á los buhos sabiduría  
y melodía al ruiseñor.  
Á los leones fué la victoria,  
para las águilas toda la gloria  
y á las palomas todo el amor.

Pero vosotros sois los divinos  
príncipes. ¡Vagos como las naves!  
¡Inmaculados como los linos!  
¡Maravillosos como las aves!

En vuestros picos tenéis las prendas  
que manifiestan corales puros.  
Con vuestros pechos abris las sendas  
que arriba indican los Dioscuros.

Las dignidades de vuestros actos,  
eternizadas en lo infinito,  
hace que sean ritmos exactos,  
vozes de ensueños, luces de mito.

De orgullo olímpico sois el resumen,  
yoh, blancas urnas de la armonía!,  
ebúrneas joyas que anima un numen  
con su celeste melancolia.

¡Melancolía de haber amado,  
junto á la fuente de la arboleda,  
el luminoso cuello estirado  
entre los blancos muslos de Leda!

## HELIOS

¡Oh, ruido divino!  
¡Oh, ruido sonoro!  
Lanzó la alondra matinal el trino  
y sobre ese preludio cristalino,  
los caballos de oro  
de que el Hiperionida  
lleva la rienda asida,  
al trotar forman música armoniosa,  
un argentino trueno,  
y en el azul sereno  
con sus cascos de fuego dejan huellas de rosa.  
Adelante, ¡oh, cochero  
celestel!, sobre Osa  
y Pelión, sobre Titania viva.  
Atrás se queda el trémulo matutino lucero,  
y el universo el verso de su música activa.

Pasa, ¡oh, dominador!, ¡oh, conductor del carro  
de la mágica ciencial Pasa, pasa, ¡oh, bizarro  
manejador de la fatal cuadriga  
que al pisar sobre el viento  
despierta el instrumento

sacro! Tiemblan las cumbres  
de los montes más altos,  
que en sus rítmicos saltos  
tocó Pegaso. Giran muchedumbres  
de águilas bajo el vuelo  
de tu poder fecundo,  
y si hay algo que iguale la alegría del cielo,  
es el gozo que enciende las entrañas del mundo.

¡Helios! Tu triunfo es ése,  
pese á las sombras, pese  
á la noche, y al miedo y á la lívida envidia.  
Tú pasas, y la sombra, y el daño, y la desidia,  
y la negra pereza, hermana de la muerte,  
y el alacrán del odio que su ponzoña vierte,  
y Satán todo, emperador de las tinieblas,  
se hunden, caen. Y haces el alba rosa, y pueblas  
de amor y de virtud las humanas conciencias,  
riegas todas las artes, brindas todas las ciencias;  
los castillos de duelo de la maldad derrumbas,  
abres todos los nidos, cierras todas las tumbas,  
y sobre los vapores del tenebroso Abismo,  
pintas la Aurora, el Oriflama de Dios mismo

¡Helios! Portaestandarte  
de Dios, padre del Arte,  
la paz es imposible, más el amor eterno.  
Danos siempre el anhelo de la vida,  
y una chispa sagrada de tu antorcha encendida  
con que esquivar podamos la entrada del Infierno.

Que sientan las naciones  
el volar de tu carro; que hallen los corazones  
humanos en el brillo de tu carro esperanza;  
que del alma-Quijote y el cuerpo-Sancho Panza  
vuele una psique cierta á la verdad del sueño;  
que hallen las ansias grandes de este vivir pequeño  
una realización invisible y suprema;  
¡Helios! ¡que no nos mate tu llama que nos quema!  
Gloria hacia ti del corazón de las manzanas,  
de los cálices blancos de los lirios,  
y del amor que manas  
hechos de dulces fuegos y divinos martirios,  
y del volcán inmenso,  
y del hueso minúsculo,  
y del ritmo que pienso,  
y del ritmo que vibra en el corpúsculo,  
y del Oriente intenso  
y de la melodía del crepúsculo.

¡Oh, ruido divino!  
Pasa sobre la cruz del palacio que duerme,  
y sobre el alma inerme  
de quien no sabe nada. No turbes el Destino,  
¡oh, ruido sonoro!  
El hombre, la nación, el continente, el mundo,  
aguardan la virtud de tu carro fecundo,  
cochero azul que riges los caballos de oro.

## MARINA

Mar armonioso,  
mar maravilloso,  
tu salada fragancia,  
tus colores y músicas sonoras  
me dan la sensación divina de mi infancia,  
en que suaves las horas  
venían en un paso de danza reposada  
á dejarme un ensueño ó regalo de hada.

Mar armonioso,  
mar maravilloso  
de arcadas de diamante que se rompen en vuelos  
rítmicos que denuncian algún ímpetu oculto;  
espejo de mis vagas ciudades de los cielos;  
blanco y azul tumulto  
de donde brota un canto  
inextinguible;  
mar paternal, mar santo,  
mi alma siente la influencia de tu alma invisible.

Velas de los Colones  
y velas de los Vascos,  
hostigadas por odios de ciclones  
ante la hostilidad de los peñascos;

ó galeras de oro,  
velas purpúreas de bajeles  
que saludaron el mugir del toro  
celeste, con Europa sobre el lomo  
que salpicaba la revuelta espuma.  
Magnífico y sonoro  
se oye en las aguas como  
un tropel de tropeles,  
tropel de los tropeles de tritones.  
Brazos salen de la onda, suenan vagas canciones,  
brillan piedras preciosas,  
mientras en las revueltas extensiones  
Venus y el Sol hacen nacer mil rosas.

## PROGRAMA MATINAL

¡Claras horas de la mañana  
en que mil clarines de oro  
dicen la divina diana!  
¡Salve al celeste Sol sonoro!

En la angustia de la ignorancia  
de lo porvenir, saludemos  
la barca llena de fragancia  
que tiene de marfil los remos.

Epicúreos ó soñadores :  
jamemos la gloriosa Vida,  
siempre coronados de flores  
y siempre la antorcha encendida!

Exprimamos de los racimos  
de nuestra vida transitoria  
los placeres porque vivimos  
y las champañas de la gloria.

Devanemos de Amor los hilos,  
hagamos, porque es bello, el bien,  
y después durmamos tranquilos  
y por siempre jamás. Amén.

## NOCTURNO

Los que auscultasteis el corazón de la noche;  
los que por el insomnio tenaz habéis oído  
el cerrar de una puerta, el resonar de un coche  
lejano, un eco vago, un ligero ruido...

En los instantes del silencio misterioso,  
cuando surgen de su prisión los olvidados,  
en la hora de los muertos, en la hora del reposo,  
¡sabréis leer estos versos de amargor impregnados!...

Como en un vaso vierto en ellos mis dolores  
de lejanos recuerdos y desgracias funestas,  
y las tristes nostalgias de mi alma, ebria de flores,  
y el duelo de mi corazón, triste de fiestas.

Y el pesar de no ser lo que yo hubiera sido,  
la pérdida del reino que estaba para mí,  
el pensar que un instante pude no haber nacido,  
y el sueño que es mi vida desde que yo nací.

Todo esto viene en medio del silencio profundo  
en que la noche envuelve la terrena ilusión,  
y siento como un eco del corazón del mundo  
que penetra y commueve mi propio corazón,

## MELANCOLÍA

Hermano, tú que tienes la luz, dime la mía.  
Soy como un ciego. Voy sin rumbo y ando á tientas.  
Voy bajo tempestades y tormentas  
ciego de ensueño y loco de armonía.

Ese es mi mal. Soñar. La poesía  
es la camisa férrea de mil puntas cruentas  
que llevo sobre el alma. Las espinas sangrientas  
dejan caer las gotas de mi melancolía.

Y así voy, ciego y loco, por este mundo amargo;  
á veces me parece que el camino es muy largo,  
y á veces que es muy corto...

Y en este titubeo de aliento y agonía,  
cargo lleno de penas lo que apenas soporto.  
¿No oyes caer las gotas de mi melancolía?

## LO FATAL

Dichoso el árbol que es apenas sensitivo,  
y más la piedra dura, porque ésa ya no siente,  
pues no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo,  
ni mayor pesadumbre que la vida consciente.

Ser y no saber nada, y ser sin rumbo cierto,  
y el temor de haber sido y un futuro terror...,  
y el espanto seguro de estar mañana muerto,  
y sufrir por la vida y por la sombra y por

lo que no conocemos y apenas sospechamos,  
y la carne que tienta con sus frescos racimos,  
y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos,  
y no saber adónde vamos,  
¡ni de dónde venimos...!

## PEGASO

3

Cuando iba yo á montar ese caballo rudo  
y tembloroso, dije : «La vida es pura y bella.»  
Entre sus cejas vivas vi brillar una estrella.  
El cielo estaba azul y yo estaba desnudo.

Sobre mi frente Apolo hizo brillar su escudo  
y de Belerofonte logré seguir la huella.  
Toda cima es ilustre si Pegaso la sella,  
y yo, fuerte, he subido donde Pegaso pudo.

Yo soy el caballero de la humana energía,  
yo soy el que presenta su cabeza triunfante,  
coronada con el laurel del Rey del día;

domador del corcel de cascós de diamante,  
voy en un gran volar, con la aurora por guía,  
adelante en el vasto azur, ¡siempre adelante!

## LA DULZURA DEL ÁNGELUS...

La dulzura del ángelus matinal y divino  
que diluyen ingenuas campanas provinciales  
en un aire inocente á fuerza de rosales,  
de plegaria, de ensueño de virgen y de trino

de ruiseñor, opuesto todo al rudo destino  
que no cree en Dios... El aureo ovillo vespertino  
que la tarde devana tras opacos cristales  
por tejer la inconsútil tela de nuestros males,

todos hechos de carne y aromados de vino...  
Y esta atroz amargura de no gustar de nada,  
de no saber adonde dirigir nuestra prora

mientras el pobre esquife en la noche cerrada  
va en las hostiles olas huérfano de la aurora...  
(¡Oh, suaves campanas entre la madrugada!)

## NOCTURNO

Quiero expresar mi angustia en versos que abolida  
dirán mi juventud de rosas y de ensueños,  
y la desfloración amarga de mi vida  
por un vasto dolor y cuidados pequeños.

Y el viaje á un vago Oriente por entrevistos barcos,  
y el grano de oraciones que floreció en blasfemia,  
y los azoramientos del cisne entre los charcos,  
y el falso azul nocturno de inquerida bohemia.

Lejano clavicordio que en silencio y olvido  
no diste nunca al sueño la sublime sonata;  
huérfano esquife, árbol insigne, oscuro nido  
que suavizó la noche de dulzura de plata...

Esperanza olorosa á hierbas frescas, trino  
del ruiseñor primaveral y matinal,  
azucena tronchada por un fatal destino,  
rebusca de la dicha, persecución del mal...

El ánfora funesta del divino veneno  
que ha de hacer por la vida la tortura interior,  
la conciencia espantable de nuestro humano cieno  
y el horror de sentirse pasajero, el horror

de ir á tientas, en intermitentes espantos,  
hacia lo inevitable desconocido, y la  
pesadilla brutal de este brutal dormir de llantos  
¡de la cual no hay más que Ella que nos despertará!

## LEDA

El cisne en la sombra parece de nieve;  
su pico es de ámbar, del alba al trasluz;  
el suave crepúsculo que pasa tan breve,  
las cándidas alas sonrosa de luz.

Y luego, en las ondas del lago azulado,  
después que la aurora perdió su arrebol,  
las alas tendidas y el cuello enarcado,  
el cisne es de plata, bañado de sol.

Tal es, cuando esponja las plumas de seda,  
olímpico pájaro herido de amor,  
y viola en las linsas sonoras á Leda,  
buscando su pico los labios en flor.

Suspira la bella desnuda y vencida,  
y en tanto que al aire sus quejas se van,  
del fondo verdoso de fronda tupida  
chispean turbados los ojos de Pan.

## OTROS POEMAS: XIII

¡Divina Psíquis, dulce mariposa invisible  
que desde los abismos has venido á ser todo  
lo que en mi ser nervioso y en mi cuerpo sensible  
forma la chispa sacra de la estatua de lodo!

Te asomas por mis ojos á la luz de la tierra  
y prisionera vives en mí de extraño dueño;  
te reducen á esclava mis sentidos en guerra  
y apenas vagas libre por el jardín del sueño.

Sabia de la Lujuria que sabe antiguas ciencias,  
te sacudes á veces entre imposibles muros,  
y más allá de todas las vulgares conciencias  
exploras los recodos más terribles y oscuros.

Y encuentras sombra y duelo. Que sombra y duelo  
[encuentres  
bajo la viña en donde nace el vino del Diablo.  
Te posas en los senos, te posas en los vientres  
que hicieron á Juan loco é hicieron cuerdo á Pablo.

Á Juan virgen y á Pablo militar y violento;  
á Juan que nunca supo del supremo contacto,  
á Pablo el tempestuoso que halló á Cristo en el viento,  
y á Juan, ante quien Hugo se queda estupefacto.

Entre la catedral y las ruinas paganas  
vuelas, ¡oh Psiquis, oh alma mía!  
— como decía  
aquel celeste Edgardo  
que entró en el Paraíso entre un son de campanas  
y un perfume de nardo —,  
entre la catedral  
y las paganas ruinas  
repartes tus dos alas de cristal,  
tus dos alas divinas.  
Y de la flor  
que el ruiseñor  
canta en su griego antiguo, de la rosa,  
vuelas, ¡oh Mariposa!,  
¡á posarte en un clavo de Nuestro Señor!

## EL SONETO DE TRECE VERSOS

De una juvenil inocencia  
¡qué conservar sino el sutil  
perfume, esencia de su Abril,  
la más maravillosa esencia!

Por lamentar á mi conciencia  
quedó en un sonoro marfil  
un cuento que fué de las *Mil*  
*y una noches* de mi existencia...

Scherazada se entredurmíó...  
El Visir quedó meditando...  
Dinarzada el día olvidó...

Mas el pájaro azul volvió...  
Pero...

No obstante...

Siempre...

Cuando...

## Á PHOCÁS EL CAMPESINO

Phocás el campesino, hijo mío, que tienes  
en apenas escasos meses de vida tantos  
dolores en tus ojos que esperan tantos llantos  
por el fatal pensar que revelan tus sienes...

Tarda en venir á este dolor adonde vienes,  
á este mundo terrible en duelos y en espantos;  
duerme bajo los ángeles, sueña bajo los santos,  
que ya tendrás la vida para que te envenenes...

Sueña, hijo mío, todayía, y cuando crezcas,  
perdóname el fatal don de darte la vida,  
que yo hubiera querido de azul y rosas frescas;

pues tú eres la crisálida de mi alma entristecida,  
y te he de ver en medio del triunfo que merezcas  
renovando el fulgor de mi psique abolida.

## OTROS POEMAS: XVII

¡Carne, celeste carne de la mujer! Arcilla  
— dijo Hugo. — Ambrosía más bien, joh maravilla!  
La vida se soporta,  
tan doliente y tan corta,  
solamente por eso :  
roce, mordisco ó beso  
en ese pan divino  
para el cual nuestra sangre es nuestro vino.  
En ella está la lira,  
en ella está la rosa,  
en ella está la ciencia armoniosa,  
en ella se respira  
el perfume vital de toda cosa.

Eva y Cipris concentran el misterio  
del corazón del mundo.  
Cuando el áureo Pegaso  
en la victoria matinal se lanza  
con el mágico ritmo de su paso  
hacia la vida y hacia la esperanza,  
si alza la crin y las narices hincha  
y sobre las montañas pone el casco sonoro  
y hacia la mar relincha,  
y el espacio se llena

de un gran temblor de oro,  
es que ha visto desnuda á Anadiomena.

Gloria, ¡oh Potente, á quien las sombras temen!  
¡Que las más blancas tórtolas te inmolen!  
¡Pues por ti la floresta está en el polen  
y el pensamiento en el sagrado semen!

Gloria, ¡oh Sublime, que eres la existencia,  
por quien siempre hay futuros en el útero eterno!  
¡Tu boca sabe al fruto del árbol de la Ciencia  
y al torcer tus cabellos apagaste el infierno!

Inútil es el grito de la legión cobarde  
del interés, inútil el progreso  
yankee, si te desdeña.  
¡Si el progreso es de fuego, por ti arde;  
toda lucha del hombre va á tu beso;  
por ti se combate ó se sueña!

Pues en ti existe Primavera para el triste,  
labor gozosa para el fuerte,  
néctar, ánfora, dulzura amable.  
¡Porque en ti existe  
el placer de vivir, hasta la muerte,  
y ante la eternidad de lo probable!...

## CLEOPOMPO Y HELIODEMO

*A Vargas Vila.*

Cleopompo y Heliodemo, cuya filosofía  
es idéntica, gustan dialogar bajo el verde  
palio del platanar. Allí Cleopompo muerde  
la manzana epicúrea y Heliodemo fía

al aire su confianza en la eterna armonía.  
Malhaya quien las Parcas inhumano recuerde :  
si una sonora perla de la clepsidra pierde,  
no volverá á ofrecerla la mano que la envía.

Una vaca aparece crepuscular. Es hora  
en que el grillo en su lira hace halagos á Flora,  
y en el azul florece un diamante supremo;

y en la pupila enorme de la bestia apacible  
miran como que rueda en un ritmo visible  
la música del mundo, Cleopompo y Heliodemo.

## AY, TRISTE DEL QUE UN DÍA...

Ay, triste del que un día en su esfinge interior  
pone los ojos é interroga. Está perdido.

Ay del que pide eurekas al placer ó al dolor.  
Dos dioses hay, y son : Ignorancia y Olvido.

Lo que el árbol desea decir y dice al viento,  
y lo que el animal manifiesta en su instinto,  
cristalizamos en palabra y pensamiento.  
Nada más que maneras expresan lo distinto.

X  
X Á GOYA

Poderoso visionario,  
raro ingenio temerario,  
por ti enciendo mi incensario.

Por ti, cuya gran paleta,  
caprichosa, brusca, inquieta,  
debe amar todo poeta;

por tus lóbregas visiones,  
tus blancas irradaciones,  
tus negros y bermellones;

por tus colores dantescos,  
por tus majos pintorescos  
y las glorias de tus frescos.

Porque entra en tu gran tesoro  
el diestro que mata al toro,  
la niña de rizos de oro,

y con el bravo torero,  
el infante, el caballero,  
la mantilla y el pandero.

Tu loca mano dibuja  
la silueta de una bruja  
que en la sombra se arrebuja,

y aprende una abracadabra  
del diablo patas de cabra  
que hace una mueca macabra.

Musa soberbia y confusa,  
ángel, espectro, Medusa.  
Tal aparece tu musa.

Tu pincel asombra, hechiza;  
ya en sus claros electriza,  
ya en sus sombras sinfoniza;

con las manolas amables,  
los reyes, los miserables,  
ó los cristos lamentables.

En tu claroscuro brilla  
la luz muerta y amarilla  
de la horrenda pesadilla,

ó hace encender tu pincel  
los rojos labios de miel  
ó la sangre del clavel.

Tienen ojos asesinos  
en sus semblantes divinos  
tus ángeles femeninos.

Tu caprichosa alegría  
mezclaba la luz del día  
con la noche obscura y fría:

así es de ver y admirar  
tu misteriosa y sin par  
pintura crepuscular.

De lo que dan testimonio:  
por tus frescos, San Antonio;  
por tus brujas, el demonio.

## CARACOL

*A Antonio Machado.*

En la playa he encontrado un caracol de oro  
macizo y recamado de las perlas más finas;  
Europa le ha tocado con sus manos divinas  
cuando cruzó las ondas sobre el celeste toro.

He llevado á mis labios el caracol sonoro  
y he suscitado el eco de las dianas marinas;  
lo acerqué á mis oídos, y las azules minas  
me han contado en voz baja su secreto tesoro.

Así la sal me llega de los vientos amargos  
que en sus hinchadas velas sintió la nave Argos  
cuando amaron los astros el sueño de Jasón;

y oigo un rumor de olas y un incógnito acento  
y un profundo oleaje y un misterioso viento...  
(El caracol la forma tiene de un corazón.)

SONETO AUTUMNAL  
AL MARQUÉS DE BRADOMÍN

Marqués (como el Divino lo eres), te saludo.  
Es el otoño y vengo de un Versalles doliente.  
Había mucho frío y erraba vulgar gente.  
El chorro de agua de Verlaine estaba mudo.

Me quedé pensativo ante un mármol desnudo,  
cuando vi una paloma que pasó de repente,  
y por caso de cerebración inconsciente  
pensé en ti. Toda exégesis en este caso eludo.

Versalles otoñal; una paloma; un lindo  
mármol; un vulgo errante, municipal y espeso;  
anteriores lecturas de tus sutiles prosas;

la reciente impresión de tus triunfos... Prescindo  
de más detalles para explicarte por eso  
cómo, autumnal, te envío este ramo de rosas.

## PROPOSITO PRIMAVERAL

*A Vargas Vila.*

Á saludar me ofrezco y á celebrar me obligo  
tu triunfo, Amor, al beso de la estación que llega,  
mientras el blanco cisne del lago azul navega  
en el mágico parque de mis triunfos testigo.

Amor, tu hoz de oro ha segado mi trigo;  
por ti me halaga el suave son de la flauta griega,  
y por ti Venus pródiga sus manzanas me entrega  
y me brinda las perlas de las mieles del higo.

En el erecto término coloco una corona  
en que de rosas frescas la púrpura detona;  
y en tanto canta el agua bajo el boscaje oscuro,

junto á la adolescente que en el misterio inicio  
apuraré, alternando con tu dulce ejercicio,  
las ánforas de oro del divino Epicuro.

## ALLÁ LEJOS

Buey que vi en mi niñez echando vaho un día  
bajo el nicaragüense sol de encendidos oros,  
en la hacienda fecunda, plena de la armonía  
del trópico; paloma de los bosques sonoros,  
del viento, de las hachas, de pájaros y toros  
salvajes, yo os saludo, pues sois la vida mía.

Pesado buey, tú evocas la dulce madrugada  
que llamaba á la ordeña de la vaca lechera  
cuando era mi existencia toda blanca y rosada,  
y tú, paloma arrulladora y montañera,  
significas en mi primavera pasada  
todo lo que hay en la divina Primavera.

## URNA VOTIVA

*A Lamberti.*

Sobre el caro despojo esta urna cinceló;  
un amable frescor de inmortal siempreviva  
que decore la greca de la urna votiva  
en la copa que guarda rocío del cielo;

una alondra fugaz sorprendida en su vuelo  
cuando fuese á cantar en la rama de oliva,  
una estatua de Diana en la selva nativa  
que la Musa Armonía envolviera en su velo.

Tal si fuese escultor con amor cincelara  
en el mármol divino que brinda Carrara,  
coronando la obra una lira, una cruz;

y sería mi sueño, al nacer de la aurora,  
contemplar en la faz de una niña que llora  
una lágrima llena de amor y de luz.



# ODA Á MITRE

— 1906 —

Cingor Apollinea victicia tempora lauro  
Et sensi exsequias funeris ipse mei.  
Decursusque virum notox mihi donaque regum;  
Cunctaque per titulus oppida lecta suos;  
Et quo me officio portaverit illa juventus,  
Quæ fuit ante meum tam generosa torum;  
Denique laudari sacrato Cæseris ore  
Emerui lacrimas elicuique Deo.

OVIDIO.

## I

«Oh, captain! Oh, my captain!», clamaba Whitman.  
¡Oh, gran Capitán de un mundo  
nuevo y radiante, yo qué diría  
sino «¡mi General!» en un grito profundo  
qua hiciera estremecerse las ráfagas del día!

Gran Capitán de acero y oro,  
gran General que amaste en la acción y el sueño

de Psiquis el decoro,  
el único tesoro  
que en Dios agranda el átomo de este mundo pequeño

## II

Á la sabia y divina Themis  
colocaron las Parcas, según Píndaro,  
en un carro de oro para ir hacia el Olimpo.  
Que las tres viejas misteriosas  
hayan parado en un momento  
— el instante de un pensamiento —  
el trabajo continuo de sus manos,  
cuando, de un lauro y una palma  
precedida, ha pasado el alma  
de Aquel que los americanos  
miraron hace tiempo trasladado y fundido  
en el metal que vence la herrumbre del olvido.

## III

Es de todos los puntos de nuestra tierra ardiente  
que brota hoy de los vibrantes pechos  
voz orgullosa ó reverente  
para el que siendo un alma de todo un continente,  
defendió, Cincinato sabio y Catón prudente,  
todas las libertades y todos los derechos.

Pues él era el varón continental. Y era  
el amado Patriarca continental. ¡Patriarca  
que conservó en sus nobles canas la primavera,  
que soportó la tempestad más dura,  
y á quien una paloma llevó una rosa al arca,  
rosa de porvenir, rosa divina,  
rosa que dice el alba de América futura,  
de la América nuestra de la sangre latina!

## IV

Jamás se viera una lealtad mayor  
que la del León italiano  
al amigo de América que amó en fraterno amor.  
¡De Garibaldi y Mitre las dos diestras hermanas  
sembraron la simiente de encinas italianas  
y argentinas que hoy llenan la tierra de rumor!  
Á ambos cubrió la gran sombra del Dante,  
y en el Dante se amaron. En el vasto crisol  
se encontraron un día dos almas de diamante  
hechas de libertad y nutridas de sol.

## V

¡Condor, tú reconoces esos sagrados restos!  
¡Oh tempestad andina, tú sabes quién es él!  
Doncellas de las pampas, rellenan vuestros cestos  
de las más frescas flores y de hojas de laurel.

## VI

De las fechas de púrpura de la Historia Argentina,  
del fulgor de sus glorias, de su guerrero horror,  
de todo ello se enciende tu apoteosis divina  
hecha de patrio fuego y universal amor.

Cristal y bronce el verbo y de cristal tu idea,  
tuviste el equilibrio que mantiene en sí mismo,  
y ajeno á los halagos de la nocturna Dea,  
subiste á las alturas sin miedo del abismo.

«Los dioses y los hombres tienen un mismo origen»,  
dice el lírico. Y sabe que el orbe entero gira  
por las manos supremas que un plan supremo rigen  
como los sacros dedos el alma de la lira.

Cuando hay hombres que tienen el divino elemento  
y les vemos en cantos ó en obras traspasar  
los límites de la hora, los límites del viento,  
los reinos de la tierra, los imperios del mar,

¡sepamos que son hechos de una carne más pura;  
sepamos que son dueños de altas cosas, y los  
que encargados del acto de una ciencia futura  
tienen que darle cuenta de los siglos á Dios!

## VII

De la magnífica marea  
hecha de sombra, hecha de idea,  
que sube del mar popular,  
asciende á tus conquistas sumas  
el perfume de las espumas  
de ese inmenso y terrible mar.

Pues tu pueblo te ama, austero  
y pensativo caballero  
que hiciste del deber tu cruz,  
y á quien el arcángel ardiente  
de la guerra besó en la frente  
dejando una estrella de luz.

¡Cuántas veces tu diestra augusta,  
cuántas tu palabra robusta  
conjurara la tempestad!  
¡Cuántas salvaste la bandera,  
y cuántas la Argentina fuera  
por ti sacra á la Humanidad!

¡Cuántas evitaste los llantos,  
la triste faz, los negros mantos  
y el morder las manos de horror!  
¡Cuántas con tus acentos grandes  
apartaste sobre los Andes  
nubes de trueno y de dolor!

## VIII

¡Ilustre abuelo!, partes, pero  
cuando contempla el orbe entero  
la obra en que hiciste tanto tú,  
¡triunfo civil sobre las almas,  
el progreso llena de palmas,  
la libertad sobre el ombú!

Tu gloria crece y se ilumina  
en la República Argentina  
con una enorme luz de sol,  
y tu idea en el continente  
ha derramado su simiente  
en donde se habla el español.

Lleno de cívico decoro  
y limpio de odio y de oro  
hacia la eternidad te vas,  
como un jefe amado y amante,  
con las banderas por delante  
y las bendiciones detrás.

¡Oh Capitán! ¡Oh General!  
jefe sereno é inmortal  
que hacia la sombra te encaminas,  
recibe el voto de los nobles  
y la inclinación de los robles  
y el saludo de las encinas.

## IX

Belgrano te saluda y San Martín y el mundo americano. El alma latina te decora con la palma que anuncia el porvenir fecundo, y una guirnalda fresca y blanca, color de aurora.

Pues tú fuiste aquel fuerte que se reposó un día después de los horrores terribles de la guerra, hallando en los amores de la santa Armonía la esencia más preciosa del zumo de la tierra.

En el dintel de Horacio y en la dantesca sombra, te vieron las atentas generaciones, alto, fiel al divino origen del Dios que no se nombra, desentrañando en oro y esculpiendo en basalto.

Y para mí, Maestro, tu vasta gloria es ésa :  
amar los hechos fugaces de la hora,  
sobre la ciencia á ciegas, sobre la historia espesa,  
la eterna Poesía más clara que la aurora.

Cuando, cual los centauros de metopas y estampas, ibas en un revuelo de tempestad marcial, bravo generalísimo, jinete de las pampas, envuelto ya en el alba de un futuro real,

quizás te acompañaba, junto al corcel guerrero, la musa de tus años en flor; quizás entonces

pensabas en los épicos exámetros de Homero,  
sublimes como mármoles y eternos como bronces.

Y luego ya en tus horas de Nestor Argentino,  
sintiendo en ti la fuerza que las edades doma,  
te acompañaba el soplo del rudo Gibelino  
y Flacco te traía sus músicas de Roma.

Supiste que en el mundo los odios, la mentira,  
los celos, las crueles insidias, los espantos,  
se esfuman ante el alma celeste de la Lira  
que puebla el universo de estrellas y de cantos.

¡Gloria á ti sobre el sistro antiguo y sobre el parche  
que ha sonado con duelo á tu fúnebre paso!  
¡Gloria sobre el ejército que en lo futuro marche  
con los ojos en ti como en sol sin ocaso!

¡Gloria á ti que á Catón y á Marco Aurelio hubiste  
rimando versos que eran siempre de cosas puras,  
pues las Gracias brindaron á tu espíritu, triste  
de pensar, los diamantes de sus minas obscuras!

¡Gloria á ti que en tu tierra, fragante como un nido,  
rumorosa como una colmena y agitada  
como un mar, ofrendaste, vencedor del olvido,  
paladín y poeta, un lauro y una espada!

¡Gloria á ti, pensativo de los grandes momentos,  
para traer el triunfo del instante oportuno,

ó cuando hechos relámpagos iban tus pensamientos  
vibrando en tus vibrantes arengas de tribuno!

¡Ya tu imagen el útil del estatuario copia;  
ya el porvenir te nimba con un eterno rayo;  
las líricas victorias vierten su cornucopia,  
la Fama el clarín alza que dora el sol de mayo!

¡Gloria á ti que, proyecto como el destino plugo,  
la ancianidad tuviste más limpida y más bella;  
tu enorme catafalco fuera el de Víctor Hugo,  
si hubiera en Buenos Aires un Arco de la Estrella!

## X

¡Descansa en paz!... Mas no, no descanses. Prosiga  
tu alma su obra de luz desde la eternidad,  
y guíe á nuestros pueblos tu inspiración, amiga  
de lo bello y lo justo, del Bien y la Verdad.

¡Tu presencia abolida, que crezca tu memoria;  
alce tu monumento su augusta majestad;  
y que tu obra, tu nombre, tu prestigio, tu gloria,  
sean, como la América, para la Humanidad!



# EL CANTO ERRANTE

—1907—

## SALUTACIÓN AL ÁGUILA

*... May this grand Union have no end!*

FONTOURA XAVIER.

Bien vengas, mágica Águila de alas enormes y fuertes,  
á extender sobre el Sur tu gran sombra continental,  
á traer en tus garras, anilladas de rojos brillantes,  
una palma de gloria del color de la inmensa esperanza,  
y en tu pico la oliva de una vasta y fecunda paz.

Bien vengas, oh mágica Águila, que amara tanto Walt  
[Whitman,  
quien te hubiera cantado en esta olímpica jira,  
Águila que has llevado tu noble y magnífico símbolo  
desde el trono de Júpiter hasta el gran continente del  
[Norte.

Ciertamente, has estado en las rudas conquistas del  
[orbe.

Ciertamente, has tenido que llevar los antiguos rayos.  
Si tus alas abiertas la visión de la paz perpetúan,  
en tu pico y tus uñas está la necesaria guerra.

¡Precisión de la fuerza! ¡Majestad adquirida del trueno!  
Necesidad de abrirle el gran vientre fecundo á la tierra,  
para que en ella brote la concreción de oro de la espiga  
y tenga el hombre el pan con que mueve su sangre.

No es humana la paz con que sueñan ilusos profetas;  
la actividad eterna hace precisa la lucha;  
y desde tu etérea altura tú contemplas, divina Águila,  
la agitación combativa de nuestro globo vibrante.

Es incidencia la Historia. Nuestro destino supremo  
está más allá del rumbo que marcan fugaces las épocas.  
Y Palenke y la Atlántida no son más que momentos  
[soberbios  
con que puntúa Dios los versos de su augusto Poema.

Muy bien llegada seas á la tierra pujante y ubérrima  
sobre la cual la Cruz del Sur está, que miró Dante,  
cuando siendo Mesías impulsó en su intuición sus ba-  
[jeles,  
que antes que los del sumo Cristóbal supieron nuestro  
[cielo.

*E pluribus unum!* ¡Gloria, victoria, trabajo!  
Tráenos los secretos de las labores del Norte,

y que los hijos nuestros dejen de ser los retores latinos,  
y aprendan de los yanquis la constancia, el vigor, el ca-  
[rácter.

Dinos, Águila ilustre, la manera de hacer multitudes  
que hagan Romanas y Grecias con el jugo del mundo pre-  
[sente,  
y que, potentes y sobrias, extiendan su luz y su imperio,  
y que, teniendo el Águila y el Bisonte y el Hierro y el  
[Oro,  
tengan un áureo día para darle las gracias á Dios.

Águila, existe el Condor. Es tu hermano en las gran-  
[des alturas.  
Los Andes le conocen y saben que, cual tú, mira al Sol.  
*May this grand Union have no end!*, dice el poeta.  
Puedan ambos juntarse en plenitud, concordia y es-  
[fuerzo.

Águila, que conoces desde Jove hasta Zaratustra  
y que tienes en los Estados Unidos tu asiento,  
que sea tu venida fecunda para estas naciones  
que el pabellón admiran constelado de bandas y estrellas

¡Águila, que estuviste en las horas sublimes de Patmos;  
Águila prodigiosa, que te nutres de luz y de azul,  
como una cruz viviente, vuela sobre estas naciones,  
y comunica al globo la victoria feliz del futuro!

Por algo eres la antigua mensajera jupiterina;  
por algo has presenciado cataclismos y luchas de razas;  
por algo estás presente en los sueños del Apocalipsis;  
por algo eres el ave que han buscado los fuertes impe-  
[rios.

¡Salud, Águila! Extensa virtud á tus inmensos revue-  
[los,  
reina de los azures, ¡salud, gloria, victoria y encanto!  
¡Que la Latina América reciba tu imágica influencia  
y que renazca un nuevo Olimpo, lleno de dioses y de  
[héroes!

¡Adelante, siempre adelante! ¡Excelsior! ¡Vida! ¡Lum-  
[bre!  
¡Que se cumpla lo prometido en los destinos terrenos,  
y que vuestra obra inmensa las aprobaciones recoja  
del mirar de los astros y de lo que hay más allá!

## TUTECOTZIMÍ

Al cavar en el suelo de la ciudad antigua,  
 la metálica punta de la piqueta choca  
 con una joya de oro, una labrada roca,  
 una flecha, un fetiche, un dios de forma ambigua,  
 ó los muros enormes de un templo. Mi piqueta  
 trabaja en el terreno de la América ignota.

— ¡Suene armoniosa mi piqueta de poeta!  
 ¡Y descubra oro y ópalos y rica piedra fina,  
 templo, ó estatua rota!  
 Y el misterioso jeroglífico adivina  
 la Musa.

De la temporal bruma surge la vida extraña  
 de pueblos abolidos; la leyenda confusa  
 se ilumina; revela secretos la montaña  
 en que se alza la ruina.

Los centenarios árboles saben de procesiones,  
 de luchas y de ritos inmemoriales. Canta  
 un zenzontle. ¿Qué canta? ¿Un canto nunca oído?  
 El pájaro en un ídolo ha fabricado el nido.  
 (Ese canto escucharon las mujeres toltecas  
 y deleitó al soberbio príncipe Moctezuma.)

Mientras el puma hace crujir las hojas secas,  
 el quetzal muestra al iris la gloria de su pluma  
 y los dioses animan de la puente el acento.  
 Al caer de la tarde un poniente sangriento  
 tiende su palio bárbaro; y de una rara lira  
 lleva la lengua musical el vago viento.

Y Netzahuolcoyotl, el poeta, suspira.

Cuaucmichin, el cacique sacerdotal y noble  
 viene de caza. Síguele fila apretada y doble  
 de sus flecheros ágiles. Su aire es bravo y triunfal.  
 Sobre su frente lleva bruñido cerco de oro;  
 y vese, al sol que se alza del florestal sonoro,  
 que en la diadema tiembla la pluma de un quetzal.

Es la mañana mágica del encendido trópico.  
 Como una gran serpiente camina el río hidrópico,  
 en cuyas aguas glaucas las hojas van.  
 El lienzo cristalino sopló sutil arruga,  
 el combo caparacho que arrastra la tortuga,  
 ó la crestada cola de hierro del caimán.

Junto al verdoso charco, sobre las piedras toscas,  
 rubí, cristal, zafiro, las susurrantes moscas,  
 del vaho de la tierra pasan cribando el tul;  
 é intacta con su reste de terciopelo rico,  
 abanicando el lodo con su doble abanico,  
 está como extasiada la mariposa azul.

Las selvas foscas vibran con el calor del día;  
al viento el pavo negro su grito agudo fía,  
y el grillo aturde el verde, tupido carrizal;  
un pájaro del bosque remeda un son de cuerno;  
prolonga la cigarra su chincharchar eterno,  
y el grito de su pito repite el pito real.

Los altos aguacates invaden ágil la ardilla,  
su cola es un plumero, su ojo pequeño brilla,  
sus dientes llueven fruto del árbol productor;  
y con su vuelo rápido que espanta el avispero,  
pasa el bridón y oscuro sanate-clarinero  
llamando al compañero con áspero clamor.

Su vasto alientolanzan los bosques primitivos;  
vuelan al menor ruido los quetzales esquivos;  
sobre la aristoloquia revuela el colibrí;  
y junto á la parásita lujosa está la iguana,  
como hija misteriosa de la montaña india  
que anima el teutl oculto del sacro teocalí.

El gran cacique deja los bosques de esmeralda;  
camina á su palacio el carcaj á la espalda,  
carcaj dorado y fino que brilla al rubio sol.  
Tras él van los flecheros, y en hombros de los siervos,  
ensangrentando el suelo, los montaraces ciervos  
que hirió la caña elástica del firme huiscoyol.

Camina. Llega al regio palacio el jefe noble.  
De las cuadradas puertas en el quicio de roble,

de Otzotskij, su tierna hija, ve el flamante huepil.  
 Súbito se oye un sordo rumor de voz profunda.  
 ¿Es la onda del Motagua que la ciudad inunda?  
 No, cacique; ese ruido es del pueblo pipil.

Como torrente humano que ruge y se desborda,  
 con un clamor terrible que la ciudad asorda,  
 hacia el palacio vienen los hijos de Ahuitzol.  
 Primero, revestidos de cien plumajes varios,  
 los altos sacerdotes, los ricos dignatarios,  
 que llevan con orgullo sus mantos tornasol.

Después van los guerreros, los de brazos membrudos,  
 los que metal y cuerno tienen en sus escudos,  
 soldados de Sakulén, soldados de Nebaj;  
 por último, zahareños, cobrizos y salvajes,  
 el cuerpo nudo y rojo de míticos tatuajes,  
 ixiles de la sierra, con arcos y carcaj.

Como á la roca el río circundan el palacio.  
 Sus voces redobladas se elevan al espacio  
 como voz de montaña y voz de tempestad;  
 hay jóvenes robustos de fieros aires regios,  
 ancianos centenarios que saben sortilegios,  
 brujos que invocar osan al gran Tamagastad.

Y á la cabeza marcha con noble continente  
 Tekij, que es el poeta litúrgico y valiente  
 que en su pupila tiene la luz de la visión.  
 Lleva colgado al cuello un quetzalcoatl de oro;

lleva en los pies velludos caítes de piel de toro,  
y alza la frente, altivo como un joven león.

Del palacio en la puerta vese erguido el cacique.  
Tekij alza sus brazos. Su gesto, como un dique,  
contiene el gran torrente de agitación y voz.  
Cuaucmichin, orgulloso, se apoya en su arco elástico,  
y teniendo en sus labios como un rictus sarcástico,  
pone en sus pardas cejas una curva feroz.

Curva de donde lanza cual flecha su mirada  
sobre las mil cabezas de la turba apiñada,  
curva como la curva del arco de Hurakán.  
Y Tekij habla al príncipe, que le escucha imposible;  
y lleva el aire tórrido la palabra terrible  
como el divino trueno de la ira de un Titán.

— Cuaucmichin, la montaña te habla en mi lengua  
¡La tierra está enojada, la raza pipil llora, [ahora,  
y tu nahual maldice, serpiente-tacuazín!  
Eres cobarde fiera que reina en el ganado.  
¿Por qué de los pipiles la sangre has derramado  
como tigre del monte, Cuaucmichin, Cuaucmichin?

¡Cuaucmichin! El octavo rey de los mexicanos  
era grande. Si abría los dedos de sus manos,  
más de un millón de flechas obscurecía el sol.  
Eran de oro macizo su silla y su consejo;  
tenía en mucho al sabio; pedía juicio al viejo;  
su maza era pesada; llamábase Ahuitzol.

Quelenes, zapotecas, tendales, katchikeles,  
 los mames que se adornan con ópalos y pieles,  
 los jefes aguerridos del bético kiché,  
 temían los embates del fuerte mexicano,  
 que tuvo, como tienen los dioses, en la mano  
 la flecha que en el trueno relampaguear se ve.

Él quiso ser pacífico y engrandecer un día  
 su reino. Eso era justo. Y en Guatemala había  
 tierra fecunda y virgen, montañas que poblar.  
 Mandó Ahuitzol cinco hombres á conquistar la tierra,  
 sin lanzas, sin escudos y sin carcaj de guerra,  
 sin fuerzas poderosas ni pompa militar.

Eran cinco pipiles; eran los padres nuestros;  
 eran cultivadores, agricultores, diestros  
 en prácticas pacíficas; sembraban el añil,  
 cocían argamasas, vendían pieles y aves :  
 así fundaron, rústicos, espléndidos y suaves,  
 los prístinos cimientos del pueblo del pipil.

Pipil, es decir, niño. Eso es ingenuo y franco.  
 Vino un anciano entre ellos con el cabello blanco,  
 y á ése miraban todos como una majestad.  
 Vino un mancebo hermoso que abría al monte brechas,  
 que lanzaba á las águilas sus voladoras flechas  
 y que cantaba alegre bajo la tempestad.

El Rey murió : la muerte es reina de los reyes.  
 Nuestros padres formaron nuestras sagradas leyes;

hablaron con los dioses en lengua de verdad.  
Y un día, en la floresta, Votán dijo á un anciano  
que él no bebía sangre del sacrificio humano,  
que sangre es chicha roja para Tamagastad.

Por eso los pipiles jamás se la ofrecimos.  
Del plátano fragante cortamos los racimos  
para ofrecérselos al dios sagrado y fiel.  
La sangre de las bestias el cuchillo derrame;  
mas sangre de pipiles, ¡oh Cuaucmichin infame,  
ayer has ofrecido en holocausto cruel!

— ¡Yo soy el sacerdote cacique y combatiente! —  
Tal ha rugido el jefe. Tekij grita á la gente :  
— Puesto que el tigre muestra las garras, sea, pues. —  
Y como la tormenta, los clamores humanos,  
sobre cabezas ásperas, sobre crispadas manos,  
se calman un instante para tornar después.

— ¡Flecheros, al combate! — clama el fuerte cacique.  
Y cual si no existiese quien el ataque indique,  
se quedan los flecheros inmóviles, sin voz.  
— ¡Flecheros, muerte al tigre! — responde un indio fiero.  
Tekij alza los brazos y quedase el flechero  
deteniendo el empuje de la flecha veloz.

Y Tekij : — ¡Es indigno de la flecha ó la lanza!  
La tierra se estremece para clamar venganza.  
¡Á las piedras, pipiles! —

— Cuando el grito feroz

de los castigadores calló y el jefe odiado,  
en sanguinoso fango quedó despedazado,  
vióse pasar un hombre cantando en alta voz  
un canto mexicano. Cantaba cielo y tierra,  
alababa á los dioses, maldecía la guerra.

Llamáronle : — ¿Tú cantas paz y trabajo? — Sí.  
— Toma el palacio, el campo, carcajes y huepiles;  
celebra á nuestros dioses, dirige á los pipiles. —  
Y así empezó el reinado de Tuteotzimí.

EN ELOGIO DEL ILMO. SR. OBISPO DE CÓRDOBA  
FR. MAMERTO ESQUIÚ, O. M.

Un báculo que era como un tallo de lirios,  
una vida en cilicios de adorables martirios,  
un blanco horror de Belcebú,  
un salterio celeste de vírgenes y santos,  
un cáliz de virtudes y una copa de cantos,  
tal era Fray Mamerto Esquiú.

Con su mano sagrada fué a recoger estrellas.  
Antes cansó su planta, dejando augustas huellas,  
feliz Pastor de su país;  
ahora corta del Padre las sacras azucenas;  
sobre esta tierra amarga cogía a manos llenas  
las florecillas del de Asís.

¡Oh luminosas Pascuas! ¡Oh Santa Epifanía!  
*Salvete flores martyrum!*, canta el clarín del día  
con voz de bronce y de cristal :  
sobre la tierra grata brota el agua divina,  
la rosa de la gracia su púrpura culmina  
sobre el cayado pastoral.

Crisóstomo le anima, Jerónimo le doma;  
su espíritu era un águila con ojos de paloma,  
su verbo es una flor.

Y aquel maravilloso poeta, San Francisco,  
las voces enseñóle con que encantó a su aprisco  
en las praderas del Señor.

Tal cual la Biblia dice, con címbalo sonoro  
a Dios daba sus loas. Formó su santo coro  
de Fe, Esperanza y Caridad:  
trompetas argentinas dicen sus ideales,  
y su órgano vibrante tenía dos pedales,  
y eran el Bien y la Verdad.

Trompetas argentinas claman su triunfo ahora;  
trompetas argentinas de heraldos de la aurora  
que anuncia el dia del altar,  
cuando la hostia, esa virgen, y ese mártir, el cirio,  
ante su imagen digan el místico martirio  
en que el Cordero ha de balar.

Llegaron á su mente hierosolimitana,  
la criselefantina divinidad pagana,  
las dulces musas de Helicón;  
y él se ajustó a los números severos y apostólicos,  
y en su sermón se escuchan los sones melancólicos  
de los salterios de Sión.

Yo, que la verleniana zampoña toco á veces,  
bajo los verdes mirtos ó bajo los cipreses,  
canto hoy tan sacra luz;  
en el marmóreo plinto cincelo mi epigrama,  
y bajo el ala inmensa de la divina Fama  
¡grabo una rosa y una Cruz!

## SUM...

Yo soy en Dios lo que soy  
y mi ser es voluntad  
que, perseverando hoy,  
existe en la eternidad.

Cuatro horizontes de abismo  
tiene mi razonamiento,  
y el abismo que más siento  
es el que siento en mí mismo.

Hay un punto alucinante  
en mi villa de ilusión :  
la torre del elefante  
junto al kiosco del pavón.

Aun lo humilde me subyuga  
si lo dora mi deseo.  
La concha de la tortuga  
me dice el dolor de Orfeo.

Rosas buenas, lirios pulcros,  
loco de tanto ignorar,

voy á ponerme á gritar  
al borde de los sepulcros :

¡Señor, que la fe se muere!  
¡Señor, mira mi dolor!  
*Miserere! Miserere!...*  
Dame la mano, Señor...

EPÍSTOLA  
Á LA SEÑORA DE LEOPOLDO LUGONES

## I

*Madame Lugones, j'ai commencé ces vers  
En écoutant la voix d'un carillon d'Anvers...  
Así empecé, en francés, pensando en Rodenbach,  
cuando hice hacia el Brasil una fuga... de Bach!*

En Río de Janeiro iba yo á proseguir  
poniendo en cada verso el oro y el zafir  
y la esmeralda de esos pájaros-moscas  
que melifican entre las áureas siestas foscas  
que temen los que temen el cruel vómito negro.  
Ya no existe allá fiebre amarilla. ¡Me alegro!  
*Et pour cause.* Yo pan americanicé  
con un vago temor y con muy poca fe  
en la tierra de los diamantes y la dicha  
tropical. Me encantó ver la vera machicha,  
mas encontré también un gran núcleo cordial  
de almas llenas de amor, de ensueño, de ideal.  
Y si había un calor atroz, también había  
todas las consecuencias y ventajas del día,  
en panorama igual al de los cuadros y hasta

igual al que pudiera imaginarse... Basta.  
 Mi ditirambo brasileño es ditirambo  
 que aprobaría tu marido. *Arcades ambo.*

## II

Mas al calor de ese Brasil maravilloso,  
 tan fecundo, tan grande, tan rico, tan hermoso,  
 á pesar de Tijuca y del cielo opulento,  
 á pesar de ese foco vivaz de pensamiento,  
 á pesar de Nabuco, embajador, y de  
 los delegados panamericanos que  
 hicieron lo posible por hacer cosas buenas,  
 saboreé lo ácido del saco de mis penas,  
 quiero decir que me enfermé. La neurastenia  
 es un don que me vino con mi obra primigenia.  
 ¡Y he vivido tan mal, y tan bien, cómo y tanto!  
 ¡Y tan buen comedor guardo bajo mi manto!  
 ¡Y tan buen bebedor tengo bajo mi capa!  
 ¡Y he gustado bocados de cardenal y papal...  
 Y he exprimido la ubre cerebral tantas veces,  
 que estoy grave. Esto es mucho ruido y pocas nueces,  
 según dicen doctores de una sapiencia suma.  
 Mis dolencias se van en ilusión y espuma.  
 Me recetan que no haga nada ni piense nada,  
 que me retire al campo á ver la madrugada  
 con las alondras, y con Garcilaso, y con  
 el *sport*. ¡Bravo! Sí. Bien. Muy bien. ¿Y *La Nación*?  
 ¿Y mi trabajo diario y preciso y fatal?

¿No se sabe que soy cónsul como Stendhal?  
Es preciso que el médico que eso recete dé  
también libro de cheques para el Crédit Lyonnais  
y envíe un automóvil devorador del viento  
en el cual se pasee mi egregio aburrimiento  
harto de profilaxis, de ciencia y de verdad.

## III

En fin, convaleciente, llegué á nuestra ciudad  
de Buenos Aires, no sin haber escuchado  
á míster Root á bordo del *Charleston* sagrado;  
mas mi convalecencia duró poco. ¿Qué digo?  
Mi emoción, mi entusiasmo y mi recuerdo amigo,  
y el banquete de *La Nación*, que fué estupendo,  
y mis viejas siringas con su pánico estruendo,  
y ese fervor porteño, ese perpetuo arder,  
y el milagro de gracia que brota en la mujer  
argentina, y mis ansias de gozar de esa tierra,  
me pusieron de nuevo con mis nervios en guerra.  
Y me volví á París. Me volví al enemigo  
terrible, centro de la neurosis, ombligo  
de la locura, foco de todo *surmenage*,  
donde hago bueñamente mi papel de *sauvage*  
encerrado en mi celda de la rue Marivaux,  
confiando sólo en mí y resguardando el yo.  
¡Y si lo resguardara, señora, si no fuera  
lo que llaman los parisienses una *pera*!  
Á mi rincón me llegan á buscar las intrigas,

las pequeñas miserias, las traiciones amigas,  
y las ingratitudes. Mi maldita visión  
sentimental del mundo me aprieta el corazón,  
y así cualquier tunante me explotará á su gusto.  
Soy así. Se me puede burlar con calma. Es justo.  
Por eso los astutos, los listos, dicen que  
no conozco el valor del dinero. ¡Lo sé!  
Que ando, nefelibata, por las nubes... Entiendo.  
Que no soy hombre práctico en la vida... ¡Estupendo!  
Sí, lo confieso, soy inútil. No trabajo  
por arrancar á otro su pitanza; no bajo  
á hacer la vida sórdida de ciertos previsores.  
Yo no ahorro ni en seda, ni en champaña, ni en flores.  
No combino sutiles pequeñeces, ni quiero  
quitarle de la boca su pan al compañero.  
Me complace en los cuellos blancos ver los diamantes.  
Gusto de gentes de maneras elegantes  
y de finas palabras y de nobles ideas.  
Las gentes sin higiene ni urbanidad, de feas  
trazas, avaros, torpes, ó malignos y rudos,  
mantienen, lo confieso, mis entusiasmos mudos.  
No conozco el valor del oro... ¿Saben esos  
que tal dicen lo amargo del jugo de mis sesos,  
del sudor de mi alma, de mi sangre y mi tinta,  
del pensamiento en obra y de la idea en cinta?  
¿He nacido yo acaso hijo de millonario?  
¿He tenido yo Cirineo en mi Calvario?

## IV

Tal continué en París lo empezado en Anvers.  
 Hoy, heme aquí en Mallorca, *la terra del foners*,  
 como dice Mossen Cinto, el gran Catalán.  
 Y desdo aquí, señora, mis versos á ti van,  
 olorosos á sal marina y á azahares,  
 al suave aliento de las Islas Baleares.  
 Hay un mar tan azul como el Partenopeo.  
 Y el azul celestial, vasto como un deseo,  
 su techo cristalino bruñe con sol de oro.  
 Aquí todo es alegre, fino, sano y sonoro.  
 Barcas de pescadores sobre la mar tranquila  
 descubro desde la terraza de mi *villa*,  
 que se alza entre las flores de su jardín fragante  
 con un monte detrás y con la mar delante.

## V

Á veces me dirijo al mercado, que está  
 en la Plaza Mayor. (Qué Coppée, ¿no es verdad?)  
 Me rozo con un núcleo crespo de muchedumbre  
 que viene por la carne, la fruta y la legumbre.  
 Las mallorquinas usan una modesta falda,  
 pañuelo en la cabeza y la trenza á la espalda.  
 Esto las que yo he visto, al pasar, por supuesto.  
 Y las que no la lleven no se enojen por esto.

He visto unas payesas con sus negros corpiños,  
 con cuerpos de odaliscas y con ojos de niños;  
 y un velo que les cae por la espalda y el cuello  
 dejando al aire libre lo obscuro del cabello.  
 Sobre la falda clara un delantal vistoso.  
 Y saludan con un *bon di tengui* gracioso  
 entre los cestos llenos de patatas y coles,  
 pimientos de corales, tomates de arreboles,  
 sonrosadas cebollas, melones y sandías,  
 que hablan de las Arabias y las Andalucías;  
 calabazas y nabos para ofrecer asuntos  
 á madame Noailles y á Francis Jammes juntos.

Á veces me detengo en la plaza de abastos,  
 como si respirase soplos de vientos vastos,  
 como si se me entrase con el respiro el mundo.  
 Estoy ante la casa en que nació Raimundo  
 Lulio. Y en ese instante mi recuerdo me cuenta  
 las cosas que le dijo la Rosa á la Pimienta...  
 ¡Oh, cómo yo diría el sublime destierro  
 y la lucha y la gloria del mallorquín de hierro!  
 ¡Oh, cómo cantaría en un carmen sonoro  
 la vida, el alma, el numen, del mallorquín de oro!  
 De los hondos espíritus es de mis preferidos.  
 Sus robles filosóficos están llenos de nidos  
 de ruiseñor. Es otro y es hermano del Dante.  
 ¡Cuántas veces pensara su verbo de diamante  
 delante la Sorbona vieja del París sabio!  
 ¡Cuántas veces he visto su infolio y su astrolabio  
 en una bruma vaga de ensueño, y cuántas veces

le oí hablar á los árabes, cual Antonio á los peces,  
en un imaginar de pretéritas cosas  
que por ser tan antiguas se sienten tan hermosas!

## ·VI

Hice una pausa.

El tiempo se ha puesto malo. El mar  
á la furia del aire no cesa de bramar.  
El temporal no deja que entren los vapores. Y  
un *yacht* de lujo busca refugio en Porto-Pi.  
Porto-Pi es una rada cercana y pintoresca.  
Vista linda; aguas bellas; luz dulce y tierra fresca.

¡Ah, señora, si fuese posible á algunos el  
dejar su Babilonia, su Tiro, su Babel,  
para poder venir á hacer su vida entera  
en esta luminosa y espléndida ribera!

Hay no lejos de aquí un archiduque austriaco  
que las pomas de Ceres y las uvas de Baco  
cultiva, en un retiro archiducal y egregio.  
Hospeda como un monje — y el hospedaje es regio —.  
Sobre las rocas se alza la mansión señorial  
y la isla le brinda ambiente imperial.

Es un pariente de Jean Orth. Es un atrida  
que aquí ha encontrado el cierto secreto de su vida.  
Es un cuerdo. Aplaudamos al príncipe discreto

que aprovecha á la orilla del mar ese secreto.  
 La isla es florida y llena de encanto en todas partes.  
 Hay un aire propicio para todas las artes.  
 En Pollenza ha pintado Santiago Rusiñol  
 cosas de flor de luz y de seda de sol.  
 Y hay villa de retiro espiritual famosa :  
 la literata Sand escribió en Valldemosa  
 un libro. Ignoro si vino aquí con Musset,  
 y si la vampiresa sufrió ó gozó, no sé (1).

¿Por qué mi vida errante no me trajo á estas sanas  
 costas antes que las prematuras canas  
 de alma y cabeza hicieran de mí la mezcolanza  
 formada de tristeza, de vida y esperanza?  
 ¡Oh, qué buen mallorquín me sentiría ahora!  
 ¡Oh, cómo gustaría sal de mar, miel de aurora,  
 al sentir como en un caracol en mi cráneo  
 el divino y eterno rumor mediterráneo!  
 Hay en mí un griego antiguo que aquí descansó un día  
 después que le dejaron loco de melodía  
 las sirenas rosadas que atraíeron su barca.  
 Cuanto mi ser respira, cuanto mi vista abarca,  
 es recordado por mis íntimos sentidos;  
 los aromas, las luces, los ecos, los ruidos,  
 como en ondas atávicas me traen añoranzas  
 que forman mis ensueños, mis vidas y esperanzas.

---

(1) He leído ya el libro que hizo Aurora Dupín.  
 Fué Chopín el amante aquí. ¡Pobre Chopín!...

Mas ¿dónde está aquel templo de mármol, y la gruta  
donde mordí aquel seno dulce como una fruta?  
¿Dónde los hombres ágiles que las piedras redondas  
recogían para los cueros de sus hondas?...

Calma, calma. Esto es mucha poesía, señora.  
Ahora hay comerciantes muy modernos. Ahora  
mandan barcos prosaicos la dorada Valencia,  
Marsella, Barcelona y Génova. La ciencia  
comercial es hoy fuerte y lo acapara todo.  
Entretanto, respiro mi salitre y mi iodo  
brindados por las brisas de aqueste golfo inmenso,  
y á un tiempo, como Kant y el asno, pienso.  
Es lo mejor.

## VII

Y aquí mi epístola concluye.  
Hay una ansia de tiempo que de mi pluma fluye  
á veces, como hay veces de enorme economía.  
— Si hay, he dicho, señora, alma clara, es la mía —.  
Mirame transparentemente, con tu marido,  
y guárdame lo que tú puedas del olvido.

## AGENCIA...

¿Qué hay de nuevo?... Tiembla la tierra.  
En La Haya incuba la guerra.  
Los reyes han terror profundo.  
Huele á podrido en todo el mundo.  
No hay aromas en Galaad.  
Desembarcó el marqués de Sade  
procedente de Seboim.  
Cambia de curso el *gulf-stream*.  
París se flagela á placer.  
Un cometa va á aparecer.  
Se cumplen ya las profecías  
del viejo monje Malaquías.  
En la iglesia el diablo se esconde.  
Ha parido una monja. (¿En dónde?...)  
Barcelona ya no está bona  
sino cuando la bomba sona...  
China se corta la coleta.  
Henry de Rothschild es poeta.  
Madrid abomina la capa.  
Ya no tiene enucos el papa.  
Se organizará por un bill  
la prostitución infantil.  
La fe blanca se desvirtúa  
y todo negro «continúa».

En alguna parte está listo  
el palacio del Anticristo.  
Se cambian comunicaciones  
entre lesbianas y gitones.  
Se anuncia que viene el Judío  
Errante... ¿Hay algo más, Dios mío?...

## Á COLÓN

¡Desgraciado Almirante! Tu pobre América,  
tu India virgen y hermosa de sangre cálida,  
la perla de tus sueños, es una histérica  
de convulsivos nervios y frente pálida.

Un desastroso espíritu posee tu tierra;  
donde la tribu unida blandió sus mazas,  
hoy se enciende entre hermanos perpetua guerra,  
se hieren y destrozan las mismas razas.

Al ídolo de piedra reemplaza ahora  
el ídolo de carne que se entroniza,  
y cada día alumbría la blanca aurora  
en los campos fraternos sangre y ceniza.

Desdeñando á los reyes nos dimos leyes  
al son de los cañones y los clarines,  
y hoy al favor siniestro de negros reyes  
fraternizan los Judas con los Caínes.

Bebiendo la esparcida savia francesa  
con nuestra boca indígena semiespañola,  
día á día cantamos la *Marsellesa*  
para acabar danzando la *Carmañola*.

Las ambiciones péridas no tienen diques;  
soñadas libertades yacen deshechas :  
¡eso no hicieron nunca nuestros caciques,  
á quienes las montañas daban las flechas!

Ellos eran soberbios, leales y frances,  
cenidas las cabezas de raras plumas;  
¡ojalá hubieran sido los hombres blancos  
como los Atahualpas y Moctezumas!

Cuando en vientres de América cayó semilla  
de la raza de hierro que fué de España,  
mezcló su fuerza heroica la gran Castilla  
con la fuerza del indio de la montaña.

¡Pluguiera á Dios las aguas, antes intactas,  
no reflejaran nunca las blancas velas;  
ni vieran las estrellas estupefactas  
arribar á la orilla tus carabelas!

Libres como las águilas, vieran los montes  
pasar los aborígenes por los boscajes,  
persiguiendo los pumas y los bisontes  
con el dardo certero de sus carcajes.

Que más valiera el jefe duro y bizarro  
que el soldado que en fango sus glorias finca,  
que ha hecho gemir al zipa bajo su carro  
ó temblar las heladas momias del Inca.

La cruz que nos llevaste padece mengua;  
y tras encanalladas revoluciones,  
la canalla escritora mancha la lengua  
que escribieron Cervantes y Calderones.

Cristo va por las calles flaco y enclenque;  
Barrabás tiene esclavos y charreteras,  
y las tierras del Chibcha, Cuzco y Palenque  
han visto engalonadas á las panteras.

Duelos, espantos, guerras, fiebre constante  
en nuestra senda ha puesto la suerte triste :  
¡Cristóforo Colombo, pobre Almirante,  
ruega á Dios por el mundo que descubriste!

## VERSORS DE OTOÑO

Cuando mi pensamiento va hacia ti, se perfuma;  
tu mirar es tan dulce, que se torna profundo.  
Bajo tus pies desnudos aun hay blancor de espuma,  
y en tus labios compendias la alegría del mundo.

El amor pasajero tiene el encanto breve, . . .  
y ofrece un igual término para el gozo y la pena.  
Hace una hora que un nombre grabé sobre la nieve;  
hace un minuto dije mi amor sobre la arena.

Las hojas amarillas caen en la alameda,  
en donde vagan tantas parejas amorosas.  
Y en la copa de Otoño un vago vino queda  
en que han de deshojarse, Primavera, tus rosas.

## SONETO Á DON RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN

Este gran don Ramón, de las barbas de chivo,  
cuya sonrisa es la flor de su figura,  
parece un viejo dios, altanero y esquivo,  
que se animase en la frialdad de su escultura.

El cobre de sus ojos por instantes fulgura  
y de una llama roja tras un ramo de olivo.  
Tengo la sensación de que siento y que vivo  
á su lado una vida más intensa y más dura.

Este gran don Ramón del Valle-Inclán me inquieta,  
y á través del zodiaco de mis versos actuales  
se me esfuma en radiosas visiones de poeta,

6 se me rompe en un fracaso de cristales.  
Yo le he visto arrancarse del pecho la saeta  
que le lanzan los siete pecados capitales.

X  
DANZA ELEFANTINA

Oid, Cloe, Aglae, Nice,  
que es singular.  
El elefante dice :  
«Voy á danzar.»

Lleno de filosofía  
tiene el testuz;  
la trompa es sabiduría,  
los colmillos, luz.

Las formidables orejas  
gravedades son  
muy llenas de cosas viejas  
y de erudición.

Cuatro patas misteriosas,  
pues no vienen sin  
haber chafado las rosas  
de griego y latín,

van á trenzar unas danzas  
que son la verdad,  
los ensueños y esperanzas  
de la humanidad.

¿El elefante está enfermo?  
¿Harto de laurel  
índico está el paquidermo  
rehuso al rabel?

Basta pesadez le sobra  
para la función;  
y danza mejor la cobra  
de la flauta al son.

Ninfas, danzad. El alisio  
besa vuestros pies.  
El virtual don de Dionisio  
con vosotras es.

Oid, Cloe, Nice, Aglae,  
toda mi ciencia es amor;  
y en mis danzas se distrae  
mi maestro el ruiseñor.

## LA HEMBRA DEL PAVO REAL

En Ecbatana fué una vez...  
ó más bien creo que en Bagdad...  
Era una rara ciudad,  
bien Samarcanda, ó quizás Fez.

La hembra del pavo real  
estaba en el jardín desnuda;  
mi alma amorosa estaba muda  
y habló la fuente de cristal.

Habló con su trino y su allegro  
y su stacatto y son sonoro,  
y venían del bosque negro  
voz de plata y llanto de oro.

La desnuda estaba divina,  
salomónica y oriental;  
era una joya diamantina  
la hembra del pavo real.

Los brazos eran dos poemas  
ilustrados de ricas gemas,  
y no hay un verso que concentre

el trigo y albor de palomas,  
y lirios y perlas y aromas  
que había en los senos y el vientre.

Era una voluptuosidad  
que sabía á almendra y á nuez  
y á vinos que gustó Simbad...  
En Ecbatana fué una vez,  
ó más bien creo que en Bagdad.

En las gemas resplandecientes  
de las colas de los pavones  
caían gotas de las fuentes  
de los orientes de ilusiones.

La divina estaba desnuda.  
Rosa y nardo dieron su olor...  
Mi alma estaba extasiada y muda  
y en el sexo ardía una flor.

En las terrazas, decoradas  
con un gusto extraño y fatal,  
fué desnuda ante mis miradas  
la hembra del pavo real.

## ¡EHEU!

Aquí, junto al mar latino,  
digo la verdad :  
siento en roca, aceite y vino  
yo mi antigüedad.

¡Oh, qué anciano soy, Dios santo!  
¡Oh, qué anciano soy!...  
¿De dónde viene mi canto?  
Y yo, ¿adónde voy?

El conocerme á mí mismo  
ya me va costando  
muchos momentos de abismo  
y el cómo y el cuándo...

Y esta claridad latina,  
¿de qué me sirvió  
á la entrada de la mina  
del yo y el no yo?...

Nefelibata contento  
creo interpretar  
las confidencias del viento,  
la tierra y el mar...

Unas vagas confidencias  
del ser y el no ser,  
y fragmentos de conciencias  
de ahora y de ayer.

Como en medio de un desierto  
me puse á clamar;  
y miré el sol como muerto  
y me eché á llorar.

## NOCTURNO

Silencio de la noche, doloroso silencio  
nocturno... ¿Por qué el alma tiembla de tal manera?  
Oigo el zumbido de mi sangre;  
dentro mi cráneo pasa una suave tormenta.  
¡Insomnio! No poder dormir, y, sin embargo,  
soñar. ¡Ser la auto-pieza  
de disección espiritual, el auto-Hamlet!  
Diluir mi tristeza  
en un vino de noche  
en el maravilloso cristal de las tinieblas...  
Y me digo: ¿A qué hora vendrá el alba?  
Se ha cerrado una puerta...  
Ha pasado un transeunte...  
Ha dado el reloj trece horas... ¡Si será ella!...

## METEMPSICOSIS

Yo fuí un soldado que durmió en el lecho  
de Cleopatra la reina. Su blancura  
y su mirada astral y omnipotente.

Eso fué todo.

¡Oh mirada!, ¡oh blancura!, y ¡oh aquel lecho  
en que estaba radiante la blancura!  
¡Oh la rosa marmórea omnipotente!

Eso fué todo.

Y crujió su espinazo por mi brazo;  
y yo, liberto, hice olvidar á Antonio  
(¡oh el lecho, y la mirada, y la blancura!)  
Eso fué todo.

Yo, Rufo Galo, fuí soldado, y sangre  
tuve de Galia, y la imperial becerra  
me dió un minuto audaz de su capricho.  
Eso fué todo.

¿Por qué en aquel espasmo las tenazas  
de mis dedos de bronce no apretaron  
el cuello de la blanca reina en broma?  
Eso fué todo.

Yo fuí llevado á Egipto. La cadena  
tuve al pescuezo. Fuí comido un día  
por los perros. Mi nombre, Rufo Galo.  
Eso fué todo.

1893

## MOMOTOMBO

*O vieux Momotombo, colosse chauve et nu...*

V. H.

El tren iba rodando sobre sus rieles. Era  
en los días de mi dorada primavera  
y era en mi Nicaragua natal.  
De pronto, entre las copas de los árboles vi  
un cono gigantesco, «calvo y desnudo», y  
lleno de antiguo orgullo triunfal.

Ya había yo leído á Hugo y la leyenda  
que Squire le enseñó. Como una vasta tienda  
vi aquel coloso negro ante el sol,  
maravilloso de majestad. Padre viejo  
que se duplica en el armonioso espejo  
de un agua perla, esmeralda, col.

Agua de un vario verde y de un gris tan cambiante,  
que discernir no deja su ópalo y su diamante  
á la vasta llama tropical.  
Momotombo se alzaba lírico y soberano,  
yo tenía quince años: ¡una estrella en la mano!  
Y era en mi Nicaragua natal.

Ya estaba yo nutrido de Oviedo y de Gomara,  
 y mi alma florida soñaba historia rara,  
 fábula, cuento, romance, amor  
 de conquistas, victorias de caballeros bravos,  
 incas y sacerdotes, prisioneros y esclavos,  
 plumas y oro, audacia, esplendor.

Y llegué y vi en las nubes la prestigiosa testa  
 de aquel cono de siglos, de aquel volcán de gesta,  
 que era ante mí de revelación.  
 Señor de las alturas, emperador del agua,  
 á sus pies el divino lago de Managua,  
 con islas todas luz y canción.

•  
 «¡Momotombo!, exclamé. ¡Oh nombre de epopeya!  
 Con razón Hugo el grande en tu onomatopeya  
 ritmo escuchó que es de eternidad.  
 Dijérase que fueses para las sombras dique,  
 desde que oyera el blanco la lengua del cacique  
 en sus discursos de libertad.

»Padre de fuego y piedra, yo te pedí ese día  
 tu secreto de llamas, tú arcano de armonía,  
 la iniciación que podías dar.  
 Por ti pensé en lo inmenso de Osas y Peliones,  
 en que arriba hay titanes en las constelaciones,  
 y abajo, dentro, la tierra y el mar.

»¡Oh Momotombo, ronco y sonoro! Te amo  
 porque á tu evocación vienen á mí otra vez,

obedeciendo á un íntimo reclamo,  
perfumes de mi infancia, brisas de mi niñez.

»¡Los estandartes de la tarde y de la aurora!  
Nunca los vi más bellos que alzados sobre ti,  
toda zafir la cúpula sonora  
sobre los triunfos de oro, de esmeralda y rubí.

»Cuando las babilonias del Poniente  
en purpúreas catástrofes hacia la inmensidad  
rodaban tras la augusta soberbia de tu frente,  
eras tú como el símbolo de la Serenidad.

»En tu incesante hornalla vi la perpetua guerra,  
en tu roca unidades que nunca acabarán.  
Sentí en tus terremotos la brama de la tierra  
y la inmortalidad de Pan.

»Con un alma volcánica entré en la dura vida,  
aquilón y huracán sufrió mi corazón,  
y de mi mente mueven la cimera encendida  
¡Huracán y Aquilón!

»Tu voz escuchó un día Cristóforo Colombo;  
Hugo cantó tu gesta legendaria. Los dos  
fueron, como tú, enormes, Momotombo,  
montañas habitadas por el fuego de Dios.»

Hacia el misterio caen poetas y montañas;  
y romperáse el cielo de cristal  
cuando luchen sonando dc Pan las siete cañas  
¡y la trompeta del Juicio final!

## ISRAEL

¡Israel! ¡Israel! ¿Cuándo de tu divina  
faz en la sangre pura resbalará el diamante?  
¿Cuándo el viento del río hará que el arpa cante,  
entre el concurso eterno de la brisa argentina?

¿Cuándo será la cabellera que se inclina  
agitada por un viento perseverante?  
¿Cuándo el brazo de luz dará al Judío Errante  
el vaso en que se abreve del agua cristalina?

¡Israel! ¡Israel! Eso será en la hora  
en que cante á los cielos la alondra pecadora  
y en el profundo abismo se commueva el grande ojo.

Y cuando levantados el santo y el aristo  
ponga su blanca mano nuestro príncipe Cristo,  
ponga su blanca mano sobre el infierno rojo.

## A FRANCIA

¡Los bárbaros, Francia! ¡Los bárbaros, cara Lutecia!  
 Bajo áurea rotunda reposa tu gran Paladín.  
 Del cíclope al golpe, ¿qué pueden las risas de Grecia?  
 ¿Qué pueden las Gracias, si Herakles agita su crin?

En locas faunalias no sientes el viento que arrecia,  
 el viento que arrecia del lado del férreo Berlín,  
 y allí bajo el templo que tu alma pagana desprecia,  
 tu vate hecho polvo no puede sonar su clarín.

Suspende, Bizancio, tu fiesta mortal y divina;  
 ¡oh Roma, suspende la fiesta divina y mortal!  
 Hay algo que viene como una invasión aquilina

que aguarda temblando la curva del Arco Triunfal.  
 ¡*Tannhäuser!* Resuena la marcha marcial y argentina,  
 y vese á lo lejos la gloria de un casco imperial.

## LA BAILARINA DE LOS PIES DESNUDOS

Iba en un paso rítmico y felino  
á avances dulces, ágiles ó rudos,  
con algo de animal y de felino  
la bailarina de los pies desnudos.

Su falda era la falda de las rosas,  
en sus pechos había dos escudos...  
Constelada de casos y de cosas...  
la bailarina de los pies desnudos.

Bajaban mil deleites de los senos  
hacia la perla hundida del ombligo,  
é iniciaban propósitos obscenos  
azúcares de fresa y miel de higo.

Á un lado de la silla gestatoria  
estaban mis bufones y mis mudos...  
¡Y era toda Selene y Anactoria  
la bailarina de los pies desnudos!

## TANT MIEUX...

Gloria al laboratorio de Canidia,  
gloria al sapo y la araña y su veneno,  
gloria al duro guijarro, gloria al cieno,  
gloria al áspero errar, gloria á la insidia.

Gloria á la cucaracha que fastidia,  
gloria al diente del can de rabia lleno,  
gloria al parche vulgar que imita al trueno,  
gloria al odio bestial, gloria á la envidia.

Gloria á las ictericias devorantes  
que sufre el odiador; gloria á la escoria  
que padece á la luz de los diamantes,

pues toda esa miseria transitoria  
hace afirmar el paso á los Atlantes  
cargados con el orbe de su gloria.

## LA CANCIÓN DE LOS PINOS

¡Oh pinos, oh hermanos en tierra y ambiente,  
yo os amo! Sois dulces, sois buenos, sois graves.  
Diríase un árbol que piensa y que siente,  
mimado de auroras, poetas y aves.

Tocó vuestras frentes la alada sandalia;  
habéis sido mástil, proscenio, curul,  
¡oh pinos solares, oh pinos de Italia!,  
bañados de gracia, de gloria, de azul.

Sombríos, sin oro del sol, taciturnos,  
en medio de brumas glaciales y en  
montañas de ensueños, ¡oh pinos nocturnos,  
oh pinos del Norte, sois bellos también!

Con gestos de estatuas, de mimos, de actores,  
tendiendo á la dulce caricia del mar,  
¡oh pinos de Nápoles, rodeados de flores,  
oh pinos divinos, no os puedo olvidar!

Cuando en mis errantes pasos peregrinos  
la Isla Dorada me ha dado un rincón  
do soñar mis sueños, encontré los pinos,  
los pinos amados de mi corazón.

Amados por tristes, por blandos, por bellos;  
por su aroma, aroma de una inmensa flor;  
por su aire de monjes, sus largos cabellos,  
sus savias, ruidos y nidos de amor.

¡Oh pinos antiguos que agitara el viento  
de las epopeyas, amados del sol!  
¡Oh líricos pinos del Renacimiento  
y de los jardines del suelo español!

Los brazos eolios se mueven al paso  
del aire violento que forma al pasar  
ruidos de pluma, ruidos de raso,  
ruidos de agua y espuma de mar.

¡Oh noche en que trajo tu mano, Destino,  
aquella amargura que aún hoy es dolor!  
La luna argentaba lo negro de un pino,  
y fui consolado por un ruiseñor.

Románticos somos... ¿Quién que Es, no es romántico?  
Aquel que no sienta ni amor ni dolor,  
aquel que no sepa de beso y de cántico,  
que se ahorque de un pino; será lo mejor...

Yo, no. Yo persisto. Pretéritas normas  
confirman mi anhelo, mi ser, mi existir.  
¡Yo soy el amante de ensueños y formas  
que viene de lejos y va al porvenir!

## VESPER

Quietud, quietud... Ya la ciudad de oro  
ha entrado en el misterio de la tarde.  
La catedral es un gran relicario.  
La bahía unifica sus cristales  
en un azul de arcaicas mayúsculas  
de los antifonarios y misales.  
Las barcas pescadoras estilizan  
el blancor de sus velas triangulares  
y como un eco que dijera : «Ulises»,  
junta aientos de flores y de sales.

## HONDAS

*A Pichardo.*

Yo soñé que era un hondero  
mallorquín.  
Con las piedras que en la costa  
recogí,  
cazaba águilas al vuelo,  
lobos, y  
en la guerra iba á la guerra  
contra mil.

Un guijarro de oro puro  
fué al cenit  
una tarde en que en la altura  
azul vi  
un enorme gerifalte  
perseguir  
á una extraña ave radiante,  
un rubí  
que rayara el firmamento  
de zafir.

No tornó mi piedra al mundo.  
Pero sín

vacilar vino á mí el ave-  
querubín.

«Partió herida — dijo — el alma  
de Goliat, y vengo á ti.

¡Soy el alma luminosa  
de David!»

## FLIRT

Que á las dulces gracias la áurca rima loe,  
que el amable Horacio brinde un canto á Cloe,  
que á Margot ó á Clebia dé un rondel Banville,  
eso es justo y bello, que esa ley nos rija,  
eso lisonjea y eso regocija  
á la reina Venus y á su paje Abril.

El ilustre cisne, cual labrado en nieve,  
con el cuello en arco, bajo el aire leve,  
boga sobre el terso lago especular;  
y aunque no lo dice, va ritmando un aria  
para la entreabierta rosa solitaria  
que abre el fresco cáliz á la luz lunar.

Albas margaritas, rosas escarlatas,  
¿no guardáis memoria de las serenatas  
con que un tierno lírico os habló de amor?  
¿Conocéis la gama breve y cristalina  
en que, enamorado, su canción divina  
con su bandolina trina el ruiseñor?

Estas tres estrofas, deliciosa amiga,  
son un corto prólogo para que te diga

que tus bellos ojos de luz sideral,  
y tus labios, rimas ricas de corales,  
merecen la ofrenda de los madrigales  
floridos de líricas rosas de cristal.

De tu ardiente gracia los elogios rimo,  
de un rondel galante la fragancia exprimo  
para ungir la alfombra donde estén tus pies;  
yo saludo el lindo triunfo de las damas,  
y en mis versos siento renacer las llamas  
que eran luz de triunfo del Rey Sol francés.

1893.

BALADA EN HONOR  
DE LAS MUSAS DE CARNE Y HUESO

*A G. Martínez Sierra.*

Nada mejor para cantar la vida,  
y aun para dar sonrisas á la muerte,  
que la áurea copa en donde Venus vierte  
la esencia azul de su viña encendida.  
Por respirar los perfumes de Armida  
y por sorber el vino de su beso,  
vino de ardor, de beso, de embeleso,  
fuérase al cielo en la bestia de Orlando,  
voz de oro y miel para decir cantando :  
¡la mejor musa es la de carne y hueso!

Cabellos largos en la boardilla,  
noches de insomnio al blancor del invierno,  
pan de dolor con la sal de lo eterno  
y ojos de ardor en que Juvencia brilla;  
el tiempo en vano mueve su cuchilla;  
el hilo de oro permanece ilesos;  
visión de gloria para el libro impreso  
que en sueños va como una mariposa,  
y una esperanza en la boca de rosa :  
¡la mejor musa es la de carne y hueso!

Regio automóvil, regia cetrería,  
 borla y muceta, heráldica fortuna,  
 nada son como á la luz de la luna  
 una mujer hecha una melodía.  
 Barca de amar busca la fantasía,  
 no el *yacht* de Alfonso ó la barca de Creso.  
 Da al cuerpo llama y fortifica el seso  
 ese archivado y vital paraíso;  
 pasad de largo, Abelardo y Narciso :  
 ¡la mejor musa es la de carne y hueso!

Clio está en esta frente hecha de aurora,  
 Euterpe canta en esta lengua fina,  
 Talía ríe en la boca divina,  
 Melpómene es ese gesto que implora;  
 en estos pies Terpsícore se adora;  
 cuello inclinado es de Erato embeleso;  
 Polymnia intenta á Caliope proceso  
 por esos ojos en que Amor se quema.  
 Urania rige todo ese sistema :  
 ¡la mejor musa es la de carne y hueso!

No protestéis con celo protestante  
 contra el panal de rosas y claveles  
 en que Tiziano moja sus pinceles  
 y gusta el cielo de Beatrice el Dante.  
 Por eso existe el verso de diamante,  
 por eso el iris tiéndese, y por eso  
 humano genio es celeste progreso.  
 Líricos cantan y meditan sabios

---

por esos pechos y por esos labios :  
¡la mejor musa es la de carne y hueso!

ENVÍO :

Gregorio : nada al cantor determina  
como el gentil estímulo del beso;  
gloria al sabor de la boca divina :  
¡la mejor musa es la de carne y hueso!

## LIBROS EXTRAÑOS

*A. F. Sicardii.*

Libros extraños que halagáis la mente  
en un lenguaje inaudito y tan raro,  
y que de lo más puro y lo más caro  
hacéis brotar la misteriosa fuente;

inextinguible, inextinguiblemente  
brotá el sentir del corazón preclaro  
y por él se alza un diamantino faro  
que al mar de Dios mira profundamente...

Fuerza y vigor que las almas enlaza,  
seda de luz y pasos de coloso,  
y un agitar de martillo y de maza,

y un respirar de leones en reposo,  
y una virtual palpitación de raza;  
y el cielo azul para Orlando Furioso...

## CAMPOAMOR

Este del cabello cano,  
como la piel del armiño,  
juntó su candor de niño  
con su experiencia de anciano;  
cuando se tiene en la mano  
un libro de tal varón,  
abeja es cada expresión  
que, volando del papel,  
deja en los labios la miel  
y pica en el corazón.

## ESQUELA Á CHARLES DE SOUSSENS

Á la vista del blanco lucero matutino  
á tu amistad envío mi saludo cordial,  
pues tus dedos despiertan el alambre divino  
sobre la lira, sobre el tímpano inmortal.

Tu Suiza, coronada de un halo diamantino,  
circundada en abismos de torres de cristal,  
alzará un día, para tu numen peregrino,  
un busto blanco y fino de firme pedestal.

Compañero, que traes en tu lira extranjera  
caras rosas nativas á nuestra primavera,  
y que tu Ranz nos cantas en el modo español,

¡que la América escuche tu noble melodía  
y á Suiza, Buenos Aires pueda enviar algún día  
tu cabeza lunática coronada de sol!

1895

## LÍRICA

*A Eduardo Talero.*

Eduardo : está en el reino de nuestra fantasía  
el pabellón azul de nuestro rey divino.  
Saludemos al dios en el pan y en el vino,  
saludemos al dios en la noche y el día.

Todavía está Apolo triunfante; todavía  
gira bajo su lumbre la rueda del destino  
y viértense del carro en el diurno camino  
las ánforas de fuego, las urnas de armonía.

Hundámonos en ese mar vasto de éter puro  
en que las almas libres del cautiverio obscuro  
de la sombra celebran el divino poder

de cantar. Tal será nuestra eterna retórica  
En tanto suena la música pitagórica  
y brilla en el celeste abismo Lucifer.

## INTERROGACIONES

— Abeja, ¿qué sabes tú,  
toda de miel y oro antiguo?  
¿Qué sabes, abeja helénica?

— Sé de Píndaro.

— León de hedionda melena,  
meditabundo león,  
¿sabes de Hércules acaso?...

— Sí. Y de Job.

— Víbora, mágica víbora,  
¡entre el sándalo y el loto  
has adorado á Cleopatra?

— Y á Petronio...

— Rosa, que en la cortesana  
fuiste sobre seda azul,  
¿amabas á Magdalena?...

— Y á Jesús...

— Tijera que destrozaste  
de Sansón la cabellera,  
¿te atraía á ti Sansón?

— No. Su hembra...

— Á quién amáis, alba blanca,  
lino, espuma, flor de lis,  
estrellas puras, ¿á Abel?  
— Á Caín.

— Águila que eras la Historia,  
¿dónde vas á hacer tu nido?  
¿Á los picos de la Gloria?...  
— Sí. ¡En los montes del olvido!

## LOS PIRATAS

Remacha el postrer clavo en el arnés. Remacha  
el postrer clavo en la fina tabla sonora.

Ya es hora de partir, buen pirata, ya es hora  
de que la vela pruebe el pulmón de la racha.

Bajo la quilla el cuello del tritón se agacha,  
y la vívida luz del relámpago dora  
la quimera de bronce incrustada en la prora,  
y una sonrisa pone en el labio del hacha.

La coreada canción de la piratería  
saludará el real oriflama del día  
cuando el clarín del alba nueva ha de sonar,

glorificando á los caballeros del viento  
que ensangrientan la seda azul del firmamento  
con el rojo pendón de los reyes del mar.

## Á UNA NOVIA

Alma blanca, más blanca que el lirio;  
frente blanca, más blanca que el cirio  
que ilumina el altar del Señor;  
ya serás por hermosa encendida,  
ya serás sonrosada y herida  
por el rayo de luz del amor.

Labios rojos de sangre divina,  
labios donde la risa argentina  
junta el albo marfil al clavel,  
ya veréis cómo el beso os provoca  
cuando Cipris envíe á esa boca  
sus abejas sedientas de miel.

Manos blancas, cual rosas benditas,  
que sabéis deshojar margaritas  
junto al fresco rosal del Pensil,  
ya daréis la canción del amado  
cuando hiráis el sonoro teclado  
del triunfal clavicordio de Abril.

¡Ojos bellos de ojeras cercados,  
ya veréis los palacios dorados

de una vaga, ideal Estambul,  
cuando lleven las hadas á Oriente  
á la Bella del Bosque durmiente  
en el carro del Príncipe Azul

¡Blanca flor! De tu cáliz risueño  
la libélula errante del Sueño  
alza el velo veloz, ¡blanca flor!  
Primavera su palio levanta  
y hay un coro de alondras que canta  
la canción matinal del amor.

## ANTONIO MACHADO

Misterioso y silencioso  
iba una y otra vez.

Su mirada era tan profunda  
que apenas se podía ver.

Cuando hablaba tenía un dejo  
de timidez y de altivez.

Y la luz de sus pensamientos  
casi siempre se veía arder.

Era luminoso y profundo  
como era hombre de buena fe.

Fuera pastor de mil leones  
y de corderos á la vez.

Conduciría tempestades  
ó traería un panal de miel.

Las maravillas de la vida  
y del amor y del placer.

Cantaba en versos profundos  
cuyo secreto era de él.

Montado en un raro Pegaso  
un día al imposible fué.

Ruego por Antonio á mis dioses;  
ellos le salven siempre. Amén.

## VISIÓN

Tras de la misteriosa selva extraña  
vi que se levantaba al firmamento,  
horadada y labrada, una montaña  
que tenía en la sombra su cimiento.  
Y en aquella montaña estaba el nido  
del trueno, del relámpago y del viento.

Y tras sus arcos negros el rugido  
se oía del león. Y cual obscura  
catedral de algún dios desconocido,

aquella fabulosa arquitectura  
formada de prodigios y visiones,  
visión monumental, me dió pavura.

Á sus pies habitaban los leones;  
y las torres y flechas de oro fino  
se juntaban con las constelaciones.

Y había un vasto domo diamantino,  
donde se alzaba un trono extraordinario  
sobre sereno fondo azul marino.

Hierro y piedra primero y mármol pario  
luego, y arriba mágicos metales.

Una escala subía hasta el santuario

de la divina sede. Los astrales  
esplendores, las gradas repartidas  
de tres en tres bañaban. Colosales

águilas con las alas extendidas  
se contemplaban en el centro de una  
atmósfera de luces y de vidas.

Y en una palidez de oro de luna  
una paloma blanca se cernía,  
alada perla en mística laguna.

La montaña labrada parecía  
por un majestuoso Piraneso  
babélico. En sus flancos se diría

que hubiese cincelado el bloque espeso  
el rayo; y en lo alto enorme friso  
de la luz recibía un áureo beso,

beso de luz de aurora y paraíso.  
Y yo grité en la sombra: — ¿En qué lugares  
vaga hoy el alma mía? — De improviso

surgió ante mí, ceñida de azahares  
y de rosas blanquísimas, Estela,  
la que suele surgir en mis cantares.

Y díjome con voz de filomela :  
 — No temas; es el reino de la Lira  
 de Dante, y la paloma que revuela

en la luz es Beatrice. Aquí conspira  
 todo al supremo amor y alto deseo.  
 Aquí llega el que adora y el que admira.

—¿Y aquel trono — le dije — que allá veo?  
 — Ese es el trono en que su gloria asienta,  
 ceñido el lauro, el gibelino Orfeo.

Y abajo es donde duerme la tormenta.  
 Y el lobo y el león entre lo oscuro  
 encienden su pupila, cual violenta

brasa. Y el vasto y misterioso muro  
 es piedra y hierro; luego, las arcadas  
 del medio son de mármol; de oro puro

la parte superior, donde en gloriosas  
 albas eternas se abre al infinito  
 la sacrosanta Rosa de las rosas.

— ¡Oh, bendito el Señor! — clamé —; bendito,  
 que permitió al arcángel de Florencia  
 dejar tal mundo de misterio escrito

con lengua humana y sobrehumana ciencia,  
 y crear este extraño imperio eterno  
 y ese trono radiante en su eminencia,

ante el cual abismado me prosterno.  
¡Y feliz quien al Ciclo se levanta  
por las gradas de hierro de su Infierno! —

Y ella: — Que este prodigo diga y cante  
tu voz. — Y yo: — Por el amor humano  
he llegado al divino. ¡Gloria al Dante! —

Ella, en acto de gracia, con la mano  
me mostró de las águilas los vuelos,  
y ascendió como un lirio, soberana,

hacia Beatriz, paloma de los cielos.  
Y en el azul dejaba blancas huellas,  
que eran á mí delicias y consuelos.

¡Y vi que me miraban las estrellas!

## DREAM

Se desgrana un cristal fino  
sobre el sueño de una flor;  
trina el poeta divino...  
¡Bien trinado, Ruiseñor!

Bottom oye escr cristal  
caer, y, bajo la brisa,  
se siente sentimental.  
Titania toda es sonrisa.

Shakespeare va por la floresta;  
Heine hace un «lied» de la tarde...  
Hugo acompaña la fiesta  
«chez Thérèse». Verlaine arde

en las llamas de las rosas  
alocado y sensitivo,  
y dice á las ninfas cosas  
entre un querubín y un chivo.

Aubrey Beardsley se desliza  
como un silfo zahareño.

Con carbón, nieve y ceniza  
da carne y alma al ensueño.

Nerval suspira á la luna.  
Laforgue suspira de  
males de genio y fortuna.  
Va en silencio Mallarmé.

## REVELACIÓN

En el acantilado de una roca  
que se alza sobre el mar, yo lancé un grito,  
que de viento y de sal llenó mi boca.

Á la visión azul de lo infinito,  
al poniente magnífico y sangriento,  
al rojo sol todo milagro y mito.

Y sentí que sorbia en sal y viento  
como una comunión de comuniones,  
que en mí hería sentido y pensamiento.

Vidas de palpitantes corazones,  
luz que ciencia concreta en sus entrañas  
y prodigios de las constelaciones.

Y oí la voz del dios de las montañas  
que anunciable su vuelta en el concierto  
maravilloso de sus siete cañas.

Y clamé y dijo mi palabra : «¡Es cierto;  
el gran dios de la fuerza y de la vida,  
Pan, el gran Pan de lo inmortal, no ha muerto!»

Volví la vista á la montaña erguida  
como buscando la bicine frente  
que pone sol en l'alma del panida.

Y vi la singular doble serpiente  
que, enroscada al celeste caduceo,  
pasó sobre las olas de repente

llevada por Mercurio. Y mi deseo  
tornó á Thalasa maternal la vista,  
pues todo hallo en la mar cuando la veo.

Y vi azul y topacio y amatista,  
oro y perla y argento y violeta,  
y de la hija de Electra la conquista.

Y escuché el ronco ruido de trompeta  
que del tritón el caracol derrama,  
y á la sirena, amada del poeta.

Y con la voz de quien aspira y ama,  
clamé : «¿Dónde está el dios que hace del lodo  
con el hendido pie brotar el trigo

que á la tribu ideal salva en su exodo?»  
Y oí dentro de mí : «Yo estoy contigo,  
y estoy en ti y por ti ; yo soy el Todo,»

## ECO Y YO

*A la Señora Susana Torres de Castex.*

— Eco, divina y desnuda,  
como el diamante del agua,  
mi musa estos versos fragua  
y necesita tu ayuda,  
pues sola peligros teme.

— ¡Heme!

— Tuve en momentos distantes,  
antes,  
que amar los dulces cabellos  
bellos,  
de la ilusión que primera  
era,  
en mi alcázar andaluz  
luz,  
en mi palacio de moro  
oro,  
en mi mansión dolorosa  
rosa.

Se apagó como una estrella  
ella.

Deja, pues, que me contriste.

— ¡Triste!

¡Se fué el instante oportuno!

— ¡Tuno!...

— ¿Por qué, si era yo suave  
ave,  
que sobre el haz de la tierra  
yerra  
y el reposo de la rama  
ama?

Guióme por varios senderos  
Eros,  
mas no se portó tan bien  
en  
esquivarme los risueños  
sueños,  
que hubieran dado á mi vida  
ida,  
menos crueles mordeduras  
duras.

Mas hoy el duelo aun me acosa.

— ¡Osa!

— ¡Osar, si el dolor revuela!

— ¡Vuela!

— Tu voz ya no me convence.

— vence.

— ¡La suerte errar me demanda!

— ¡Anda!

— Mas de Ilusión las simientes...

— ¡Mientes!

— ¿Y ante la desesperanza?

— Esperanza.

Y hacia el vasto porvenir  
ir.

— Tu acento es bravo, aunque seco,  
Eco.

Sigo, pues, mi rumbo, errante,  
ante  
los ojos de las rosadas  
hadas.

Gusté de Amor hidromielcs,  
mielecs;  
probé de Horacio divino,  
vino;

Entretejí en mis delirios  
lirios.

Lo fatal con sus ardientes  
dientes  
apretó mi conmovida  
vida;  
mas me libró en toda parte  
arte.

Lista está á partir mi barca,  
arca  
do va mi gala suprema.  
— Rema.

— Un blando mar se consigue.  
— Sigue.

— La aurora rosas reparte.  
— ¡Parte!

Y á la ola que te admira  
mira,  
y á la sirena que encanta  
¡canta!

## A REMY DE GOURMONT

Desde Palma de Mallorca,  
en donde Lulio nació,  
te dirijo este romance,  
¡oh, Remigio de Gourmont!  
Va lleno de sal marina  
y va caliente de sol,  
del sol que gozó Cartago  
y que á Aníbal dió calor.  
Llevan las gymnesias brisas  
algo de azahar. Y son  
para ti gratas, ilustre  
nieto de conquistador.  
Por tu sangre de Cortés  
puedes ornar tu blasón  
con signos que aquí en España  
mejorara sólo Dios.  
Y pues de Cortés blasonas,  
vaya esta salutación  
llena de frases corteses  
á tu hogar de sabidor.  
Yo te recordé por Lulio,  
á quien amas con razón,  
pues no hay para seres tales  
más que razonado amor.

De las plantas de Raimundo  
tu herbario bien sabe el don;  
si él tuvo antes don de lenguas,  
don de lenguas tienes hoy.  
Raimundo fué combativo;  
tú lo eres en lo interior;  
y si lapidado fué,  
tú mereces el honor  
de ser quemado en la hoguera  
de la Santa Inquisición.  
Aquí hay luz, vida. Hay un mar  
de cobalto aquí, y un sol  
que estimula entre las venas  
sangre de pagano amor.  
Aquí estaría Simona  
bajo un toronjero en flor,  
viendo las velas latinas  
en la azulada visión.  
Y tú tendrías la mente  
en un eco, en una voz,  
en un cangrejo, en la arena,  
ó en una constelación,

## EN UNA PRIMERA PÁGINA

Cálamo, deja aquí correr tu negra fuente  
en el pórtico en donde la Idea alza la frente  
luminosa y al templo de sus ritos penetra.  
Cálamo, pon el símbolo divino de la letra  
en gloria del vidente cuya alma está en su lira.  
Bendición al que entiende, bendición al que admira.  
De ensueño, plata ó nieve, esta es la blanca puerta.  
Entrad los que pensáis ó soñáis. Ya está abierta.

## PRELUDIO

*En «Alma América», de J. S. Chocano.*

«Hay un tropel de potros sobre la pampa inmensa.  
¿Es Pan que se incorpora? No; es un hombre que piensa.  
Es un hombre que tiene una lira en la mano:  
él viene del azul, del sol, del Oceano.  
Traq encendida en vida su palabra potente  
y concreta el decir de todo un continente...  
Tal vez es desigual... (¡El Pegaso da saltos!)  
Tal vez es tempestuoso... (¡Los Andes son tan altos!)...  
Pero hay en ese verso tan vigoroso y terso  
una sangre que apenas veréis en otro verso;  
una sangre que, cuando en la estrofa circula,  
como la luz penetra y como la onda ondula...  
Pegaso está contento, Pegaso piasa y brinca,  
porque Pegaso pace en los prados del Inca.  
Y este fuerte poeta de alma tan ardorosa  
sabe bien lo que cuentan los labios de la rosa,  
comprende las dulzuras del panal y comprende  
lo que dice la abeja del secreto del duende...  
Pero su brazo es para levantar la trompeta  
hacia donde se anuncia la aurora del Profeta;  
es hecho para dar á la virtud del viento  
la expresión del terrible clarín del pensamiento.

---

Él sabe de Amazonas, Chimborazos y Andes.  
Siempre blande su verso para las cosas grandes.  
Va como Don Quijote en ideal campaña;  
vive de amor de América y de pasión de España;  
y envuelto en armonía y en melodía y canto;  
tiene rasgos de héroe y actitudes de santo.  
¿Me permites, Chocano, que, como amigo fiel,  
te ponga en el ojal esta hoja de laurel?  
Tal dije cuando don J. Santos Chocano,  
último de los incas, se tornó castellano.

---



JUICIOS  
DE  
ALGUNOS ESCRITORES ESPAÑOLES Y SUDAMERICANOS  
ACERCA DE  
RUBÉN DARÍO

I

«Todo libro que desde América llega á mis manos, excita mi interés y despierta mi curiosidad; pero ninguno hasta hoy la ha despertado tan viva como el de usted, no bien comencé á leerle.

Confieso que al principio, á pesar de la amable dedicatoria con que usted me envía un ejemplar, miré el libro con indiferencia..., casi con desvío. El título *Azul...* tuvo la culpa.

Víctor Hugo dice: *L'art, c'est l'azur*; pero yo no me conformo ni me resigno con que tal dicho sea muy profundo y hermoso. Para mí tanto vale decir que el Arte es lo azul, como decir que es lo verde, lo amarillo ó lo rojo. ¿Por qué, en este caso, lo azul (aunque en francés no sea *bleu*, sino *azur*, que es más poético) ha de ser cifra, símbolo y superior predicamento que abarque lo ideal, lo etéreo, lo infinito, la serenidad del cielo sin nubes, la luz difusa, la amplitud vaga y sin límites, donde nacen, viven, brillan y se mueven los astros? Pero aunque todo esto y más surja del fondo de nues-

tro ser y aparezca á los ojos del espíritu, evocado por la palabra *azul*, ¿qué novedad hay en decir que el Arte es todo esto? Lo mismo es decir que el Arte es imitación de la Naturaleza, como lo definió Aristóteles: la percepción de todo lo existente y de todo lo posible, y su reaparición ó representación por el hombre, en signos, letras, sonidos, colores ó líneas. En suma: yo, por más vueltas que le doy, no veo en eso de que *el Arte es lo azul* sino una frase ensática y vacía.

Sea, no obstante, el Arte *azul* ó del color que se quiera. Como sea bueno, el color es lo que menos importa. Lo que á mí me dió mala espina fué la frase de Víctor Hugo, y el que usted hubiese dado por título á su libro la palabra fundamental de la frase. ¿Si será éste, me dije, uno de tantos y tantos como por todas partes, y sobre todo en Portugal y en la América española, han sido inficionados por Victor Hugo? La manía de imitarle ha hecho verdaderos estragos, porque la atrevida juventud exagera sus defectos, y porque eso que se llama *genio*, y que hace que los defectos se perdonen y tal vez se aplaudan, no se imita cuando no se tiene. En resolución, yo sospeché que era usted un Víctor Huguito y estuve más de una semana sin leer el libro de usted.

No bien le he leído, he formado muy diferente concepto. Usted es usted: con gran fondo de originalidad y de originalidad muy extraña. Si el libro, impreso en Valparaíso este año de 1888, no estuviera en muy buen castellano, lo mismo pudiera ser de un autor francés que de un italiano, que de un turco ó de un griego. El libro está impregnado de espíritu cosmopolita. Hasta el nombre y apellido del autor, verdaderos ó contrahechos y fingidos, hacen que el cosmopolitismo resalte más. Rubén es judaico, y persa es Darío; de suerte que por los nombres no parece sino que usted quiere ser ó es de todos los países, castas y tribus.

El libro *Azul...* no es en realidad un libro; es un folleto de

132 páginas; pero tan lleno de cosas y escrito por estilo tan conciso, que da no poco en qué pensar y tiene bastante que leer. Desde luego se conoce que el autor es muy joven; que no puede tener más de veinticinco años, pero que los ha aprovechado maravillosamente. Ha aprendido muchísimo, y en todo lo que sabe y expresa, muestra singular talento artístico ó poético.

Sabe con amor la antigua literatura griega; sabe de todo lo moderno europeo. Se entrevé, aunque no hace gala de ello, que tiene el concepto cabal del mundo visible y del espíritu humano, tal como este concepto ha venido á formarse por el conjunto de observaciones, experiencias, hipótesis y teorías más recientes. Y se entrevé también que todo esto ha penetrado en la mente del autor, no diré exclusivamente, pero sí principalmente, á través de libros franceses. Es más: en los perfiles, en los refinamientos, en las exquisitezces del pensar y del sentir del autor, hay tanto de francés, que yo forjé una historia á mi antojo para explicármela. Supuse que el autor, nacido en Nicaragua, había ido á París á estudiar para médico ó para ingeniero, ó para otra profesión; que en París había vivido seis ó siete años con artistas, literatos, sabios y mujeres alegres de por allá; y que mucho de lo que sabe lo había aprendido de viva voz y empíricamente, con el trato y roce de aquellas personas. Imposible me parecía que de tal manera se hubiese impregnado el autor del espíritu parisien novísimo sin haber vivido en París durante años.

Extraordinaria ha sido mi sorpresa cuando he sabido que usted, según me aseguran sujetos bien informados, no ha salido de Nicaragua sino para ir á Chile, en donde reside desde hace dos años á lo más. ¿Cómo, sin el influjo del medio ambiente, ha podido usted asimilarse todos los elementos del espíritu francés, si bien conservando española la forma

que auna y organiza estos elementos, convirtiéndolos en substancia propia?

Yo no creo que se ha dado jamás caso parecido con ningún español peninsular. Todos tenemos un fondo de españolismo que nadie nos arranca ni á veinticinco tirones. En el famoso abate Marchena, con haber residido tanto tiempo en Francia, se ve el español; en Cienfuegos es postizo el sentimentalismo empalagoso á lo Rousseau, y el español está por bajo. Burgos y Reinoso son afrancesados y no franceses. La cultura de Francia, buena ó mala, no pasa nunca de la superficie. No es más que un barniz transparente, detrás del cual se descubre la condición española.

Ninguno de los hombres de letras de la Península que he conocido yo con más espíritu cosmopolita, y que más largo tiempo han residido en Francia, y que han hablado mejor el francés y otras lenguas extranjeras, me ha parecido nunca tan compenetrado del espíritu de Francia como usted me parece: ni Galiano, ni D. Eugenio de Ochoa, ni Miguel de los Santos Alvarez. En Galiano había como una mezcla de anglicismo y de filosofismo francés del siglo pasado; pero todo sobrepuerto y no combinado con el ser de su espíritu, que era castizo. Ochoa era y siguió siendo siempre archi y ultraespañol, á pesar de sus entusiasmos por las cosas de Francia. Y en Alvarez, en cuya mente bullen las ideas de nuestro siglo, y que ha vivido años en París, está arraigado el ser del hombre de Castilla, y en su prosa recuerda el lector á Cervantes y á Quevedo, y en sus versos á Garcilaso y á León, aunque así en versos como en prosa emita él siempre ideas más propias de nuestro siglo que de los que pasaron. Su chiste no es el *esprit* francés, sino el humor español de las novelas pícaras y de los autores cómicos de nuestra peculiar literatura.

Veo, pues, que no hay autor en castellano más francés

que usted. Y lo digo para afirmar un hecho sin elogio y sin censura. En todo caso, más bien lo digo como elogio. Yo no quiero que los autores no tengan carácter nacional; pero yo no puedo exigir de usted que sea nicaragüense, porque ni hay ni puede haber aún historia literaria, escuela y tradiciones literarias en Nicaragua. Ni puedo exigir de usted que sea literariamente español, pues ya no lo es políticamente, y está además separado de la Madre Patria por el Atlántico, y más lejos, en la República donde ha nacido, de la influencia española que en otras Repúblicas hispano-americanas. Estando así disculpado el galicismo de la mente, es fuerza dar á usted alabanzas á manos llenas por lo perfecto y profundo de ese galicismo; porque el lenguaje persiste español, legítimo y de buena ley, y porque si no tiene usted carácter nacional, posee carácter individual.

En mi sentir, hay en usted una poderosa individualidad de escritor ya bien marcada, y que, si Dios da á usted la salud que yo le deseo y larga vida, ha de desenvolverse y señalarse más con el tiempo en obras que sean gloria de las letras hispano-americanas.

Leídas las 132 páginas de *Azul...*, lo primero que se nota es que está usted saturado de toda la más flamante literatura francesa: Hugo, Lamartine, Musset, Baudelaire, Leconte de Lisle, Gautier, Bourget, Sully-Prudhomme, Daudet, Zola, Barbey d'Aurevilly, Catulle Mendes, Rollinat, Goncourt, Flaubert y todos los demás poetas y novelistas han sido por usted bien estudiados y mejor comprendidos. Y usted no imita á ninguno: ni es usted romántico ni naturalista, ni *neurótico*, ni decadente, ni simbólico, ni parnasiano. Usted lo ha revuelto todo: lo ha puesto á cocer en el alambique de su cerebro, y ha sacado de ello una rara quintaesencia.

Resulta de aquí un autor nicaragüense que jamás salió de

Nicaragua sino para ir á Chile, y que es autor tan á la moda de París y con tanto *chic* y distinción, que se adelanta á la moda y pudiera modificarla é imponerla.

En el libro hay *Cuentos en prosa* y seis composiciones en verso. En los cuentos y en las poesías todo está cincelado, burilado, hecho para que dure, con primor y esmero, como pudiera haberlo hecho Flaubert ó el parnasiano más atildado. Y, sin embargo, no se nota el esfuerzo, ni el trabajo de la lima, ni la fatiga del rebuscar: todo parece espontáneo y fácil y escrito al correr de la pluma, sin mengua de la concisión, de la precisión y de la extremada elegancia. Hasta las rarezas extravagantes y salidas de tono, que á mí me chocan, pero que acaso agraden en general, están hechas adrede. Todo en el librito 'está meditado y criticado por el autor, sin que su crítica previa ó simultánea de la creación perjudique al brío apasionado y á la inspiración del que crea.

Si se me preguntase qué enseña su libro de usted y de qué trata, respondería yo sin vacilar: No enseña nada, y trata de nada y de todo. Es obra de artista, obra de pasatiempo, de mera imaginación. ¿Qué enseña ó de qué trata un dije, un camefeo, un esmalte, una pintura ó una linda copa esculpida?

Hay, sin embargo, notable diferencia en toda escultura, pintura, dibujo y hasta música, y cualquier objeto de arte cuyo *material* es la palabra. El mármol, el bronce y el sonido, no diré yo que utilizando mucho no puedan significar algo de por sí; pero la palabra no sólo puede significar, sino que forzosamente significa ideas, sentimientos, creencias, doctrinas y todo el sentimiento humano. Nada más factible, á mi ver (acaso porque soy poco agudo), que una bella estatua, un lindo dibujo, un cuadro primoroso, sin transcendencia ó sin símbolo; pero ¿cómo escribir un cuento ó unas co-

plas sin que deje ver el autor lo que niega, lo que afirma, lo que piensa y lo que siente? El pensamiento en todas las artes pasa con la forma desde la mente del artista á la substancia ó materia del Arte; pero en el arte de la palabra, además del pensamiento que posee el Arte en la forma, la substancia ó materia del artista es pensamiento también y pensamiento de artista. La única materia extraña al artista es el Diccionario, con las reglas gramaticales que siguen las voces en su combinación; pero como ni palabras ni combinaciones de palabras pueden darse sin sentido, de aquí que materia y forma sean en poesía y en prosa creación del escritor ó del poeta: sólo quedan fuera de él, digámoslo así, los signos huecos, ó sea abstrayendo lo significado.

De esta suerte se explica cómo, con ser su libro de usted de pasatiempo, y sin propósito de enseñar nada, en él se ven patentes las tendencias y los pensamientos del autor sobre las cuestiones más trascendentales. Y justo es que confesemos que los dichos pensamientos no son ni muy edificantes ni muy consoladores.

La ciencia de experiencia y de observación ha clasificado cuanto hay, y ha hecho de ello hábil inventario. La crítica histórica, la lingüística y el estudio de las capas que forman la corteza del globo han descubierto bastante de los pasados hechos humanos que antes se ignoraban: de los astros que brillan en la extensión del éter se sabe muchísimo; el mundo de lo imperceptiblemente pequeño se nos ha revelado merced al microscopio; hemos averiguado cuántos ojos tiene tal insecto y cuántas patitas tiene tal otro; sabemos ya de qué elementos se componen los tejidos orgánicos, la sangre de los animales y el jugo de los plantas; nos hemos aprovechado de agentes que antes se substraían al poder humano, como la electricidad; y gracias á la estadística, llevamos minuciosa cuenta de cuánto se engendra y de cuánto se devo-

ra; y si ya no se sabe, es de esperar que pronto se sepa la cifra exacta de los panecillos, del vino y de la carne que se come y se bebe la humanidad de diario.

No es menester acudir á sabios profundos; cualquiera sabio adocenado y mediancjo de nuestra edad conoce hoy, clasifica y ordena los fenómenos que hieren los sentidos corporales, auxiliados estos sentidos por instrumentos poderosos que aumentan su capacidad de percepción. Además se han descubierto, á fuerza de paciencia y de agudeza y por virtud de la Dialéctica y de las Matemáticas, gran número de leyes que dichos fenómenos siguen.

Natural es que el linaje humano se haya ensorberbecido con tamaños descubrimientos é invenciones; pero no sólo en torno y fuera de la esfera de lo conocido y circunscribiéndola, sino también llenándola en lo esencial y substancial, queda un infinito inexplorado, una densa é impenetrable obscuridad, que parece más tenebrosa por la misma contraposición de la luz con que ha bañado la ciencia la pequeña suma de cosas que conoce. Antes, ya las religiones con sus dogmas, que aceptaba la fe, ya la especulación metafísica con la gigante máquina de sus brillantes sistemas, encubrían esa inmensidad incognoscible, ó la explicaban y la daban á conocer á su modo. Hoy priva el empeño de que no haya ni Metafísica ni religión. El abismo de lo incognoscible queda así descubierto y abierto, y nos atrae y nos da vértigo, y nos comunica el impulso, á veces irresistible, de arrojarnos en él.

La situación, no obstante, no es incómoda para la gente sensata de cierta ilustración y fuste. Prescinden de lo transcendente y de lo sobrenatural para no calentarse la cabeza ni perder el tiempo en balde. Esta inclinación les quita no pocas aprensiones y cierto miedo, aunque á veces les infunde otro miedo y sobresalto fastidiosos. ¿Cómo contener á la

plebe, á los menesterosos, hambrientos é ignorantes, sin ese freno que ellos han desechado con tanto placer? Fuera de este miedo que experimentan algunos sensatos, en todo lo demás no ven sino motivos de satisfacción y parabienes.

Los insensatos, en cambio, no se aquietan con el goce del mundo, hermoseado por la industria é inventiva humanas, ni con lo que se sabe, ni con lo que se fabrica, y anhelan averiguar y gozar más.

El conjunto de los seres, el Universo, todo cuanto alcanzan á percibir la vista y el oído, ha sido, como idea, coordinado metódicamente en una anaquelería ó casillero para que se comprenda mejor; pero ni este orden científico, ni el orden natural, tal como los insensatos le ven, les satisface. La molicie y el regalo de la vida moderna los han hecho muy descontentadizos.

Y así, ni del mundo tal como es, ni del mundo tal como le concebimos, se forma idea muy aventajada. Se ven en todo faltas, y no se dice lo que dicen que dijo Dios: *Que todo era bueno*. La gente se lanza con más frecuencia que nunca á decir que todo es malo; y en vez de atribuir la obra á un artífice inteligentísimo y supremo, la supone obra de un prurito inconsciente de fabricar cosas que hay *ab eterno* en los átomos, los cuales tampoco se sabe á punto fijo lo que sean.

Los dos resultados principales de todo ello en la literatura de última moda, son:

1.º Que se suprima á Dios ó que no se le miente sino para insolentarse con él, ya con reniegos y maldiciones, ya con burlas y sarcasmos.

Y 2.º Que en ese infinito tenebroso é incognoscible perciba la imaginación, así como en el éter, nebulosas ó seílleros de astros, fragmentos y escombros de religiones muertas, con los cuales procura formar algo como ensayo de nuevas creencias y de renovadas mitologías.

Estos dos rasgos van impresos en su librito de usted. El pesimismo, como remate de toda descripción de lo que conocemos, y la poderosa y lozana producción de seres fantásticos, evocados ó sacados de las tinieblas de lo incognoscible, donde vagan las ruinas de las destrozadas creencias y supersticiones vetustas.

Ahora será bien que cite muestras y pruebe que hay en su libro de usted, con notable elegancia, todo lo que afirmo; pero esto requiere segunda carta.

## II

En la cubierta del libro que me ha enviado usted veo que ha publicado usted ya, ó anuncia la publicación de otros varios, cuyos títulos son: *Epístolas y poemas*, *Rimas*, *Abrojos*, *Estudios críticos*, *Álbumes y abanicos*, *Mis conocidos* y *Dos años en Chile*. Anuncia también dicha cubierta que prepara usted una novela, cuyo sólo título nos da en las narices del alma (pues si hay ojos del alma ó tiene el alma ojos, bien puede tener narices) con un tufillo á pornografía. La novela se titula: *La carne*.

Nada de esto, con todo, me sirve hoy para juzgar á usted, pues yo nada de esto conozco. Tengo que contraerme al libro *Azul...*

En este libro no sé qué debo preferir, si la prosa ó los versos. Casi me inclino á ver mérito igual en ambos modos de expresión del pensamiento de usted. En la prosa hay más riqueza de ideas; pero es más afrancesada la forma. En los versos la forma es más castiza. Los versos de usted se parecen á los versos españoles de otros autores, y no por eso dejan de ser originales; no recuerdan á ningún poeta español, ni antiguo, ni de nuestros días.

El sentimiento de la Naturaleza raya en usted en adoración panteísta. Hay en las cuatro composiciones (*d*, ó más bien *en* las cuatro estaciones del año) la más gentilica exuberancia de amor sensual, y en este amor, algo de religioso.

Cada composición parece un himno sagrado á Eros, himno que, á veces, en la mayor explosión de entusiasmo, el pesimismo viene á turbar con la disonancia, ya de un ay de dolor, ya de una carcajada sarcástica. Aquel sabor amargo que brota del centro mismo de todo deleite y tan bien expresó el ateo Lucrecio,

*... medio de frute leporum  
Surgit amari aliquid, quod in ipsis floribus angat,*

acude á menudo á interrumpir lo que usted llama

«la música triunfante de mis rimas.»

Pero como en usted hay de todo, noto en los versos, además del ansia del deleite, y además de la amargura de que habla Lucrecio, la sed de lo eterno, esa aspiración profunda é insaciable de las edades cristianas, que el poeta pagano quizá no hubiera comprendido.

Usted pide siempre al hada, y...

«El hada entonces me llevó hasta el velo  
que nos cubre las ansias infinitas,  
la inspiración profunda  
y el alma de las liras.  
Y lo rasgó. Y allí todo era aurora.»

Pero aun así no se satisface el poeta, y pide más al hada.

Tiene usted otra composición, la que lleva por título la palabra *Anagke*, donde el cántico de amor acaba en un infor-

tunio y en una blasfemia. Suprimiendo la blasfemia final, que es burla contra Dios, voy á poner aquí el cántico casi completo:

«Y dijo la paloma:  
 — Yo soy feliz. Bajo el inmenso cielo,  
 en el árbol en flor, junto á la poma  
 llena de miel; junto al retoño suave  
 y húmedo por las gotas de rocío,  
 tengo mi hogar. Y vuelo,  
 con mis anhelos de ave,  
 del amado árbol mío  
 hasta el bosque lejano,  
 cuando al himno jocundo  
 del despertar de Oriente,  
 sale el alba desnuda, y muestra al mundo  
 el pudor de la luz sobre su frente.  
 Mi ala es blanca y sedosa;  
 la luz la dora y baña  
 y céfiro la peina.  
 Son mis pies como pétalos de rosa.  
 Yo soy la dulce reina  
 que arrulla á su palomo en la montaña.  
 En el fondo del bosque pintoresco  
 está el alerce en que formé mi nido,  
 y tengo allí bajo el follaje fresco  
 un polluelo sin par, recién nacido.  
 Soy la promesa alada,  
 el juramento vivo;  
 soy quien lleva el recuerdo de la amada  
 para el enamorado pensativo;  
 yo soy la mensajera  
 de los tristes y ardientes soñadores,  
 que va á revolotear diciendo amores  
 junto á una perfumada cabellera.  
 Soy el lirio del viento.  
 Bajo el azul del hondo firmamento

muestro de mi tesoro bello y rico  
las preseas y galas;  
el arrullo en el pico,  
la caricia en las alas.

Yo despierto á los pájaros parleros  
y entonan sus melódicos cantares:  
me poso en las floridos limoneros  
y derramo una lluvia de azahares.

Yo soy toda inocente, toda pura.  
Yo me esponjo en las ansias del deseo.  
Y me estremezco en la íntima ternura  
de un roce, de un rumor, de un aleteo.

¡Oh inmenso azul! Yo te amo. Porque á Flora  
das la lluvia y el sol siempre encendido;  
porque siendo el palacio de la aurora,  
también eres el techo de mi nido.

¡Oh inmenso azul! Yo adoro  
tus celajes risueños,  
y esa niebla sutil de polvo de oro  
donde van los perfumes y los sueños.

Amo los velos tenues, vagorosos,  
de las flotantes brumas,  
donde tiendo á los aires cariñosos  
el sedeño abanico de mis plumas.

¡Soy feliz!, porque es mía la floresta  
donde el misterio de los nidos se halla;  
porque el alba es mi fiesta  
y el amor mi ejercicio y mi batalla.

Feliz, porque de dulces ansias llena,  
calentar mis polluelos es mi orgullo;  
porque en las selvas vírgenes resuena  
la música celeste de mi arrullo;

porque no hay una rosa que no me ame,  
ni pájaro gentil que no me escuche,  
ni garrido cantor que no me llame!...

—{Sí?— dijo entonce un gavilán infame,  
y con furor se la metió en el buche,»

Suprimo, como dije ya, los versos que siguen, y que no pasan de ocho, donde se habla de la risa que le dió á Satanás de resultas del lance, y de lo pensativo que se quedó el Señor en su trono.

Entre las cuatro composiciones en las estaciones del año, todas bellas y raras, sobresale la del verano. Es un cuadro simbólico de los dos polos sobre los que rueda el eje de la vida: el amor y la lucha; el prurito de destrucción y el de reproducción. La tigre virgen en celo está magistralmente pintada, y mejor aún acaso el tigre galán y robusto que llega y la enamora:

«Al caminar se via  
su cuerpo ondear con garbo y bizarria.  
Se miraban los músculos hinchados  
debajo de la piel. Y se diría  
ser aquella alimaña  
un rudo gladiador de la montaña.

Los pelos erizados  
del labio relamía. Cuando andaba,  
con su peso chafaba  
la hierba verde y muelle,  
y el ruido de su aliento semejaba  
el resollar de un fuelle.»

Síguense la declaración de amor, el *sí* en lenguaje de tigres, y los primeros halagos y caricias. Después, el amor en su plenitud sin los poco decentes pormenores en que entran Rollinat y otros en casos semejantes.

«Después el misterioso  
tacto, las impulsivas  
fuerzas que arrastran con poder pasmoso,  
y ¡oh gran Pan!, el idilio monstruoso  
bajo las vastas selvas primitivas.»

El príncipe de Gales, que andaba de caza por allí con gran séquito de monteros y jauría de perros, viene á poner trágico fin al idilio.

El príncipe mata á la tigre de un escopetazo. El tigre se salva, y luego en su gruta tiene un extraño sueño:

«Que enterraba las garras y los dientes  
en vientres sonrosados  
y pechos de mujer; y que engullía  
por postres delicados  
de comidas y cenas,  
como tigre goloso entre golosos,  
unas cuantas docenas  
de niños tiernos, rubios y sabrosos.»

No parece sino que, en sentir del poeta, tendría menos culpa el tigre, aunque fuese sér responsable, devorando mujeres y niños, que el príncipe matando tigres. El afecto del poeta se extiende casi por igual sobre tigres y sobre príncipes, á quienes un determinismo fatal mueve á matarse *recíprocamente*, como el ratón y el gato de la fábula de Alvarez.

Los cuentos en prosa son más singulares aún. Parecen escritos en París, y no en Nicaragua ni en Chile. Todos son brevísimos. Usted hace gala de laconismo. *La Ninfa* es quizá el que más me gusta. La cena en la quinta de la cortesana está bien descrita. El discurso del sabio prepara el ánimo del lector. Los límites, que tal vez no existan, pero que todos imaginamos, trazamos y ponemos entre lo natural y lo sobrenatural, se esfuman y desaparecen. San Antonio vió en el yermo un hipocentauro y un sátiro. Alberto Magno habla también de sátiro que hubo en su tiempo. ¿Por qué ha de ser esto falso? ¿Por qué no ha de haber sátiro, faunos y ninfas? La cortesana anhela ver un sátiro vivo; el poeta, una ninfa. La aparición de la ninfa desnuda al poeta en el

parque de la quinta, á la mañana siguiente, en la umbría apartada y silenciosa, entre los blancos cisnes del estanque, está pintada con tal arte que parece verdad.

La ninfa huye y queda burlado el poeta; pero en el almuerzo, dice luego la cortesana:

«— El poeta ha visto ninfas.»

«Todos la contemplaron asombrados, y ella me miraba como una gata y se reía, se reía como una chicuela á quien se le hiciesen cosquillas.»

*El velo de la reina Mab* es precioso. Empieza así: «La reina Mab, en su carro hecho de una sola perla, tirado de cuatro coleópteros de petos dorados y alas de pedrería, caminando sobre un rayo de sol, se coló un día por la ventana de una boardilla, donde estaban cuatro hombres flacos, barbudos é impertinentes lamentándose como unos desdichados.»

Eran un pintor, un escultor, un músico y un poeta. Cada cual hace su lastimoso discurso, exponiendo aspiraciones y desengaños. Todos terminan en la desesperación.

«Entonces la reina Mab, del fondo de su carro, hecho de una sola perla, tomó un velo azul, casi impalpable, como formado de suspiros ó de miradas de ángeles rubios y pensativos. Y aquel velo era el velo de los sueños, de los dulces sueños que hacen ver la vida de color de rosa. Y con él envolvió á los cuatro hombres flacos, barbudos é impertinentes. Los cuales cesaron de estar tristes, porque penetró en ellos la esperanza, y en su cabeza el sol alegre, con el diabillito de la vanidad, que consuela en sus profundas decepciones á los pobres artistas.»

Hay en el libro otros varios cuentos, delicados y graciosos, donde se notan las mismas cualidades. Todos estos cuentos parecen escritos en París.

Voy á terminar hablando de los dos más transcendental-

les: *El rubí* y *La canción del oro*. El químico Fremy ha descubierto, ó se jacta de haber descubierto, la manera de hacer rubíes. Uno de los gnomos roba uno de estos rubíes artificiales del medallón que pende del cuello de cierta cortesana y lo lleva á la extensa y profunda caverna donde los gnomos se reunen en conciliáculo. Las fuerzas vivas y creadoras de la Naturaleza, la infatigable inexhausta fecundidad del alma tierra están simbolizadas en aquellos activos y poderosos enanillos que se burlan del sabio y demuestran la falsedad de su obra. «La piedra es falsa, dicen todos, obra de hombre, ó de sabio, que es peor.»

Luego cuenta el gномo más viejo la creación del verdadero primer rubí. Es un hermoso mito, que redonda en alabanza de Amor y de la madre Tierra, «de cuyo vientre moreno brota la savia de los troncos robustos, y el oro y el agua diamantina y la casta flor de lis: lo puro, lo fuerte, lo infalsificable. Y los gnomos tejen una danza frenética y celebran una orgía sagrada, ensalzando á la mujer, de quien suelen enamorarse, porque es espíritu de carne: toda amor».

*La canción del oro* sería el mejor de los cuentos de usted si fuera cuento, y sería el más elocuente de todos si no emplease en él demasiado una *ficelle*, de que se usa y de que se abusa muchísimo en el día.

En la calle de los palacios, donde todo es esplendor y opulencia, donde se ven llegar á sus moradas, de vuelta de festines y bailes, á las hermosas mujeres y á los hombres ricos, hay un mendigo extraño, hambriento, tiritando de frío, mal cubierto de harapos. Este mendigo tira un mordisco á un pequeño pedazo de pan bazo: se inspira y canta la canción del oro.

Todo el sarcasmo, todo el furor, toda la codicia, todo el amor desdeñado, todos los amargos celos, toda la envidia

que el oro engendra en los corazones de los hambrientos, de los menesterosos y de los descamisados y perdidos están expresados en aquel himno en prosa.

Por esto afirmo que sería admirable la canción del oro si se viese menos la *ficelle*: el método ó traza de la composición, que tanto siguen ahora los prosistas, los poetas y los oradores.

El método es crear algo por superposición ó aglutinación, y no por organismo.

El símil es la base de este método. Sencillo es no mentar nada sin símil; todo es como algo. Luego se ha visto que salen de esta manera muchísimos *cosmos*, y en vez de los *cosmos* se han empleado los *eses* y las *esas*. Ejemplo: la tierra, esa madre fecunda de todos los vivientes; el aire, ese manto azul que envuelve el seno de la tierra, y cuyos flecos son las nubes; el cielo, ese campo sin límites por donde giran las estrellas, etc. De este modo es fácil llenar mucho papel. Á veces los *eses* y las *esas* se suprimen, aunque es menos enfático y menos francés, y sólo se dice el pájaro, flor del aire; la luna, lámpara nocturna, hostia que se eleva en el templo del espacio, etc.

Y por último, para dar al discurso más animación y movimiento, se ha discurrido hacer enumeración de todo aquello que se semeja en algo al objeto de que queremos hablar. Y terminada la enumeración, ó cansado el autor de enumerar, pues no hay otra razón para que termine, dice: Eso soy yo; eso es la poesía; eso es la crítica; eso es la mujer, etc. Puede también el autor, para prestar mayor variedad y complicación á su obra, decir lo que no es el objeto que describe antes de decir lo que es. Y puede decir lo que no es como quien pregunta. Fórmula: ¿Será esto, será aquello, será lo de más allá? No; no es nada de eso. Luego... la retahila de cosas que se ocurran. Y por remate: eso es.

Este género de retórica es natural y todos le empleamos. No se critica aquí el uso, sino el abuso. En el abuso hay algo parecido al juego infantil de apurar una letra. «Ha venido un barco cargado de...» Y se va diciendo (si, verbi-gracia, la letra es b) de baños, de buzos, de bolos, de berros, de bromas...

Las composiciones escritas según este método retórico tienen la ventaja de que se pueden acortar y alargar *ad libitum*, y de que se pueden leer al revés lo mismo que al derecho, sin que apenas varíe el sentido.

En mis peregrinaciones por países extranjeros, y harto lejos de aquí, conocí yo y traté á una señora muy entendida, cuyo marido era poeta; y ella había descubierto en los versos de su marido que todos se leían y hacían sentido empezando por el último verso y acabando por el primero. Querían decir algunos maldicientes que ella había hecho el descubrimiento para burlarse de los versos de la cosecha de casa; pero yo siempre tuve por seguro que ella, cegada por el amor conyugal, ponía en este sentido indestructible, léanse las composiciones como quiera que se lean, un primor raro que realzaba el mérito de ellas.

Me ha corroborado en esta opinión un reciente escrito de D. Adolfo de Castro, quien descubre y aplaude en algunos versos de Santa Teresa, casi como don celeste ó gracia divina, esa prenda de que se lean al revés y al derecho, resultando idéntico sentido.

La verdad del caso, considerado y ponderado todo con imparcial circunspección, es que tal modo retórico es ridículo cuando se toma por muletilla ó sirve de pauta para escribir; pero si es espontáneo, está muy bien: es el lenguaje propio de la pasión.

Figurémonos á una madre, joven, linda y apasionada, con un niño rubito y gordito y sonrosado, de dos años, que está

en sus brazos. Mientras ella le brinca y él le sonríe, ella le dirá natural y sencillamente interminable lista de nombres, de objetos, algunos de ellos disparatados. Le llamará ángel, diablillo, mono, gatito, chuchumeco, corazón, alma, vida, hechizo, regalo, rey, príncipe y mil cosas más. Y todo estará bien, y nos parecerá encantador, sea el que sea el orden en que se ponga. Pues lo mismo puede ser toda composición, en prosa ó verso, por el estilo, con tal que no sea buscado ni frecuente este modo de componer.

El modelo más egregio del género, el ejemplar arquetipo, es la letanía. La Virgen es puerta del cielo, estrella de la mañana, torre de David, arca de la alianza, casa de oro y mil cosas más, en el orden que se nos antoje decir las.

*La canción del oro* es así: es una letanía; sólo que es infernal en vez de ser célica. Es por el gusto de la letanía que Baudelaire compuso al demonio; pero conviniendo ya en que *La canción del oro* es letanía, y letanía infernal, yo me complazco en sostener que es de las más poéticas, ricas y energicas que he leído. Aquello es un diluvio de imágenes, un desfilar tumultuoso de cuanto hay, para que encomie el oro y predique sus excelencias.

Citar algo es destruir el efecto que está en la abundancia de cosas que en desorden se citan y acuden á cantar el oro, «misterioso y callado en las entrañas de la tierra, y bullicioso cuando brota á pleno sol y á toda vida; sonante como coro de tímpanos, feto de astros, residuo de luz, encarnación de éter: hecho de sol, se enamora de la noche, y al darle el último beso, riega su túnica con estrellas como con gran muchedumbre de libras esterlinas. Despreciado por Jerónimo, arrojado por Antonio, vilipendiado por Macario, humillado por Hilarión, es carne de ídolo, dios becerro, tela de que Fidias hace el traje de Minerva. De él son las cuerdas de la lira, las cabelleras de las más tiernas amadas, los

granos de la espiga y el peplo que al levantarse viste la olímpica aurora».

Me había propuesto no citar nada, y he citado algo, aunque poco. La composición es una letanía inorgánica, y, sin embargo, ni la ironía, ni el amor y el odio, ni el deseo y el desprecio simultáneos, que el oro inspira al poeta en la inopia (achaque crónico y epidémico de los poetas), resaltan bien sino de la plenitud de cosas que dice del oro, y que se suprimen aquí por amor á la brevedad.

En resolución, su librito de usted, titulado *Azul...*, nos revela en usted á un prosista y á un poeta de talento.

Con el *galicismo mental* de usted no he sido sólo indulgente, sino que le he aplaudido por lo perfecto. Con todo, yo aplaudiría muchísimo más si con esa ilustración francesa que en usted hay se combinase la inglesa, la alemana, la italiana, y ¿por qué no la española también? Al cabo, el árbol de nuestra ciencia no ha envejecido tanto que aun no pueda prestar jugo, ni sus ramas son tan cortas ni están tan secas que no puedan retoñar como mugrones del otro lado del Atlántico. De todos modos, con la superior riqueza y con la mayor variedad de elementos, saldría de su cerebro de usted algo menos exclusivo y con más altos, puros y serenos ideales; algo más *azul* que el azul de su libro de usted; algo que tirase menos á lo *verde* y á lo *negro*. Y por cima de todo, se mostrarían más claras y más marcadas la originalidad de usted y su individualidad de escritor.»

JUAN VALERA.

(De la Real Academia Española.)

(Prólogo de la edición de *Azul*, publicada por *La Nación*, de Buenos Aires.)

\* \* \*

«Las emociones intelectuales, he dicho, son las emociones contemporáneas. Á mi entender la potencia *emotiva* del corazón se va substituyendo en nuestros días por el poder emocional del intelecto, y el Arte, no sé si maestra ó cortesana del espíritu, acomodándose á esta evolución, produce frutos de sabor nuevo, obras con sal de sabiduría. De sabiduría, porque para mover el alma contemporánea á emoción de arte es preciso que la obra sea perfecta: ya la inconsciencia, por muy genial que pretenda ser, ha perdido su virtud milagrera en todos los órdenes de la actividad; contemporáneamente es harto difícil lograrse una de aquellas centelleantes famas, características del siglo pasado, con un discurso, con una estrofa, con una escena; las colectividades que constituyen el público van adquiriendo lentamente cierto don de crítica y una delicadeza de gusto que se deleita en el nuevo ejercicio del saborco intelectual; y esto va matando á la improvisación flamante y lírica, ya que el mismo genio necesita ciencia, y la inspiración trabajo reflexivo para realizar su obra. ¿Son por esta razón menos bellas las obras de arte? No lo son, pero tienen distinto matiz de belleza. Busca el espíritu la perfección y da con ella, y entonces surge una nueva voluptuosidad, antaño sólo conocida de místicos y filósofos: la voluptuosidad del intelecto en presencia del fin adecuado, del filósofo en presencia de la verdad, del místico ante la esencia divina. Intelecto y perfección están frente á frente, y el intelecto contemplando aquella maravilla que es su fin, que es su alimento adecuado, que es su atmósfera propia, ansía confundirse con ella, y como no lo logra en absoluto por falta de medios, expe-

rimenta un goce inquieto, sutil y atormentado, que es esta voluptuosidad nueva; y grita interiormente, y solloza, y aspira, y dice: *Me faltan sentidos para saborear.* A los indiferentes, a los no iniciados, este tormento sabroso é íntimo acaso les parece áspero y triste, como ásperos y tristes los caminos del amor de Dios a los que no aman, y acaso de esto procede la tristeza de que se tacha al arte contemporáneo; pienso yo que esta tristeza de que nos acusan acaso es sencillamente poder de reflexión, silencio poblado de voces interiores, intimidad del alma consigo misma, como un misticismo que hallase dentro del propio espíritu divinidad, altar y adorador. ¿Egoísmo? ¿Monstruosidad? No, no; porque el hombre interior es el único capaz de las grandes acciones exteriores y de los altruismos fecundos; es el que sabe hacer y llegar con mano segura a socorrer las necesidades ajenas; el gran comprendedor es el único que puede ser maestro, o guía, o consolador, o deleitador eficaz; las compasiones ignorantes, las abnegaciones irreflexivas, los entusiasmos impulsivos, pueden ser nobles, pero son estériles, porque casi siempre pecan de inadecuados. Despues de Rodó, ¿quién puede hablar del valor potencial de la palabra oportuna? Y de la obra oportuna, ¿quién dirá cuanto debe decirse? El arte literario es palabra y es obra; ha de darse, pues, oportunamente, esto es, conscientemente; la santa Poesía ha de ser además sabia Poesía, para ser poesía perfecta y belleza impecable. Rubén Darío es maestro en esta sabiduría maravillosa: actualmente, el gran maestro de la belleza dicha en verso español. ¿Dicha? ¿Por qué no cincelada? No; tan noble es decir como cincelar. ¿Acaso no es más alto el linaje de las bellas palabras que el de las líneas bellas? ¿Qué bien labrada piedra vale más que una estrofa, hecha a golpe de espíritu, a ritmo de viento, a compás de sol, a fuego y luz de alma soliviantada y escrutadora; una

estrofa como esas en que Rubén Darío ha hecho vibrar la música de la lengua española para cantar complejas maravillas, cisnes, mujeres, inquietudes, boscajes, marchas de triunfo, madrigales, filosofías viejas florecidas en corazones nuevos, galanterías inmortales, flores y centauros? Los versos impecables de Rubén Darío poseen en el más alto grado este nuevo poder inquietador: son perfectos, son sabios, tienen armonía de línea, y de sonido, y de perfume, y de color; son, en su diáfana hermosura, maravilla de complejidad, y hacen llorar no pocas veces sin estímulo alguno de sensuales blanduras, únicamente porque son perfectos. Para Rubén Darío, como para Jacinto Benavente, el asunto no es sino pretexto de arte, motivo de belleza, causa de perfección, algo secundario y misericordioso, algo á modo de compasiva parábola con qué hacer comprender el sentido de la belleza á espíritus menos refinados, á almas menos iluminadas; el sabor á tierra, el dulce sabor á humanidad es un sueño para elevar espíritus á más nobles regiones: el profeta — Shelley ha dicho cuán noble misión profetizadora tienen los poetas en el mundo — condesciende en decir sus himnos y cánticos en la lengua profana, en encerrar sus inquietudes nuevas en las palabras cotidianas, y así va dando á éstas inesperadas significaciones. Esta labor es gloria de Rubén Darío, gran maestro, he dicho, del verso español, educador — debiera decirse — no menos grande de la joven intelectualidad española, poeta, profeta, legislador del nuevo verbo hispano de la belleza, mago que, apoderándose de la vieja carne de Europa, ha sabido infundir en ella el espíritu nuevo del mundo; porque á nadie se oculta cómo el autor ilustre de *Prosas profanas* ha hecho suyo todo el jugo espiritual de nuestras viejas literaturas y lo ha remozado en formas inauditas y musicales, ya sinfónicamente, ya en melodías apacibles, ya en rapsodias inquietadoras: de toda Eu-

ropa, y entre toda y tal vez sobre todo de España; es peregrino y es conmovedor notar cómo este poeta, que no ha nacido en nuestra tierra, tiene el corazón enamorado de ella; cómo no sólo sabe profundamente y gusta refinadamente la miel y la sal de su poesía, sino que ama su tierra y su sol y sus mujeres y sus pueblos y sus flores, y cómo pasa una emoción cordial entre sus impecables estrofas cuando se engarza en ellas el nombre de España, y cuando en su prosa imperial van añoranzas de cosas que fueron ó pasan sombras grandes ó evocaciones de glorias pretéritas, ó cuando se oye la voz doliente y femenina del alma española de hoy, que está tan triste porque ya es vieja y aun no ha aprendido á dejar de ser niña, y tiene miedo y llora sobre sí misma, y deja que el sol le seque las lágrimas, y entonces inconsciente se pone de nuevo á cantar. Nuestro sol y el gemir de guitarras y el vino de luz y oro y el ritmo triste del canto andaluz, que tantos malos versos españoles han prostituido, se aristocratizan y sublimizan cuando Rubén Darío dice en seguidillas su elogio ó rememora en prosa su sortilegio. España-corazón tiene esa deuda de cariño para el poeta americano, como España-juventud é intelecto tiene la de ciencia y belleza para el poeta universal. Así, amorosamente, debemos pagar nuestra admiración con palabras enseñadas á nosotros por él, en ritmos aprendidos al sonar de su flauta, encerrando una vez nuestro vino en su copa, agradecidamente, para la libación, á un tiempo humilde y exaltada, de nuestros entusiasmos.»

G. MARTÍNEZ SIERRA.

(Del libro *Motivos*; publicado por Garnier Hermanos,  
Editores, París.)

\* \* \*

«*No es el poeta de América*, oí decir una vez que la corriente de una animada conversación literaria se detuvo en el nombre del autor de *Prosas profanas* y de *Azul*. Tales palabras tenían un sentido de reproche; pero aunque los pareceres sobre el juicio que se deducía de esa negación fueron distintos, el asentimiento para la negación en sí fué casi unánime. Indudablemente, Rubén Darío no es el poeta de América.

¿Necesitaré decir que no es para señalar en ello una condición de inferioridad literaria, como hago más las palabras del recuerdo?... Me parece muy justo deplourar que las condiciones de una época de formación, que no tiene lo poético de las edades primitivas ni lo poético de las edades refinadas, posterguen indefinidamente en América la posibilidad de un arte en verdad libre y autónomo. Pero así como me parecería insensato tratar de suplirlo con la mezquina originalidad que se obtiene al precio de la intolerancia y la incomunicación, creo pueril que nos obstinemos en fingir contentos de opulencia donde sólo puede vivirse intelectualmente de prestado. Confesémoslo: nuestra América actual es para el Arte un suelo bien poco generoso. Para obtener poesía de las formas, cada vez más vagas e inexpressivas, de su sociabilidad, es ineficaz el reflejo: sería necesaria la refracción en un cerebro de iluminado, la refracción en el cerebro de Walt Whitman. Quedan, es cierto, nuestra naturaleza soberbia y las originalidades que se refugian, progresivamente estrechadas, en la vida de los campos. Fuera de esos dos motivos de inspiración, los poetas que quieran expresar en forma universalmente inteligible para las almas superiores modos de pensar y sentir enteramente cultos y

humanos, deben renunciar á un verdadero sello de americanismo original.

Cabe en ese mismo género de poesía cierta impresión de americanismo en los accesorios; pero, aun en los accesorios, dudo que nos pertenezca colectivamente el sutil y delicado artista de que hablo. Ignoro si algún espíritu zahorí podría descubrir en tal cual composición de Rubén Darío una nota fugaz, un instantáneo reflejo, un sordo rumor por los que se reconociera en el poeta al americano de las cálidas latitudes y aun al sucesor de los misteriosos artistas de Utatlán y Palenke, como, en sentir de Taine, se reconoce —comprobándose la persistencia del antiguo fondo de una raza— al nieto de Nestor y de Ulises en los teólogos disputadores del Bajo Imperio. Por mi parte, renuncio á tan aventurados motivos de investigación, y me limito á reiterar mi creencia de que, ni para el mismo Taine ni para Buckle, sería un hallazgo feliz el de tal personalidad en ambiente semejante.

Su poesía llega al oído de los más como los cantos de un rito no entendido. Su *alcázar interior* — ése de que él nos habla con frecuencia — permanece amorosamente protegido por la soledad frente á la vida mercantil y tumultuosa de nuestras sociedades, y sólo se abre al *sésamo* de los que piensan y de los que sueñan... Tal, en la antigüedad, la granja del Tibur, el retiro de Andes ó Tarento, la estancia sabina; todos los seguros de aquel grupo de helenizados espíritus que, con el pensamiento suspenso de las manos de Atenas y sin mezclarse á la avasalladora prosa de la vida exterior, formaron como una gota de aceite ático en las revueltas aguas de la onda romana.

A parte de lo que la elección de sus asuntos, el personalismo nada expansivo de su poesía, su manifiesta aversión á las ideas é instituciones circunstantes, pueden contribuir á explicar el antiamericanismo involuntario del poeta, basta-



ría la propia índole de su talento para darle un significado de excepción y singularidad. Hay una línea que, como la que separa de lo azul la franja irisada del crepúsculo, separa en poesía americana el imperio de los colores frances y uniformes —oro y púrpura, como en Andrade; plata y celeste, como en Guido— del *sens des nuances* de Rubén. Habíamos tenido en América poetas buenos, y poetas inspirados, y poetas vigorosos; pero no habíamos tenido en América un gran poeta exquisito. Joya es ésa de estufa; vegetación extraña y mimosa que mal podía obtenerse de la explosión vernal de savia salvaje en que ha desbordado hasta ahora la juvenil vitalidad del pensamiento americano, algunas veces encauzada en toscos y robustos troncos que durarán como las formas brutales, pero dominadoras, de nuestra naturaleza, y otras muchas veces difusa en gárrulas lianas, cuyos despojos enriquecen al suelo de tierra vegetal, útil á las florescencias del futuro.

Agreguemos incidentalmente que tampoco es fruto fácil de hallar, dentro de la moderna literatura española, el de la exquisitez literaria, entendiendo por tal la selección y la delicadeza que se obtienen á favor de un procedimiento refinado y consciente, no lo *delicado* sentimental é instintivo de las *Rimas*. Suele tener aquella condición la prosa de D. Juan Valera, por ejemplo; pero es indudable que ni la genialidad tradicional de la raza, ni mucho menos las actuales influencias del medio sobre la producción, conspiran á favorecer en el solar de nuestra lengua tal modalidad de la Belleza y del Arte. En cuanto á América, la espontaneidad voluntaria é inconsulta, reñida con todo divino ensueño de perfección, ha sido cosa tan natural en la obra de su pensamiento como las improvisaciones agitadas en su obra de organización y de desarrollo material. Preferida escuela de sus poetas (¡como de sus repúblicos!) ha sido hasta hoy la

que, con intraducible modo de decir, llamarían en Francia *l'école buissonnière* de la Poesía y de la Política. Por otra parte, los románticos pusieron excesivamente en boga entre nosotros las abstracciones de cierta psicología estética que atribuía demasiada realidad al mito del *numen*. Se creía con una candorosa buena fe en la inspiración que desciende, á modo de relámpago, de los ciclos abiertos; se tenían para cualquier severa disciplina los recores del escolar para el latín; se iba á pasear á los prados y los bosques, y, como Mathurin Regnier, *se cazaban los versos con reclamo*.

Además, toda manifestación de poesía ha sido más ó menos subyugada en América por la suprema necesidad de la propaganda de la acción. El Arte no ha sido, por lo general, sino la forma más remontada de la propaganda; y poesía que lucha no puede ser poesía que cincela. Este *utilitarismo* batallador que, bien ó mal depurado de la inevitable escoria prosaica, aparece en casi todas las páginas de nuestra Antología, basta para que resalte con un enérgico relieve de originalidad la obra, enteramente desinteresada y libre, del autor de *Azul*. No cabe imaginar una individualidad literaria más ajena que ésta á todo sentimiento de solidaridad social y á todo interés por lo que pasa en torno suyo. Se diría que es *lo menos Béranger* que puede ser un poeta, lo que, en sentir de algunos, equivaldría á decir que es todo lo poeta que puede ser un mortal. Alguna vez tuvo su musa la debilidad de cantar combates y victorias; pero la creo convencida de que, como en la frente de la Herminia del Tasso, el casco de guerra sienta mal sobre su frente, hecha para orlarse de rosas y de miertos. Heredia, Olmedo, Andrade dibujan, más ó menos conscientemente, en derredor de sus versos, el circuito de un Forum, las gradas que se dominan desde una tribuna, en tanto que la de Rubén Darío es una mente de poeta que tendría su medio natural en un palacio de prínci-

pes espirituales y conversadores. Yo no le creo incapaz de predicar la buena nueva; pero afirma que para hacerle maestro de la verdad sería necesario prepararle una decoración renovada de los más bellos pasajes del Genezareth de idilio, de Renán; vestir al apóstol con túnica de oro y de seda; ungir de nardo su cabeza y sus hombros...; y todavía, conseguir del Enemigo Malo que las prostitutas y los publicanos fuesen gentes delicadamente perversas, sin ninguna emanación de vulgaridad.

Cierta referencia del mismo autor de *La Abadesa de Jouarre*, que glosaremos con una frase de Bacon, nos dará de antemano la síntesis de nuestro estudio de la personalidad y las ideas del poeta. *La verdad de los dioses debe inferirse únicamente por la belleza de los templos que se les han levantado*, le decía á Renán un artista amigo. *No hay refinada belleza sin algo extraño en sus proporciones*, afirmaba el genial y abycto Canciller. Todo Rubén Darío está en la doctrina que puede deducirse lógicamente de esos dos postulados. El Dios bueno es adorable porque es hermoso; y será la más verdadera aquella religión que nos lo haga imaginar más hermoso que las otras... y un poco raro además. *Le rare est le bon*, dijo el maestro. Satán es digno de ser ponderado en letanías siempre que se encarne en formas que tengan la selección de Alcibíades, los fulgores de Apolo, la impavidez de Don Juan, la espiritualidad de Mercurio, la belleza de Paris. En cuanto á las cosas de la Tierra, ellas sólo ofrecen para nuestro artista un interés *reflejo* que adquieren de su paso por la Hermosura, y que se desvanece apenas han pasado. Frente á la realidad positiva, á las que el Evangelio llama *disputas de los hombres*, á todo lo oscuro y lo pesado de la agitación humana, su actitud es un estupor esotérico ó un silencio desdeñoso. Nada sino el Arte. Y como el Arte significa esencialmente la Apariencia divinizada, y pone en

las cabezas el mareo fácil de la alondra para ir hacia *todo lo que luce y hace ruido*, prefiere un rey á un presidente de república; y á Washington, *Halagabal*. Se reina bien cuando se reina de manera adecuada para proporcionar á una reducida porción de hombres elegidos las más frecuentes é intensas sensaciones de felicidad y de belleza. La acción vale como parodia del ensueño. El grande hombre de acción sería el absoluto y topadero monarca que, considerando la sociedad como el mármol donde él estaría obligado á cincelar una estatua á un tiempo enorme y exquisita, la recortara, la trozase despiadadamente, para organizarla con arreglo á una suprema idea de originalidad novelesca y de magnificencia exterior.

Nada sino el Arte, repito. Su *naturaleza literaria* vibra entera en esa palabra. Su talento la lleva por signo lo mismo en la faz que mira al Capitolio que en la que mira á la Tarpeya: en la de los aciertos y en la de las culpas. Imaginad su mundo íntimo como un horizonte avasallado por una cumbre solitaria, donde la Belleza hace llegar sus rayos de cerca y donde el amor de la Belleza se levanta poderoso, altivo, vencedor. Todo lo demás de la realidad y de la idea queda en el fondo oscuro del valle... Las cosas sólo salen de la obscuridad de la indiferencia cuando un rayo de aquel amor las ilumina. Y del imperio de ese sentimiento único—receloso tirano de su reino interior—ha nacido esta organización de poeta, verdaderamente extraña y escogida, como nace, de la cristalización del carbono puro, la piedra incomparable.

Los que, ante todo, buscáis en la palabra de los versos la realidad del mito del pelícano, la ingenuidad de la confesión, el abandono generoso y veraz de un alma que se os entrega toda entera, renunciad por ahora á cosechar estrofas que sangren como arrancadas á entrañas palpitantes. Nunca el áspero grito de la pasión devoradora é intensa se abre paso

al través de los versos de este artista poéticamente calculador, del que se diría que tiene el cerebro macerado en aromas y el corazón vestido de piel de Suecia. También sobre la expresión del sentimiento personal triunfa la preocupación suprema del Arte, que subyuga á ese sentimiento y lo limita; y se prefiere—antes que los arrebatados ímpetus de la pasión, antes que las actitudes trágicas, antes que los movimientos que desordenan en la línea la esbelta y pura limpidez—los mórbidos é indolentes escorzos, las serenidades ideales, las languideces pensativas; todo lo que hace que la túnica del actor pueda caer constantemente sobre su cuerpo flexible en pliegues llenos de gracia.

Y ese mismo amaneramiento *voulu* de selección y de medida que le caracteriza en el sentimiento, le domina también en la descripción. Está lleno de imágenes, pero todas ellas son tomadas á un mundo donde genios celosos niegan la entrada á toda realidad que no se haya bañado en veinte aguas purificadoras. Porque Rubén Darío sería absolutamente incapaz de extraer poesía de las excursiones en que el pie felino de la musa de Baudelaire hollaba con cierta morbosa delectación el cielo de los barrios inmundos, y en que ella desplegaba sus alas de murciélagos para remover la impureza de las nieblas plomizas. Ve intensamente, pero no ve sino ciertos delicados aspectos del mundo material. La intensidad de su visión se reserva para las cosas hermosas. Cierra los ojos á la impresión de lo vulgar. Lleva constantemente á la descripción el amor de la suntuosidad, de la elegancia, del delcito, de la exterioridad graciosa y escogida. Su taller opulento no da entrada sino á los materiales de que, si fuese suya la lámpara de Aladino, habría de rodearse en la realidad. Oro, mármol y púrpura, para construir, bajo la advocación de Scherazada, salones encantados. Todas las formas que ha fijado en el verso revelan ese mismo culto de

la plasticidad triunfal, deslumbradora, que se armoniza en él con el de la espiritualidad selecta y centelleante. El *instinto del lujo*—del lujo material y el del espíritu—; la adoración de la apariencia pulcra y hermosa, con cierta indolente *non curanza* del sentido moral.

Tal inclinación, entre epicúrica y platónica, á lo Renacimiento florentino, no sería encomiable como modelo de una escuela, pero es perfectamente tolerable como signo de una elegida individualidad. De ese modo de ver no nacerán en el arte literario las obras arquitecturales é imponentes (y desde luego, es indudable que no nacerán poemas cosmogónicos, ni romances sibilinos, ni dramas cejijuntos); pero nacen versos preciosos: versos de una distinción impecable y gentilicia, de un incomparable refinamiento de expresión; versos que parecen brindados, á quien los lee, sobre la espuma que rebosa de un vino de oro en un cristal de baccarat, ó en la perfumada cavidad de un guante cuando apenas se lo ha quitado una mano principesca... Todas las selecciones importan una limitación, un *empequeñecimiento* extensivo; y no hay duda de que el refinamiento de la poesía del autor de *Asul* la *empequeñece* desde el punto de vista del contenido humano y de la universalidad. No será nunca un poeta popular, un poeta aclamado en *medio de la vía*. Él lo sabe, y me figuro que no le inquieta gran cosa. Dada su manera, el papel de *representante de multitudes* debe repugnarle tanto como al poeta de la *Flores del mal*, que, con una disculpable petulancia, se jactaba de no ser lo suficientemente *bête* para merecer el sufragio de las mayorías... Lejos del vano estrépito del circo; en la sede del arte severo y del silencio, como él gusta decir evocando la grave frase *d'annunziana*, pule, cincela á modo de un *buen monje artífice*, y consulta á los habitantes de su reino interior.— Recuerdo á este propósito que uno de los personajes de *L'Immortel*, de Daudet,

plantea esta cuestión interesante: *Si acaso Robinson hubiera sido artista, poeta, escritor, ¿hubiera continuado siéndolo en la soledad? ¿Hubiera producido?* He ahí una duda que, para los artistas de la raza del nuestro, apenas admite explicación. En el individualismo soberbio de este poeta —aunque prive á su poesía de la amplitud humana y generosa que realza á la de los que cantan con vocación y majestad de hierofantes— hay un fondo legítimo que ningún alma dotada de *entendimiento de belleza* será osada á negar. Ciento: la Belleza soñada es, de todas las cosas del mundo, la que mejor justifica los individualismos huraños y rebeldes: es un santo horror el que tiene el artista á la tiranía de los más, al pensamiento vestido con librea de uniforme: el Arte y la multitud están hechos de distinta substancia. El Arte es cosa leve, y Calibán tiene las manos toscas y duras. Pero se le puede abominar en el Arte y amarle cristianamente en la realidad. Rubén Darío no le ama ni en la realidad ni en el Arte. Sé que no se indignará conmigo si, atribuyéndole un sibaritismo de corazón que haría rugir á Edmundo Schérer, cuyas invectivas contra Gautier acabo de dejar de las manos, me creo autorizado á pensar que, como el personaje de *Mademoiselle Maupin*, sólo se siente inclinado á dar limosna cuando la sordidez y los andrajos tienen aspecto de cuadro de Ribera ó de Goya...

Todas las predilecciones que revelan sus versos; todo ese grupo favorito de imágenes, de reminiscencias, de nombres, que forma un característico *corso e ricorso* alrededor de la obra de cada artista, responden en el nuestro al mismo delicado instinto de selección. La Grecia clásica y la Francia de Luis XV le darán alternativamente objetos para sus decoraciones: símbolos todas de una organización espiritual que huye lo ordinario, como el armiño lo impuro. Ama prodigar la seda, el oro, el mármol, como términos de comparación.

Aún más que la rosa purpurada *en sangre pecadora*, es el lirio heráldico y beato la flor con que nos encontraremos al leerle. Y si se nos preguntase por el sér animado en que debería simbolizarse el *genio* familiar de su poesía, sería necesario que citásemos, no al león ni al águila que obse-  
dían la imaginación de Víctor Hugo, ni siquiera al ruisenor querido de Heine, sino al cisne, el ave wagneriana, el blanco y delicado cisne que surge á cada instante sobre la onda espumosa de sus versos, llamado por insistente evocación, y cuya imagen podría grabarse, el día que se blasonara la nobleza de los poetas, en uno de los cuarteles de su escudo, de la manera como se grabaría en el escudo poético de Poe el cuervo ominoso, y el gato pensativo y hierático en el blasón de Baudelaire.

Toda la complejidad de la psicología de este poeta puede reducirse á una suprema unidad; todas las antinomias de su mente se resuelven en una síntesis perfectamente lógica y clara si se las mira á la luz de esta absoluta pasión por lo selecto y por lo hermoso, que es el único quicio incommovible en su espíritu. No es el parnasianismo helado; pero es, en cierta manera, un parnasianismo extendido al mundo interior, y en el que las ideas y los sentimientos hacen el papel de lienzos y bronces. Teófilo Gautier no tenía reparo en confesar que, consideradas las cosas poniéndose en el mirador del Arte, le parecía preferible una magnífica pantera á un sér racional; lo que no impedía que el hombre pudiera hacerse superior á la pantera despojándola de su piel para recortarse una hermosa túnica. Hay en Rubén Darío la virtualidad de una estética semejante. El pensamiento malo que viene revestido con una pintada piel de pantera, vale más que el pensamiento bueno que viste de librea ó con una corrección afectadamente vulgar. Pero se concede á los moralistas que si el buen pensamiento desnuda de su biza-

rra pica al animal feroz y se la pone regiamente sobre los hombros, valdrá más que el pensamiento malo.

Y ahora que he tratado de caracterizar á mi manera la genialidad del poeta, y he sintetizado todo lo dicho en ese ejemplo extremoso, oigo que me pregunta una voz interior que se anticipa á muchas voces extrañas: ¿No crees tú que tal concepción de la poesía encierra un grave peligro, un peligro mortal, para esa arte divina, puesto que, á fin de hacerla *enfermar de selección*, le limita la luz, el aire, el jugo de la tierra? Seguramente, si todos los poetas fueran así. Pero ¿acaso no existiría un peligro igual para la armonía de la Naturaleza y para la sociedad de los hombres si todas las plantas fueran orquídeas, diamantes y rubíes todas las piedras, todas las aves cisnes ó faisanes, y todas las mujeres sirvieran para figurar en crónicas de Gyp y cuentos de Mendés? . . . . .

Mal entenderá á los escritores y á los artistas el que los juzgue por la obra de los imitadores y por la prédica de los sectarios. Si yo incurriera en tal extravío del juicio, no tributaría seguramente al poeta este homenaje de mi equidad, que no es el de un discípulo ni el de un oficioso adorador. Por lo demás, está aún más lejos de ser el homenaje arrancado á un espectador de mala voluntad por la irresistible imposición de la obra. No creo ser un adversario de Rubén Darío. De mis conversaciones con el poeta he obtenido la confirmación de que su pensamiento está mucho más fielmente en mí que en casi todos los que le invocan por credo á cada paso. Yo tengo la seguridad de que, ahondando un poco más bajo nuestros *pensares*, nos recono-

ceríamos buenos camaradas de ideas. Yo soy un *modernista* también; yo pertenezco con toda mi alma á la gran reacción que da carácter y sentido á la evolución del pensamiento en las postrimerías de este siglo: á la reacción que, partiendo del naturalismo literario y del positivismo filosófico, los conduce, sin desvirtuarlos en lo que tienen de fecundos, á disolverse en concepciones más altas. Y no hay duda de que la obra de Rubén Darío responde, como una de tantas manifestaciones, á ese sentido superior: es en el Arte una de las formas personales de nuestro anárquico idealismo contemporáneo, aunque no lo sea — porque no tiene intensidad para ser nada serio — la obra frívola y fugaz de los que le imitan, el vano producir de la mayor parte de la juventud que hoy juega infantilmente en América al juego literario de los colores.

Por eso yo he separado cuidadosamente en otra ocasión el talento personal de Darío de las causas á que debemos tan abominable resultado; y le he absuelto, por mi parte, de toda pena, recordando que los poetas de individualidad poderosa tienen, en sentir de uno de ellos, el atributo regio de la irresponsabilidad. Para los imitadores, dije entonces, ha de ser el castigo, pues es suya la culpa; á los imitadores ha de considerárseles los falsos demócratas del Arte, que, al hacer plebeyas las ideas, al rebajar á la ergástula de la vulgaridad los pareceres, los estilos, los gustos, cometan un pecado de profanación quitando á las cosas del espíritu el pudor y la frescura de la virginidad.

Pero la imitación servil é imprudente no es, por cierto, el influjo madurador que irradia de toda fuerte empresa intelectual, de toda alta producción puesta al servicio de una idea y conscientemente atendida. El poeta viaja ahora rumbo á España. Encontrará un gran silencio y un dolorido estupor, no interrumpidos ni aun por la nota de una ele-

gía, ni aun por el rumor de las hojas sobre el surco, en la soledad donde aquella madre de vencidos caballeros sobrelleva — menos como la Hécube de Eurípides que como la Dolorosa del Ticiano — la austera sombra de su dolor inmerecido. Llegue allí el poeta llevando buenos anuncios para el florecer del espíritu en el habla común, que es el arca santa de la raza; *destáquese en la sombra la vencedora figura del Arquero*; hable á la juventud, á aquella juventud incierta y aterida cuya primavera no da flores tras el invierno de los maestros que se van, y enciéndala en nuevos amores y nuevos entusiasmos. Acaso, en el seno de esa juventud que duerme, su llamado pueda ser el signo de una renovación; acaso pueda ser saludada, en el reino de aquella agostada poesía, su presencia como la de los príncipes que en el cuento oriental traen de remotos países la fuente que da oro, el pájaro que habla y el árbol que canta...»

Montevideo, 1899.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

(Prólogo á la edición de *Prosas profanas*, publicada por la Viuda Bouret; París.)

# ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
PRIMERAS NOTAS	
El poeta á las Musas .....	1
Erasmo á Publio.....	6
Víctor Hugo y la tumba.....	12
ABROJOS	
Á Manuel Rodríguez Mendoza.....	23
AZUL...	
Primaveral .....	31
Estival.....	36
Otoñal.....	43
Invernal .....	47
RIMAS.....	53
PROSAS PROFANAS	
Era un aire suave.....	55
Divagación.....	59

	<u>Páginas.</u>
Sonatina.....	65
El reino interior.....	67
Cosas del Cid.....	71
Dezires, layes y canciones.....	74
Canto de la sangre.....	83
Verlaine (responso).....	85
Epitalamio bárbaro.....	87
Sinfonía en gris mayor.....	88
Margarita.....	90
Coloquio de los Centauros.....	91
Pórtico que va al frente del libro <i>En tropel</i> , del poeta Salvador Rueda.....	101
Elogio de la seguidilla.....	108
<b>CANTOS DE VIDA Y ESPERANZA.....</b>	<b>111</b>
Salutación del optimista.....	116
Al rey Oscar.....	119
Cyrano en España.....	122
Retratos.....	125
Letanía de nuestro señor Don Quijote.....	127
Un soneto á Cervantes.....	131
Á Roosevelt.....	132
Canción de otoño en primavera.....	134
Trébol.....	137
Canto de esperanza.....	140
Marcha triunfal.....	142
Los Cisnes.....	145

	<u>Páginas</u>
Helios.....	149
Marina.....	152
Programa matinal.....	154
Nocturno.....	155
Melancolía.....	156
Lo fatal.....	157
Pegaso .....	158
La dulzura del Ángelus.....	159
Nocturno .....	160
Leda .....	161
Otros poemas: XIII.....	162
El soneto de trece versos.....	164
Á Phocás el campesino .....	165
Otros poemas : XVII.....	166
Cleopompo y Heliódromo .....	168
¡Ay, triste del que un día!.....	169
Á Goya.....	170
Caracol.....	173
Soneto autumnal al marqués de Bradomín.....	174
Propósito primaveral.....	175
Allá lejos.....	176
Urna votiva.....	177
ODA A MITRE.....	179
EL CANTO ERRANTE	
Salutación al águila .....	189
Tutecotzimí .....	193

	<u>Páginas.</u>
En elogio del Ilmo. Sr. Obispo de Córdoba, Fr. Marmeto Esquiú, O. M. .... A.....	201
Sum.....	203
Epístola á la señora de Leopoldo Lugones.....	205
Agencia.....	214
Á Colón.....	216
Versos de otoño.....	219
Soneto á D. Ramón del Valle-Inclán.....	220
Danza elefantina.....	221
La hembra del pavo real.....	223
¡Eheu!.....	225
Nocturno .....	227
Mentepsicosis.....	228
Momotombo.....	230
Israel.....	233
Á Francia.....	234
La bailarina de los pies desnudos.....	235
Tant mieux .....	236
La canción de los pinos.....	237
Vesper.....	239
Hondas.....	240
Flirt.....	242
Balada en honor de las musas de carne y hueso.....	244
Libros extraños.....	247
Campoamor.....	248
Esquela á Charles de Soussens.....	249

	<u>Páginas.</u>
Lírica.....	250
Interrogaciones .....	251
Los piratas .....	253
Á una novia.....	254
Antonio Machado.....	256
Visión.....	257
Dream.....	262
Revelación.....	264
Eco y yo.....	266
Á Remy de Gourmont. ....	269
En una primera página.....	271
Preludio.....	272
Juicios de algunos escritores españoles y sudamericanos acerca de Rubén Darío.....	275







*Hijo del Cid Campeador*







BIBLIOTECA NACIONAL



1000571715